



19

CIÓN G

89

PAGE

TIERRA
SANTA

DS109

P6

c.1

AL

004299



1080027695

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

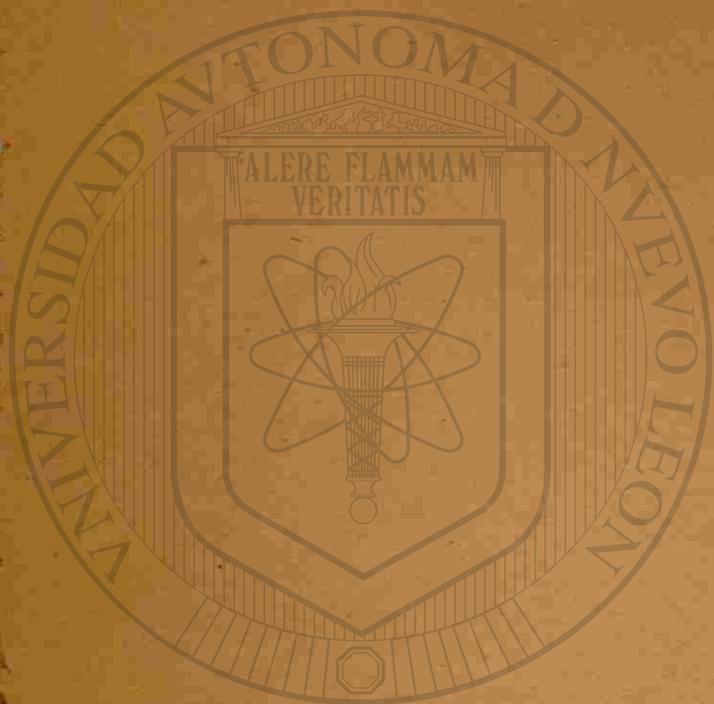


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IMPRESIONES RELIGIOSAS

DE UN VIAJE

A

TIERRA SANTA, PASANDO

POR

NUEVA YORK, PARIS

Y ALGUNAS CIUDADES DE ITALIA,

POR

El P. P. Fr. José María Portugal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

ASIENTOS.

IMPRESA MARIANA, A CARGO DE

MARIANO MACÍAS.

1887.

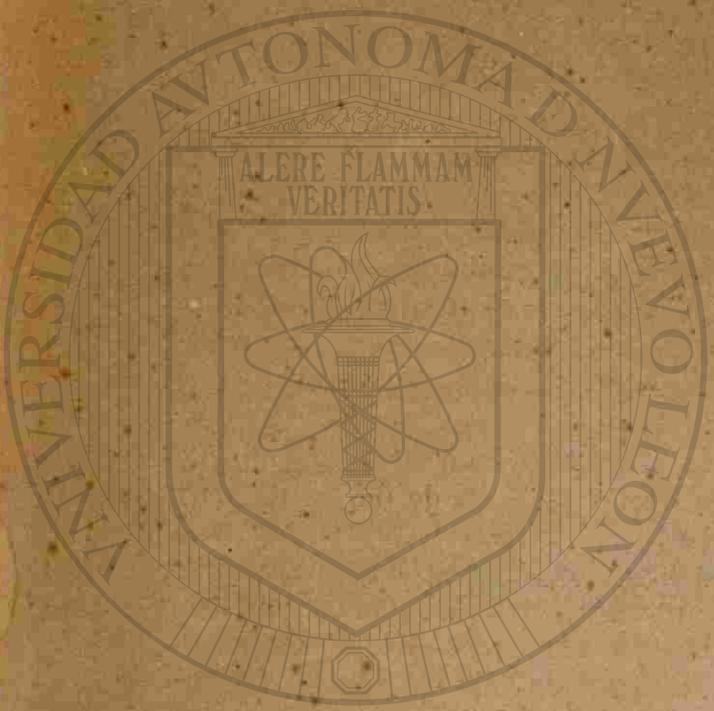
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

DE BIBLIOTECA



FONDO EMETERIO
DE VALVERDE Y TELLEZ
411400

DS109



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

En sueño de gloria, preciosa ilusión había sido para mí, durante largo tiempo, un viaje á Palestina. Mas unos en pos de otros avanzaban mis años, y al mismo tiempo ibanse desvaneciendo tristemente, la ilusión y el ensueño que me habían acariciado con tanta ventura; y entre tanto, en el cielo de mi alma, no brillaba ni un rayo de esperanza. Pero Dios lo quiso y todo se pudo arreglar muy fácilmente, y vi por fin, que llegaba el día de mi partida: salí del suelo que me vió nacer, pasé los anchos mares y visité con piedad de cristiano, el sepulcro y la cuna de mi amado Señor. Volví á mi patria, salvándome Dios de todo peligro; y puedo al presente decir con verdad: Me llevó el Señor y mandó que su ángel santo fuera conmigo y estuviese á mi lado allá en lejanas tierras, y que á mi vuelta no me dejase ni un instante. Y el ángel de Dios así lo hizo.

Hoy presento á mis benévolos lectores, mis impresiones de viaje; religiosas, pues la piedad cristiana, y ella solamente, me llevó á Palestina. Visitar la Tierra Santa, y no por Dios, es á mi juicio, una solemne tontera; porque esa tierra no brinda al viajero, con viles placeres, ni le ofrece minas de oro y plata; ni es emporio del comercio, ni los sabios tienen allí sus academias. Buscad en Palestina, impresiones del cielo, tesoros de divino amor, comercio de gracia y la ciencia de la vida eterna, y todo lo hallaréis allí; lo demás es inútil buscarlo.

004299

CAPITULO I.

*Despedida.—Rincon de Romos.—Guadalupe de
Zacatecas.—Chihuahua.*

§ I.

No hay patria como México, ni hay amigos como los que aquí se tienen. Tales eran los sentimientos que brotaban de mi pecho, al despedirme de mis amigos, la triste mañana del 22 de Agosto, de 1886, y al dejar el humilde pueblo de Asientos, donde tantos años había vivido. Esa mañana empezaba mi viaje á Roma y á la Tierra Santa. La realización de un viaje largos años deseado, y que un hijo del buen Jesus, siempre tiene por dicha, se debía obtener con grandes sacrificios. Y ved por qué la separación de gentes muy amadas, se me presentó en traje de luto y ofreciéndome un pañuelo para enjugar mi llanto. Sentíame profundamente conmovido al dejar mi patria, al retirarme de entre tantas personas que me habían prodigado su cariño, y á quienes mi corazón estaba ligado con lazos cada uno á cual más fuerte y sagrado: la religión, la amistad, la gratitud, el parentesco... y veía en su rostro la tristeza, y escuchaba sus mal ahogados suspiros. ¡Ah y cómo llegan al alma, esas manifestaciones cuya sinceridad, tal vez no se había llegado á estimar en toda su grandeza! y era preciso dejarlas; y la hora de salir había sonado. Disimulo, pues, que me alejo, y acompañado de un humilde



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hijo del pueblo, salgo calladamente de la poblacion; á media legua de distancia monto en un carruaje y me dirijo á la estacion del Rincon de Romos, rumbo á Zacatécas; acompañado de un eclesiástico y una persona de mi familia que quisieron dejarme en Guadalupe.

¿Volveria á pisar el suelo de mi patria y á contemplar de nuevo su cielo encantador; estrecharé en mis brazos, otra vez, á mis amigos? Estas preguntas, que me iba haciendo á mis solas, tenian por respuesta un suspiro que revelaba mi triste y bien amarga incertidumbre.

No fué animada mi conversacion por el camino, ni ocurrió cosa alguna de ser referida. Á las cinco de la tarde llegamos á Guadalupe; y al dia siguiente, á la misma hora partí para Chihuahua. Á la estacion de Guadalupe nos acompañaron algunos amigos, y entre otros el recomendable Padre Fray Jesus Sanchez, eclesiástico de muy buen carácter, y su trato es amable y cortés; es muy estimado tanto en Guadalupe como en Zacatécas: se dedica no tan sólo al cumplimiento de su ministerio, sino principalmente al decoro y adorno de la Iglesia de Guadalupe y la preciosa capilla de la Purisima, que todos los viajeros visitan con agrado, y en la cual el oro se ha derramado con tanta profusion que casi no se descubre otra cosa. Esta capilla y la Iglesia del antiguo Colegio de Guadalupe es lo principal que tiene que verse en esa poblacion. La Iglesia es muy devota, está muy aseada; y al entrar en ella el corazon se siente compungido; y los más gratos recuerdos, llevan al alma á otros tiempos.

Mil y mil veces, las bóvedas de esa Iglesia resonaron con el pausado y grave canto de los religiosos, que en años, atras, fueron exclaustros, á nombre de la libertad y del progreso, encadenando aquella y retrocediendo á la barbarie. La Iglesia es muy rica en ornamentos, y tiene buenas pinturas é insignes reliquias traídas de Roma por el Padre Fray José María Guzman. La poblacion de Guadalupe es bastante morigerada y religiosa, y prueba hasta ahora, á pesar de la propaganda protestante, que no en vano trabajaron los hijos de San Francisco, por su moralizacion y progreso.

Actualmente se construye en Guadalupe un parian, que al terminarse quedará muy hermoso, segun los principios que lleva.

Partimos en el tren que sale á las cinco de la tarde, para Chihuahua. Los Señores Avelar, Pascual y Mateo, con su fina y simpática familia, se vinieron con nosotros hasta Zacatécas y sólo tres personas de estas mismas, siguieron hasta la estacion de Camacho, de donde regresaron. De Camacho hasta Chihuahua el camino fué más triste y cansado: pasamos inmensas llanuras, de monótono aspecto; estériles desiertos que aumentaban la tristeza y volvian más pesada la soledad que en el alma traíamos. Llegamos á la estacion de Lerdo, donde nos desayunamos en un hotel improvisado en un gran carro de la compañía del Central. Es el hotel, americano, servido por una jóven de buenas maneras; pero el desayuno fué

á la extranjera, y por esto no nos agradó. El tren se detuvo el tiempo conveniente, y despues siguió su camino: comimos en Jimenez, donde la fonda está servida por una americana: la comida es regular y no cara. El calor, entre tanto, se dejaba sentir con mucha intensidad, no disminuyendo hasta la caída del sol: á las siete de la noche llegamos á Chihuahua. Esta ciudad que se levanta sobre un terreno plano, cuya inclinacion apenas se advierte en las calles principales: estas son anchas, en lo general, y rectas; las casas, grandes, modestas, y una que otra solamente tiene altos: tres ó cuatro, elegantes: las calles á pesar de estar empedradas tienen mucha tierra suelta, blanquizca que no deja de ensuciar la ropa. La plaza principal, aunque pequeña, es hermosa: tiene su fuente, un kiosco regular, y un jardín no muy grande. Hay en la población dos líneas de tranvías; una que parte de la estación del Central Mexicano al paseo de Guadalupe; y otra que va al jardín del Porvenir recién plantado, y que por cierto no está del mejor gusto, á pesar de tener mucha agua y que la vegetación de esta ciudad es tropical. Visité la cárcel de Hidalgo, que es un cuarto que se encuentra á medias del caracol de una Iglesia que habia en otro tiempo, y donde hoy está la casa de moneda. Ese cuarto está convertido en el más sucio y asqueroso palomar, y en verdad que todo el que presuma de hidalguista, tiene que sentirse avergonzado al ver cómo se conserva la postrer mansion del caudillo que inició la indepen-

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

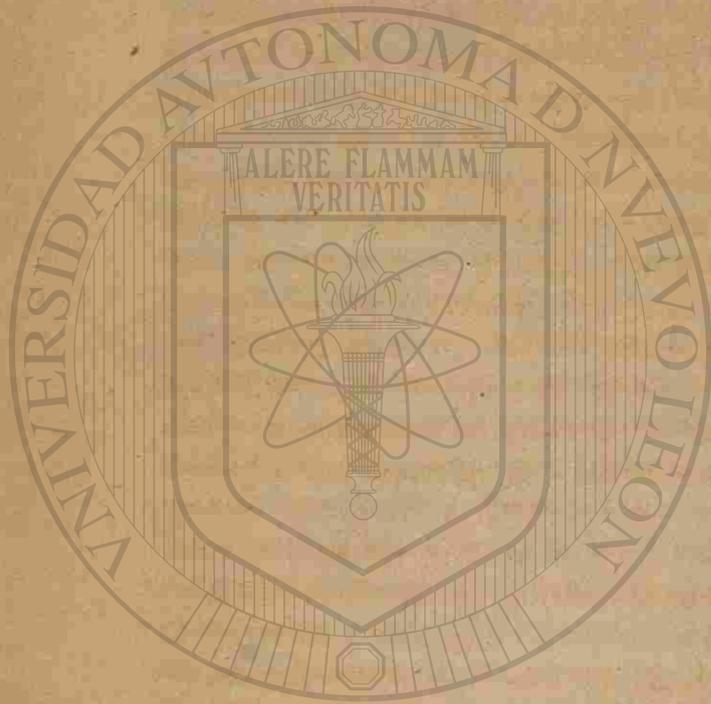
®

GENERAL DE BIBLIOTECAS

dencia y libertad de México. Mengua, reproche, no alabanza, merecen las autoridades de Chihuahua por semejante descuido.

La casa de moneda es un edificio que no llama la atención para nada, ni puede compararse con las de Zacatécas y Guanajuato. La de Gobierno se está construyendo en la actualidad, en la plazuela de Hidalgo; y según se nos ha asegurado, por varias personas de esta ciudad, dentro del patio principal está el sitio donde fué fusilado el héroe de Dolores; pero nada indica al viajero, ese sitio. En la plazuela ántes dicha, hay un informe cono, que aquí, tal vez irónicamente, le llaman monumento erigido á la memoria de Hidalgo.

He visitado las poquisimas Iglesias que hay en esta ciudad: la principal es la parroquia: tiene vista al Norte, dos torres; el frontis recargado de ornamentación; aunque no del mejor gusto: el interior del templo tiene un aspecto triste; es oscuro; los altares desiguales, pequeños y no con gran aseo. El ciprés es demasiado grande, muy tosco y está sin estucar. La Iglesia es baja; las bóvedas laterales, más bajas que la de en medio, estrechas y sin gracia ninguna. La Iglesia en lo general, revela mucha pobreza: pocas personas estaban en ella al tiempo en que la visité, momentos ántes de comenzar una misa cantada. La Iglesia de San Francisco, es una capilla que hallamos enteramente sola á las nueve de la mañana; con techumbre de viga; mal piso, altares más defectuosos que los de la parroquia. En esta Iglesia en-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trando, y sobre la derecha, está la capilla de San Antonio, y al pié del altar del Santo, al lado de la Epístola, está una lápida que dice ser aquel el sitio donde estuvieron los restos de Hidalgo despues de decapitado.

Al ir á conocer el paseo de Guadalupe, visité el Santuario de este nombre, que es una iglesia pequeña, ménos oscura que las dos anteriores: su interior, pobre, pero no desaseado: tiene unos cuadros de la vida de Nuestra Señora, de regular pincel, y una buena imágen de Guadalupe. Desde el atrio hasta llegar á la puerta principal, hay muchos sepulcros, cuyas grandes lápidas están salientes más de cuatro y seis pulgadas sobre el pavimento, y que obstruyen el paso. Esta iglesia se concluyó el año de 1825—por Don Simon Ochoa.

Las pocas personas que traté en Chihuahua, me parecieron de bello carácter y buen trato, muy sencillo. Las calles de la poblacion están llenas de luz, durante el día, pero vacías de gente: el comercio está casi muerto; y en el presente año se teme la pérdida de las cosechas.

En Chihuahua hay establecidos muchos extranjeros, que segun entiendo, en lo general no son católicos, y que pronto serán un gran peligro para la fe, bien sencilla por cierto, de los chihuahuenses. Este peligro debe llamar la atencion de los católicos, y sobre todo del digno Obispo de Durango. Hoy tal vez no se teme como era de desear, y no se ha tomado ninguna precau-

sion. Es verdad que á la gran distancia á que se halla de Chihuahua, el Obispo de Durango, y mediante la dificultad de los caminos, no es fácil poner desde luégo un valladar á los males que amenazan á Chihuahua; pero esto no desvirtúa la gravedad de aquellos. Tres son únicamente los sacerdotes que atienden al servicio espiritual de Chihuahua; y por más que sean apóstoles en el desempeño de su ministerio, no les es posible cubrir como es necesario, las necesidades de tan gran feligresía. Una necesidad imperiosa reclama en otro humilde juicio, la ereccion de un Obispado en la poblacion de que tratamos. Segun los informes que se nos han dado, el Estado de Chihuahua, puede sostener con desencia, los gastos del Obispado, sin que esto llegue á arruinar á la Mitra de Durango. Ojalá y el actual Obispo, Ilmo. Sr. Salinas, se convenza de lo que decimos, é influya en Roma, para que los Chihuahuenses logren lo que han deseado con tanto ardor y han pedido con más justicia.

Son las siete de la noche: es hora de partir; al tren, y adios Chihuahua. Esta noche, en su mayor parte fué para nosotros de insomnio; pero llegó la mañana y se presentó á nuestra vista el Paso del Norte donde hay una estacion. El valle es muy hermoso y algo animado; sin embargo nosotros no estábamos alegres porque era ese Paso, el último lugar de nuestra Patria, y estábamos á orillas del rio que nos divide de la República vecina. Pasamos ese rio, y vednos ya en extranjero país, en el Paso de Texas que está cruzado por incontables ca-

minos de fierro; y donde si hablais la lengua cadenciosa de Calderon y Cervantes, casi nadie os ha de entender.

En la estacion del Paso de Texas, esperamos hasta las once, el tren que debia conducirnos á Nueva-York, y á esa hora volviendo los ojos á México y lanzando un suspiro de amor al suelo que nos vió nacer, nos despedimos de la Patria. El Tren partió con nosotros. Horas tras horas pasaban, y un dia y otro pasó tambien, y sólo veíamos tristisimos desiertos que parecia, no acababan, y en los cuales el hombre no ha puesto su mano. En fin, despues de mucho caminar, la vegetacion empesó á descubrirse, losana y vigorosa, y se veía tambien el trabajo del hombre, aunque no proporcionado á la feracidad de los terrenos. Despues dejábanse ver á grandes distancias, pequeños caseríos, una que otra iglesia, y muy poca gente que acudia á las estaciones del camino; pero todo esto aumentaba mientras más nos acercábamos á Kansas, á donde por fin llegamos el 28 por la tarde; aqui comimos más que de prisa, cambiamos tren y seguimos hácia Chicago. Kansas es una hermosa ciudad que se presenta á los ojos del viajero muellemente reclinada á orillas de un rio que lame sus muros rendido y salamero. Tiene un magnifico puente en uno de sus extremos: nada más nos fué posible ver porque ya era casi de noche.

Al amanecer empezaron á verse á cada paso por decirlo así, atendida la gran velocidad, con que camina el tren, ya pequeñas aldeas, ya graciosas ciudades, á las cuales apénas saludábamos cuando ya era nece-

sario despedirnos. Esas aldeas y los arrabales de las ciudades, se veían diseminados y casi perdidos, entre el verde follaje de graciosos bosquecillos, que se presentan muy seguido: ya veíamos hermosas carreteras, ya larguissimas calles que llevaban al interior de las poblaciones; pero siempre reproduciendo el mismo paisaje y presentando idéntica forma, lo cual en verdad no despertaba la curiosidad ni mantenía el entusiasmo; y despues de algun tiempo, nos venia á cansar. Y esto es lo que sucede á los que viajan por los Estados unidos, pronto se les acaba el interes de la novedad; pues vista una ciudad, se vieron todas, ha dicho con exáctitud un extranjero: y exceptuando tal ó cual notabilidad particular, todo lo demas está vaciado en el mismo molde.

Llegamos á Chicago despues de mediodía, y permanecemos en ella hasta cerca de las siete de la noche. Ese dia fué domingo, y la bulliciosa ciudad se hallaba en reposo. En la noche sólo pudimos observar que el tren se detenía con frecuencia, y subían y bajaban muchos pasajeros en todas las estaciones. Á la siguiente mañana continuaba el mismo paisaje del dia anterior, hasta acercarnos á Búfalo, cuyas orillas de entrada y salida del camino de fierro, son estériles á pesar del empeño que se ha tenido en cubrirlas de bosques. En Búfalo se cambia de tren y se toma el Central de Nueva-York. Pasadas las dos primeras estaciones con direccion á esta última ciudad, el camino se presenta hermoso y a-

gradable, el campo bien cultivado, lo cual no habíamos visto; los árboles puestos á uno y otro lado de la vía férrea, con algun orden y elegancia: unas veces descendían en suaves pendientes; otras estacionábanse á la misma altura; y formaban graciosas curvas, ó bien sus líneas eran rectas y prolongadas, evitando esa invariable uniformidad que tanto fastidia al viajero. Así pasamos la tarde hasta que pudimos ver, y despues sólo quisimos dormir, pero fué imposible, porque con mucha frecuencia cambiaban los conductores y cada cual que se presentaba, venía á molestarnos pidiéndonos el boleto: y aunque éste empleado tardara, despues tantas noches de una fatiga siempre semejante, soñábamos en el conductor, y nos parecía estar oyendo su destemplada voz en demanda del tiket, como ellos le llaman.

Amaneció el 31 de Agosto y llegamos á la gran ciudad, Nueva-York. Hicimos nuestra entrada por la parte Norte. Aunque algunas leguas ántes de llegar, la vista del Hudson, divierte y agrada, pero sigue despues el paso abierto entre rocas, ó bien bajo incontables pasadisos ó pequeños túneles que de masiado molestan, ni tienen cosa alguna que llame la atención. Despues de algun tiempo, párase el tren y todos descendemos: estamos en Nueva-York. La estación nada tiene de particular; es muy semejante á las de Búfalo, Chicago y otras ciudades; pero hay más bullicio y animación. ¿Adónde va Ud? Aquí tiene Ud. un carruaje para tal ó cual

hotel: dos pesos al cochero y camine Ud. Esto es lo que oyen todos los viajeros, y esto oímos tambien nosotros, y llevados como de la mano nos hacen montar en un coche que pronto nos trajo al Hotel Hispano Americano, donde arreglamos nuestro hospedaje, nos desayunamos é hicimos luégo nuestro programa para visitar la ciudad imperio.

Era preciso descansar despues de un viaje de siete dias y siete noches; y así lo hicimos.

Amaneció el primero de Setiembre y teniendo que permanecer en esta ciudad solamente hasta el dia 4, empezamos, desde luégo á ver lo que pudimos. ¿Cuál sería nuestra primer visita? La de un amigo que nunca nos deja, y que en todas partes nos sale al encuentro para recibirnos. ¡Ah, cuánto le debemos! ¡cómo preferirle ningun otro! No ignorais de quien hablo, ya que para todos los católicos es nuestro mejor amigo. Fui, pues, á la casa de Jesus. ¡Oh cuán dulces palabras habla siempre Jesus á quien lo visita! Pero esas palabras son más dulces y amorosas todavía cuando las oímos fuera de la Patria y estando léjos de los nuestros. En una extraña ciudad no hallamos tal vez ni á quien dirigirle una palabra, ni revelar le algun secreto; mas tenemos con nosotros á Jesus, y nuestro corazón se desahoga santamente al derramarse como el agua en su presencia. Sensible, realmente, y profunda es entónces nuestra gratitud para con Él. Su Majestad ignora lo que es abandonar á sus amigos ó ser indiferente á sus nece-

sidades y trabajos. ¿Habrà cosa alguna más consoladora, cuando estamos en extranjero país, que hallar en éste mismo, quien tenga el más vivo interes por nosotros y se complazca en atendernos? Como podeis figuraros, salimos muy contentos de nuestra visita; y llenos de confianza en la bondad de nuestro amadísimo Señor; volvimos al hotel y pasamos una noche muy tranquila.

CAPITULO II.

Nueva-York.—Sus calles y avenidas.—Edificios.—El parque central.—El Puente Brooklyn.—Inmoralidad.—Templos católicos—Progresos del Catolicismo.

§ I.

Al entrar en Nueva-York, notamos muchísima gente en las calles y avenidas, que son en lo general, anchas, rectas, y todas adoquinadas. El color de la cantera ó de los ladrillos de los edificios, le dá un aspecto desagradable, porque hay muchísimos de ladrillo, de un rojo subido, y la cantera es oscura, gris, y de otros colores, pero ninguno hermoso. Los edificios son de siete ó nueve pisos, y uno hay á la entrada del Parque central, de catorce: están llenos de pequeñas ventanas con celosias de madera; esas ventanas en gran número, son de una forma irregular, angostas y largas, guardando cierta correspondencia en la colocacion y el número de las mismas, que en vez de hermosear, desagrada. Las

calles principales están limpias; no así las demas, aunque sean céntricas: pues las he visto, sucias y exhalando mal olor, el cual no escasea en toda la ciudad. Grande y continuo es el bullicio de la gente, sobre todo en la calle de Brodway, carros, omnibus, carretelas, y otros diferentes vehiculos van y vuelven sin cesar; y la gente se estorba, y á cada paso hay que detenerse: los americanos, andan aprisa, á veces corren, giran, quiebran su marcha; pero no esperan; los que nos detenemos y aguardamos somos los extranjeros, que no queremos ser llevados por la multitud. Paréme yo un dia, en esa calle Brodway, á contemplar ese ir y venir de la gente, y su mirada fija, y su veloz carrera, y la agitacion que revelaba; y me preguntaba á mí mismo. ¿Esta gente pensará en Dios, en su alma, ó en los bienes eternos? ¡Ay dolor! Que no podia dudar que allí sólo se trataba de intereses temporales; de acumular riquezas y adquirir fortuna. Nadie se ocupaba en la gloria del Señor, ni pensaba en el amor de Jesucristo: tal era mi juicio, temerario acaso y atrevido; vosotros, amados lectores, ¿hubiérais juzgado otra cosa? Esto llenaba mi alma de tristeza. ¡Amarnos tanto el buen Jesus, y estar así tan olvidado, Él, que es la fuente de la vida, principio y corona de toda ventura. Y aquel pueblo vivia sin el Señor y era muy feliz; pero esto solamente si consiste la vida y la dicha en el bullicio que desequilibra y en el ruido que aturde y confunde. Porque esta es la sola animacion de Nueva-York y lo que presta vida á todos

sidades y trabajos. ¿Habrà cosa alguna más consoladora, cuando estamos en extranjero país, que hallar en éste mismo, quien tenga el más vivo interes por nosotros y se complazca en atendernos? Como podeis figuraros, salimos muy contentos de nuestra visita; y llenos de confianza en la bondad de nuestro amadísimo Señor; volvimos al hotel y pasamos una noche muy tranquila.

CAPITULO II.

Nueva-York.—Sus calles y avenidas.—Edificios.—El parque central.—El Puente Brooklyn.—Inmoralidad.—Templos católicos—Progresos del Catolicismo.

§ I.

Al entrar en Nueva-York, notamos muchísima gente en las calles y avenidas, que son en lo general, anchas, rectas, y todas adoquinadas. El color de la cantera ó de los ladrillos de los edificios, le dá un aspecto desagradable, porque hay muchísimos de ladrillo, de un rojo subido, y la cantera es oscura, gris, y de otros colores, pero ninguno hermoso. Los edificios son de siete ó nueve pisos, y uno hay á la entrada del Parque central, de catorce: están llenos de pequeñas ventanas con celosias de madera; esas ventanas en gran número, son de una forma irregular, angostas y largas, guardando cierta correspondencia en la colocacion y el número de las mismas, que en vez de hermosear, desagrada. Las

calles principales están limpias; no así las demas, aunque sean céntricas: pues las he visto, sucias y exhalando mal olor, el cual no escasea en toda la ciudad. Grande y continuo es el bullicio de la gente, sobre todo en la calle de Brodway, carros, omnibus, carretelas, y otros diferentes vehiculos van y vuelven sin cesar; y la gente se estorba, y á cada paso hay que detenerse: los americanos, andan aprisa, á veces corren, giran, quiebran su marcha; pero no esperan; los que nos detenemos y aguardamos somos los extranjeros, que no queremos ser llevados por la multitud. Paréme yo un dia, en esa calle Brodway, á contemplar ese ir y venir de la gente, y su mirada fija, y su veloz carrera, y la agitacion que revelaba; y me preguntaba á mí mismo. ¿Esta gente pensará en Dios, en su alma, ó en los bienes eternos? ¡Ay dolor! Que no podia dudar que allí sólo se trataba de intereses temporales; de acumular riquezas y adquirir fortuna. Nadie se ocupaba en la gloria del Señor, ni pensaba en el amor de Jesucristo: tal era mi juicio, temerario acaso y atrevido; vosotros, amados lectores, ¿hubiérais juzgado otra cosa? Esto llenaba mi alma de tristeza. ¡Amarnos tanto el buen Jesus, y estar así tan olvidado, Él, que es la fuente de la vida, principio y corona de toda ventura. Y aquel pueblo vivia sin el Señor y era muy feliz; pero esto solamente si consiste la vida y la dicha en el bullicio que desequilibra y en el ruido que aturde y confunde. Porque esta es la sola animacion de Nueva-York y lo que presta vida á todos

sus placeres: dejad el alma encerrada en vuestro saco de noche, olvidad á Dios, y paseaos holgadamente por las calles de la ciudad imperio, sólo entónces sabréis vivir como se vive aquí; y gozar tambien como se goza en este suelo.

“La calle de Brodway, dice Fidel, abriendo sus fauces en el mar y corriendo fuera de la ciudad, forma el intestino inmenso del coloso, distribuye, en su zig-zag opulento, la vida á todas las extremidades del gran cuerpo, recibe los jugos nutritivos de la existencia de la sociedad de Nueva-York y la concentracion de su accion es de tal manera pujante, que á las dos ó tres calles de su contacto en todas direcciones con excepcion de las avenidas, parece que uno habita, en una ciudad abandonada, con una poblacion de puritanos; reina el silencio y por las desiertas banquetas atraviesan las gentes, como los delgados hilos que se han separado del cauce de un río caudaloso.

Hasta donde alcanzaba mi vista, por uno y otro extremo y á mi espalda, se extendian y levantaban inmensos edificios cuya altura me era desconocida en esa tenaz continuidad, es decir, del doble ó triple alto de nuestras casas comunes, más altos que el Hotel de Iturbide ó la casa que llamamos de los Azulejos.

Vária es la conformacion de las casas: á veces un edificio compone una manzana entera. Elevadas, angostas en lo general, como superpuestos trozos que forman cuatro, cinco, seis y siete hileras de ventanas con sus vidrieras, que no se abren sino que alzan ó

bajan sus cristales; es algo de la ventana del claustro, con sus persianas verdes hácia fuera, como una ave clavada en la pared con las alas extendidas.

Esta conformacion de ropero y de estuche, esta arquitectura de portavianda, da aspecto triste y solitario á la parte superior de la ciudad, que no tiene balcones, terrados ni azoteas, sino casquetes y tejavanas.

Pero en la calle de Brodway, las casas que describo hacen paso constantemente á edificios inmensos de cantería y ladrillo, de fierro y mármol.

La hilera simétrica la interrumpen en las calles frecuentes escaleras con sus barandales de piedra; amplias fachadas con las secciones del piso divididas por airosas columnas, pórticos magníficos de bolsas, bancos, templos, balaustradas, estátuas, bastiones, cúpulas y torres.

Las torres son cónicas, acabando en delgadas puntas, y hay como tropeles en los aires, de agujas, velas, columnas y banderas.

Hemos indicado que el primer piso es el característico de la calle de Brodway, cuyo centro está empedrado de adoquines de granito.

La calle es amplísima, y sus banquetas de grandes losas, de cuatro y seis varas, hacen carriles de uno y otro lado, de ocho ó diez varas de anchura.

La acera tiene un escalon pegado al edificio, escalon de cantería, pero lleno de bastidores de fierro, en los que hay incrustadas pequeñas ruedas de cristal de roca, porque sirven de respiradero y tragaluz á la

ciudad subterránea que bulle bajo nuestros piés y asoma sus aparadores, sus muestras, y sus faroles y reverberos al ras de la banquetta. Ese corrido escalon es como un aparador de cinco millas, con barriles, alfombras, carritos para los niños, estátuas de indios, moros y guajiros de las tabaquerías, y hasta una mula enjaezada saliendo de un almacén, para anunciar una talabartería.

Hemos dicho que las paredes pueden llamarse diáfanas por la ostentación de cristales de sus aparadores; la publicidad es el gran recurso de vida, y en ese anuncio material se ha agotado el escándalo, si fuera lícito que nos expresáramos así. ¿Qué esfuerzo no hará cada uno para acentuar su personalidad en aquel tumulto?

Las mercancías gritan al marchante, las sastrerías exponen en fila sus manequés vestidos de todo á todo, con sus ojos de esmalte inmóviles, con sus cabezas descubiertas; las modistas trasladan á sus aparadores *ladies* en efigie, que sonrién y tienen ataques de nervios, vestidas de encajes, y terciopelo y seda; los peluqueros exponen cabezas rizadas perfectamente; los vendedores de pieles tienen osos y tigres tras de sus vidrieras; los disecadores de pájaros, tucanes y pavos reales; los vendedores de ídolos y mandarines chinos, ostentan piedras, turbantes y huesós; y el aparador del *restaurant* contiene pavos y pollos pelados, trozos de carne succulenta, encendidas fresas, robustos espárragos entre flores, caprichos de jaleas y bizcochos, fuentes artifi-

ciales, salsas, *pickles* y latas.

Y á pesar de tanta charla de joyas, de lienzos, de granos, vestidos y muñecos, los anuncios sobresalen y dominan, no obstante que no hay casa, ni ventana, ni quicio, que no tenga letrero.

La pared es como el periódico, es una pared parlante; están no solo los nombres de los comerciantes, sino listas de sus efectos, y esto, en un objeto cualquiera sobre la azotea, en diez banderas que cuelgan, en estandartes clavados en el suelo, en la cornisa, en la columna, en el árbol, flotando ó incrustado en relieve, ó pintado, de madera ó de piedra, de lienzo ó de espejo.

Ya son los anteojos colosales, ya la caja del daguerreotipo, ya un brutal sombrero, ya un zapato monstruoso, una bomba, un almirante, un oso subiendo por un árbol; y el aviso se hace campana, bandera, acento humano, proclama, verso, pintura, capricho y ensueño.

Y como si nada de esto bastase, va un hombre en la calle con dos cajas colgadas al cuello, y camisas en el interior del aparador ambulante, otro enarbola una farola, y un carro que atraviesa, está compuesto de puros avisos, y todo esto póngase en acción, animese con un avalanche de carruajes y con doscientas ó trescientas mil personas constantemente en circulación, en el extenso y serpeante trayecto, en su mayor parte vestidas con decencia, si no es que con lujo, y apenas se podrá formar ligera idea de la calle de

Brodway.

En su conjunto, las impresiones se atropellan y confunden con los objetos que las despiertan.

La sola hilera de ocho millas, es decir, cerca de tres leguas, á los lados de las aceras, de astas con travesaños en que descansan los alambres telegráficos, son un espectáculo magnífico; y cuando se reflexiona en que esos delgados hilos que forman redes, y á veces como tela aérea que hace sombra en el suelo, llevan como en canales misteriosos las ideas y el progreso y la confraternidad al mundo, entónces se glorifica el hombre y siente en sí su grandeza inmortal." (1)

Uno de los principales paseos de Nueva-York, es el Parque central, del que sólo ví una parte.

Después de recorrer calles y más calles formadas por largas hileras de frondosos árboles, y de dar vueltas y más vueltas, nos hallamos frente á las jaulas de las fieras, entre las cuales, hay leones, tigres, osos negros y blancos, y otros diversos animales. Las rejas de las jaulas no nos parecían demasiado seguras; sin embargo hasta ahora ninguna fiera ha roto su prision: la gente se agrupaba en torno de esas fieras, sin ningun recelo, cual si la larga vida que han pasado en esta capital, les hubiese adquirido carta de ciudadanía, ó como si el ver diariamente á tanto americano y noble señorita, que se les presentan con tanta fineza y elegancia, les hubiese inspirado, una noble y generosa simpatía para

(1) Fidel, viaje á los Estados-Unidos. T. 2. p. 363.

con ellos. Lo que es á mí, veíanme esas fieras con horribles ojos, cual si quisieran decirme; "¿Por qué te acercas profano? No me simpatizas." Y tanto por esto como por el hedor de aquel sitio nos alejamos de allí. Á pocos pasos llegamos al corral donde están los elefantes, entre los cuales hay uno que llama la atención por su descomunal tamaño. Hacia otro lado vimos dos venados tan grandes como nuestros bueyes. Dentro de un alambrado que forma un gran cuadro, hay multitud de pequeños animalitos, muy parecidos á los cullos. La gracia que tienen es subir, bajar y columpiarse en el alambrado. Pasamos en seguida á ver el famoso lago que tanto embellece aquel sitio. Nuestro punto de vista fué junto á la fuente que se halla orillas del mismo lago, el cual está como en medio de un bosque de frondosos árboles que tiñen las aguas de un verde oscuro muy hermoso: canoas y pequeños barquichuelos lo surcaban entónces, y el sol pasando sus dorados rayos al travez de los árboles venia á dar nuevos encantos, á ese cuadro ya de por sí muy bello. Multitud de jóvenes americanas lo estaban mirando estáticas y absortas: contemplaban acaso su propia belleza en las aguas del tranquilo lago; pero luego la ligera brisa venia á inquietar las aguas, y aquellas imágenes quedaban borradas: así tambien el tiempo, vendrá y soplará sobre el rostro de esas bellas; y la triste ancianidad cubriéndolas de arrugas perderá para siempre su belleza. ¿Por qué no buscan otras gracias que nunca se marchitan, y otros encantos que siempre nos cautiven?

La modestia y el pudor, es belleza que no muere en la mujer, que la rodea de una atmósfera de gracia y le atrae el respeto y cariño de los hombres.

Los niños y niñas recorren el parque en pequeñas y ligeras carretelas tiradas por cabras, que arrastran según vi, hasta seis personas. Las personas grandes ó platican alegres á la sombra de los árboles, ó andan indistintamente por las muchas y variadas calles del Parque.

Hé aquí cómo á su vez, habla Fidel, de este famoso Parque.

“Figurémonos una extensión como desde el paseo de Bucareli á Tacubaya; pero en un terreno quebrado como el de las depresiones y eminencias que ofrecen, ó el camino de Toluca, ó lo que llamamos la Cruz del Marqués, yendo á Cuernavaca.

Sobre esos valles, colinas y hondonadas cubiertas de aterciopelado césped, culebrean bajo los arbustos y los árboles, y entre flores, los senderos de la gente de á pié, y más al centro, anchas y bien terraplendadas calzadas de arena y piedrezuela del lecho de río, por donde se deslizan los carruajes.....

El terreno es en extremo desigual, y ya se percibe como una montaña coronada de árboles gigantes, ya se abren éstos para formar praderas y glorietas, ya se hunde la tierra y se salva por un puente en la altura y un camino por debajo para los pedestres.

En una ladera, siempre entre árboles, están los salones de un café magnífico; en una elevación descue-

lla un *kiosco*; bajo un tendido emparrado hay asientos como mesas; grandes fuentes en abiertas plazas; lagos cruzados por botes y barcas, donde el terreno se deprime, y escaleras atrevidas, entre las rocas vivas, que conducen á cenadores voluptuosos, á sombrías estancias en que bajo doseles de sombra, hay estatuas que immortalizan las glorias del talento y la virtud.

Hay momentos en que por donde quiera que se vuelven los ojos, tiene nuevas seducciones el ánimo.

El arte ha seguido cuidadoso á la naturaleza, y sobre su hermosura salvaje ha derramado sus tesoros.

Á la vez que giran los carruajes en las calzadas, parvadas de niños corren en los verdes prados, con algazara festiva, conduciendo sus carretelitas, volando sobre sus velocípedos y sus carritos.

Gira uno en opuesto sentido, y son los columpios, los cochecitos tirados por chivos, los burros perfectamente enjaezados conduciendo niños y niñas.

Inclínase la vista, y descubre las barcas llenas de gente que se regocija; la aparta y la dirige á los otros umbríos..... La descansa en los tránsitos, y son estrados con caballeros entregados á la lectura, mientras los acaricia el viento, los aduermen las sombras y les dan música las aguas.

El Parque, al decir de las varias guías y datos que consulto, tiene de costo diez y seis millones de pesos, le sombrean 200,000 árboles y arbustos, y contiene museo de historia natural, casas de fieras, lagos,

restaurants, salones de refresco, salones de música, subterráneos y cascadas.

Es un espléndido jardín con sus estatuas y sus fuentes, encerrado en uno de nuestros bosques deliciosos de la tierra fría." (1)

El Puente Brooklyn, hé aquí otra de las grandes obras de los americanos, en esta ciudad: es de una milla y cuarto de largo; y al entrar en él, se descubren desde luégo que debieron ser muy grandes los obstáculos que fué necesario vencer para llevar á cabo esa obra grandiosa que ha unido esa ciudad con la de Brooklyn. Está sostenido por enormes cables de alambre que bajan de las grandes columnas que lo sostienen: esos alambres forman como grandiosas redes de uno y otro lado del puente y le dan un aspecto imponente y agradable. De uno y otro lado del puente pasan los trenes que tirados son por gruesos alambres unidos por uno de sus extremos á una máquina de vapor. La vista que presentan Nueva-York y Brooklyn desde este puente, es de las más hermosas. Por debajo del puente pasan continuamente grandes y pequeñas embarcaciones: y á vuestros piés, estais oyendo con frecuencia el silvato de las máquinas de los vapores, y estais viendo la cándida estela que dejan tras sí; y el caudal de agua que lleva el rio del Este; y un inmenso gentío que sin cesar sube y baja, por el famoso puente. Y si os estais ahí, una, dos ó más horas, aquella anima-

(1) T. 2. p. 475.

cion no cesa, sino al contrario, parece aumentar á cada instante. Puede volverse del puente en cualquiera de los trenes que pasan por sus lados, mediante tres centavos que se recojen en la oficina correspondiente.

"Cuando llega una ráfaga de viento se agita la fábrica inmensa del puente. ¡Vibra! ¡Vibran su innúmeros cables, puestos en tencion, como otras tantas cuerdas! ¡Vibran con armónicos sonidos, profundos, muy profundos, largos, muy largos! Dijérase el puente inmensa lira que está aguardando á que la pulse la furia de las tempestades. Cuando allí ruje la tormenta con sus horrisonos fragores, se confunde el prolongado zumbido, la bronca voz del puente. Tal vez ¡quién sabe! como sublime glosa del sublime ditirambo, su voz dice en los aires: "¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra gloria á los hombres de buena voluntad!"

Respecto de moralidad, por cierto que Nueva-York, no es un modelo. Para que podais calcular cómo andan por aquí las cosas, os mostraré no más un rasgo. Luégo que llegan los viajeros, se informan de estos las personas de mal vivir y les mandan sus tarjetas, indicando la calle y el número de la casa donde viven. Esto nos ha pasado á nosotros mismos. Mi compañero de viaje y yo, entramos una mañana en nuestra habitacion, y vimos en el suelo una carta franqueada en el correo: la abrimos sin saber de quién era ni qué se nos diria; pero luégo leímos la invitacion de una infame: el rubor y la vergüenza se apoderaron de

nosotros, y con amarga y triste indignacion, hicimos mil pedazos la carta, exclamando, casi con lágrimas en los ojos: ¡Oh buen Jesus, no permitas que nos separémos de tí por el pecado, y haz que los que te ofenden se conviertan.

En la ciudad, y en calles principales, suelen verse retratos muy indecentes y provocativos.

Muy pocos fueron los templos católicos que pude visitar, figurando entre estos la Iglesia catedral, cuyas torres aún no están concluidas: las columnas del templo son de marmol sin pulir; las paredes están cubiertas de la misma piedra, la cual sólo en el púlpito está pulida. Debajo de las bóvedas hay como una guia de largas hojas que las cubre de uno y otro lado, y que no llama la atencion. Parándose uno en el umbral de la puerta mayor, se nota que la nave de en medio es demasiado angosta con relacion á su altura: las naves laterales son mucho más bajas que la principal. El altar mayor es bonito, y nada más. Los otros altares no corresponden por su pequeñez y falta de gracia á lo demas del templo. Al lado derecho de la Catedral se halla una pieza donde está la pila bautismal, que tiene franca entrada. En ella no se vé ninguna imagen, sino solamente la pila; esa pieza desaseada no nos pareció correspondiente á la catedral de Nueva-York, ni á una parroquia de campo. Pasamos despues á la sacristía, buscando al sacristan para tomarlo por cicerone; pero en lugar de un hombre, hallamos una sacristana, que al saber por nosotros mismos,

que éramos padres, nos llevó al presbiterio, yendo por delante; despues nos enseñó los ornamentos y siguió dándonos razon de todo lo que le preguntamos como hacerlo pudiera el mejor sacristan. Aquello no dejó de chocarnos sobre manera; y para ver si realmente esa ladie estaba encargada de la sacristía, lo preguntamos á un eclesiástico, quien nos dijo que no sólo en Catedral pasaba eso, sino tambien en otras iglesias.

En la calle 16, los jesuitas tienen un hermoso templo dedicado á San Francisco Javier: templo espacioso cubierto de lápidas de marmol y muy aseado. Tienen tambien una iglesia subterranea, pública, la que ciertamente no es bella, pero sí devota y está muy atendida. El templo principal tiene los eatorce cuadros del via-cruceis, grandes; pero la pintura es bastante corriente. Los jesuitas, y en general todos los padres de esta ciudad, segun lo que me ha parecido y los informes de algunas personas, se dedican con fervor y constancia á su ministerio; pero no lo hacen siempre con la debida prudencia: ved aquí la prueba: tienen todos estos señores la costumbre de confesar hasta en la noche; y es lo más notable que no solamente los hombres, sino tambien las mujeres se acercan al santo tribunal hasta las diez de la noche y aún más tarde.

Visité tambien en Nueva-York, la iglesia de los franciscanos: es pobre, pero muy recogida é inspira mucha devocion. Tiene adjunta la capilla de invierno, la cual es más pobre todavia.

Respecto del catolicismo en esta gran ciudad, hay lo

siguiente, según los informes que recibí de un ilustrado jesuita. Actualmente existen en Nueva-York sesenta iglesias de rito romano y quinientos mil católicos.

Todas las veces que concurrí á la iglesia observé en los asistentes un recogimiento y atención en verdad edificantes. Sobre todo cuando los fieles se acercaban á recibir la sagrada comunión, lo hacían revelando en su exterior, los sentimientos de la más tierna piedad: su compostura y gravedad, su compunción y ternura, todo indicaba cuán penetradas iban tales personas del gran objeto que las llevaba á la sagrada mesa.

Esta piedad de los fieles débese en gran parte á los buenos sacerdotes con que cuenta la iglesia en Nueva-York y á la frecuencia de los concilios provinciales que se ocupan en arreglar la disciplina, la cual sin embargo por lo que vi, está, casi en mantillas, y hállase todavía muy léjos de ser perfecta; mas no es justo pedir otra cosa á una iglesia naciente. El tiempo, la reflexión y la experiencia, vendrán poco á poco enseñando lo que falta.

Hay en Nueva-York un colegio dirigido por más de treinta jesuitas, y al que concurren cerca de trescientos jóvenes. Tienen otro los mismos padres en las afueras de la gran ciudad, que es de internos: y tanto uno como otro, son de grandes esperanzas á la iglesia americana. Dios bendiga los nobles esfuerzos de los hijos de San Ignacio á quienes en todas partes hallamos trabajando en la santificación de las almas y el

bien de la sociedad.

Un viajero mexicano hablando de la belleza de las jóvenes de esta ciudad decía que había visto coros de serafines; nosotros no hemos dado con ellos; tal vez, como la patria de los serafines es el cielo, cansados de Nueva-York, remontaron su vuelo á las alturas, y cuando los creíamos todavía en la tierra, ya se habían marchado, sin dejar ni esperanzas de que vuelvan, ni rastro de su camino. Las americanas, andan aprisa, pero no es gallardo su andar, ni es esbelto su talle. Sus facciones no presentan la suavidad y finura que tanto agracia á las mexicanas: tienen aquellas buen color; pero en muchas, no es natural. En cuanto á su modestia, salvas las debidas excepciones, las jóvenes americanas, que he visto, suben y bajan, entran y salen á todas partes con tanta habilidad y ligereza, que alguno dijo de ellas que no eran sino yanques disfrazados con traje de mujer. En muchas, sin embargo, solíamos notar pudor y recato, conociendo luégo que eran católicas fervientes.

La religión, y sólo ella, había moderado los resavios, acaso de la mala educación, la dureza del carácter y

los tristes desvios de inclinaciones degradantes, tanto en los hombres como en las mujeres. A pesar de esto, ni en todos es igual la influencia religiosa, ni el carácter, se doblega en toda clase de personas, con idéntica facilidad, ó el hábito y, en fin, las ideas preconcebidas, siguen haciendo de las suyas, casi sin que lo advirtamos. Hé aquí lo que pasó á un recomendable eclesiástico de Yucatan. Este Señor fué á presentar sus licencias al arzobispado; lo recibió una mujer que desatenta y grosera, apenas le había saludado, y le dió con las puertas en la cara, diciéndole que volviera despues de una hora; así lo hizo el humilde chantre yucateco, y cuando por último se le entregaron sus licencias, pidió hablar con el Ilmo. Sr. Arzobispo, quien se negó á recibirlo. No son así los nuestros; sino al contrario, atentos y corteses, como buenos caballeros. Este mismo Señor, yucateco, fué tambien recibido por los jesuitas, no con las mejores atenciones. Por mi parte, yo no tengo, amados lectores, de quien quejarme, que si así fuese, ya os lo hubiera dicho.

CAPITULO III.

Á bordo del Borgoña.—Una noche de luna en el mar.—Un rato de amargura.—Á la vista del Havre.—Paris.

§ I.

Á las diez de la mañana del cuatro de Setiembre, nos hallábamos á bordo del vapor, La Borgoña, que tenia que salir con direccion al Havre: cinco minutos despues, levamos anclas, y comenzó nuestra navegacion por el Atlantico; á las pocas horas ya no veíamos sino las negras aguas del mar y un triste cielo que se extendia sobre nosotros. Nos hallábamos en una soledad inmensa, en un líquido desierto, y metidos en un precioso vapor que puede llamarse con verdad, un palacio flotante. Tiene el Borgoña 155 metros de longitud por 15 de ancho; puede cargar 7200 tonenadas, y representa una fuerza ocho mil caballos. Está perfectamente amueblado; se ilumina por la noche con luz eléctrica; tiene, ademas, biblioteca, piano &c. Éramos los pasajeros 200; entre los cuales se contaban 7 eclesiásticos y dos monjas, que venian enteramente solas desde Nueva Orleans. Nada notable ocurrió los primeros dias de la navegacion; el mar estaba tranquilo y de buen humor los pasajeros. En cuanto á mí, pasaban las horas y los dias con penosa y triste lentitud: conocia que me hallaba en una soledad que no era la

los tristes desvios de inclinaciones degradantes, tanto en los hombres como en las mujeres. A pesar de esto, ni en todos es igual la influencia religiosa, ni el carácter, se doblega en toda clase de personas, con idéntica facilidad, ó el hábito y, en fin, las ideas preconcebidas, siguen haciendo de las suyas, casi sin que lo advirtamos. Hé aquí lo que pasó á un recomendable eclesiástico de Yucatan. Este Señor fué á presentar sus licencias al arzobispado; lo recibió una mujer que desatenta y grosera, apenas le había saludado, y le dió con las puertas en la cara, diciéndole que volviera despues de una hora; así lo hizo el humilde chantre yucateco, y cuando por último se le entregaron sus licencias, pidió hablar con el Ilmo. Sr. Arzobispo, quien se negó á recibirlo. No son así los nuestros; sino al contrario, atentos y corteses, como buenos caballeros. Este mismo Señor, yucateco, fué tambien recibido por los jesuitas, no con las mejores atenciones. Por mi parte, yo no tengo, amados lectores, de quien quejarme, que si así fuese, ya os lo hubiera dicho.

CAPITULO III.

Á bordo del Borgoña.—Una noche de luna en el mar.—Un rato de amargura.—Á la vista del Havre.—Paris.

§ I.

Á las diez de la mañana del cuatro de Setiembre, nos hallábamos á bordo del vapor, La Borgoña, que tenia que salir con direccion al Havre: cinco minutos despues, levamos anclas, y comenzó nuestra navegacion por el Atlantico; á las pocas horas ya no veíamos sino las negras aguas del mar y un triste cielo que se extendia sobre nosotros. Nos hallábamos en una soledad inmensa, en un líquido desierto, y metidos en un precioso vapor que puede llamarse con verdad, un palacio flotante. Tiene el Borgoña 155 metros de longitud por 15 de ancho; puede cargar 7200 tonenadas, y representa una fuerza ocho mil caballos. Está perfectamente amueblado; se ilumina por la noche con luz eléctrica; tiene, ademas, biblioteca, piano &c. Éramos los pasajeros 200; entre los cuales se contaban 7 eclesiásticos y dos monjas, que venian enteramente solas desde Nueva Orleans. Nada notable ocurrió los primeros dias de la navegacion; el mar estaba tranquilo y de buen humor los pasajeros. En cuanto á mí, pasaban las horas y los dias con penosa y triste lentitud: conocia que me hallaba en una soledad que no era la

del mundo, y la melancolía se pintaba en mi rostro: estaba léjos del mejor de todos los amigos, de aquél á quien nadie sustituye dignamente. ¡Ah! en la tierra lo tenemos; pero no en el mar, y por esto yo no podia conversar con él; ni decirle una palabra.

¡Cuán dulce y agradable sería para los cristianos que navegan, poder, durante su viaje, visitar á Jesus Sacramentado! Y en mi tristeza consolábame tan sólo, pensar que los míos tal vez aquella misma hora, estarían haciéndolo por mí: yo le mandaba á mi amado los suspiros de mi alma, y figurábame entónces, hallarme en algun templo y postrado al pié de los altares, donde está por nuestro amor el buen Jesus.

Durante la navegacion, dos ó tres noches solamente, pudimos contemplar la luna; y entónces la vista del mar, la sombra de la noche, el ruido de las olas, el vapor que se deslisaba sobre aquella inmensa y líquida llanura, y la mortecina y trémula luz que alumbraba ese cuadro, todo esto formaba un espectáculo solemne y majestuoso, que nos hacia meditar. La quilla del buque rompía las aguas en líneas divergentes, las aguas se levantaban como elevadas y grandiosas cordi-

lleras de montañas, de negra base y de nevada cumbre, que subian y bajaban unas en pos de otras, y al caer, abrian un abismo profundo, y para siempre se perdian en él. Entre tanto el vapor seguía su camino sin darse cuenta de aquello; é iba feliz y rectamente hácia el puerto. En aquellas agitadas montañas yo creía descubrir la imágen de los hombres, grandes y felices, segun el mundo: se levantan es verdad, prosperan en todos sus proyectos, y cuanto quieren, les viene á medida del deseo: unos en pos de otros llegan sus placeres, en torno de esos hombres, afluyen la riqueza y los honores. Si los veis al levantarse en la fortuna, y al ceñir la corona de mundana gloria, los juzgaréis muy dichosos; pero esperad un poco; pasaron unos cuantos años y todo ha cambiado para algunos, y otros bajaron al sepulcro entre el esplendor de la grandeza, que allí extinguió su brillo, dejando á la puerta de la tumba, encantos, riquezas y placeres. Mas ved por el contrario: el que contempla la dicha de este mundo, con los ojos de la fe, y practica su enseñanza, va tranquilo y sosegado, y camina derecho á su destino.

Á veces ocultábase la luna detras de las nubes, y entónces la noche aumentaba sus misterios. Ansiábamos por ver la luz de aquella beldad tan desdenosa, y en vez de obsequiarnos, llamaba otras nubes y aumentaba más la oscuridad. Si la luz de la fe, decia yo entónces, nos fuera ocultando su bello resplendor, huiría la paz del corazon del hombre, perpétuas ansiedades, molestas inquietudes, continuas fluctuaciones se levantan

tarian en el alma, como estas montañas de liquido cristal que están contemplando mis ojos. Y una vez perdida la fe, no está en mi mano volver á tenerla.

El mar no estaba en calma; batia sin cesar nuestro vapor que ya se inclinaba de un lado, ya del otro: de babor á estribor; ese continuo balanceo nos inquietaba algunas veces, porque era demasiado fuerte; mas luego empesaba á disminuir. Aquí tambien hallaba yo, en qué entretenerme: así es la vida del justo: por más que vaya triunfante y salvando mil escollos, sus pasiones lo seguirán combatiendo: y semejantes combates, cuando ménos piense, serán terribles y peligrosísimos: harán que tiemble y que alguna vez se crea perdido; mas no hay que desconfiar, que nunca el Señor abandona á los suyos; y si permite á la recia tempestad que nos asuste y amedrente le prohíbe que nos dé la muerte. Y aquel permiso es un efecto del amor que nos tiene: la vista del peligro nos vuelve precavidos, nos da circunspeccion y diligencia, hace que clamemos al Señor; y vednos entónces, victoriosos en verdad y mejorados. Esta prohibicion corresponde á la providencia del mejor de los padres; dulcísima y amable, firmísimo sostén de la esperanza. Y si la tempestad nos mata, no matará la esperanza, que en el Señor tenemos. Si Dios me diere la muerte, en él esperaré, decia Job.

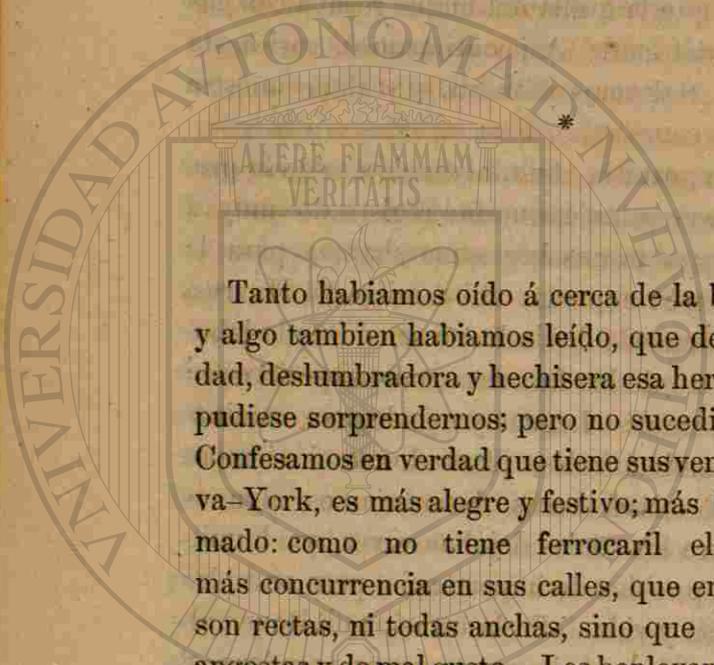
Yo siempre he confiado en el Señor, y siempre tambien, he dicho: en el cielo de mi fe no hay tempestades; pero llegó el dia de la prueba, y con toda justicia se me pudo decir: Hombre de poca fe, ¿por qué tiembles? Era el nueve de Setiembre y la mar estaba inquieta, picada, segun la expresion de los marinos; y el buque se paró; preguntamos por qué no seguíamos navegando, y se nos dijo que se habian descompuesto algunas piezas del vapor; y que nos hallábamos en peligro de perdernos. El miedo y la tristeza se apoderaron de todos, y yo, resuelto y atrevido en otro tiempo, sentí mi corazón desfallecido. Morir con las angustias y desesperacion de los que se ahogan, quedar envuelto y sepultado en las aguas..... ¡qué tristes pensamientos! y tener á la vista el mar tempestuoso, el navio que está balanceando horriblemente, y que no avanza para nada; y léjos de los míos, y fuera de mi Patria; todo esto me llenó de espanto y turbó mi inteligencia. Mi buen compañero Avelar me decia: Morir en el mar ha de ser apetecible entre lo que jamas se puede apetecer; pronto concluye la agonía; ni habrá tentaciones, y ántes que la corrupcion nos descomponga, ya los tiburones nos habrán comido.—Yo no participo de sus ideas, amigo mio, le contesté. Por mi parte prefiero morir entre los míos con todos los auxilios de mi religion. Si en aquel entónces me vinieren á molestar las tentaciones, no me faltará la gracia; y en mis últimos instantes habrá quien ruege por mí á Nuestro Señor de quien espero una buena muerte.

Aquella terrible incertidumbre, que nos detenía sañuda y sin piedad, entre la vida y la muerte; mas cesó, por fin, despues de dos horas; y hasta ese tiempo se nos dijo: ya no hay peligro, y las piezas descompuestas, pronto quedarán arregladas. Al siguiente día volvióse á parar el navio por nuevas descomposturas; pero ya entónces, no tuvimos tantos temores, por saber que era cosa sencilla; y en efecto, á poco rato continuamos navegando con felicidad. Y navegábamos alegres, ignorando que aún nos quedaba otro peligro mayor. Antes de llegar al Havre, tuvimos que trasbordar pasando á un vapor, por cierto muy pequeño, porque aún no subia la marea, y el Borgoña no podía llegar al muey. Habriamos navegado, en el pequeño vapor, como media legua, cuando una espesísima neblina, nos envolvió por todas partes. La neblina es uno de los mayores peligros para los buques, por el riesgo de chocar unos con otros; y este peligro lo teniamos casi á bordo: ademas, el piloto que nos conducia, extravió la entrada; y al empezar á silvar, observamos que iba atravesando, ya casi en frente de nosotros, y muy próximo á nuestro buque, otro que venia tambien al Havre; al oír tan de cerca el silvato de nuestro vapor, aquél se detuvo con tanta violencia,

que por poco zosobra; nosotros tambien nos detuvimos; mas la ignorancia del piloto que nos conducia, no acababa de salvarnos del peligro, sino que ántes bien, sentiamos que la quilla del buque rosaba con las rocas del fondo del mar. Así continuamos, casi hasta llegar al muey. Saltamos á tierra, y calmó nuestra inquietud.

Junto al muey, está la Administracion, donde presentamos nuestro equipaje, que fué registrado muy á la ligera; y despues de una hora, marchamos para la gran capital, en tren expreso. El camino del Havre á París, es muy hermoso: desde luégo se conoce la laboriosidad y el gusto de los franceses, muy superiores en esto á los americanos. Leguas y más leguas caminamos entre hileras de árboles, plantados casi siempre con gracia y armonía: á veces descubriamos algunos bosquecillos entre los cuales dejábanse ver, ya humildes caseríos, ya pueblos de importancia; pero en todas partes, animacion y vida. En la estacion de Rouen almorzamos, importando el almuerzo, que es pasadero, 2 francos. Continuamos en seguida nuestro viaje, y despues de cuatro horas y media, llegamos á París, y paramos en la estacion de San Lázaro, en la cual reina tal confusiön y alboroto, que pronto queda uno tan ensordecido, como atarantado. Afortunadamente nosotros habiamos contraído relaciones á bordo, con D. Carlos Babin, comisionado de un Hotel de París, al cual nos condujo sin pérdida de tiempo. Eran ya las tres de la tarde, y como veniamos muy cansados, no

hicimos sino una pequeña salida al templo de la Trinidad, porque allí estaba el que nos vuelve siempre la fuerza y es dulcísimo descanso despues de la fatiga.



Tanto habíamos oído á cerca de la belleza de París, y algo tambien habíamos leído, que debia ser en verdad, deslumbradora y hechisera esa hermosura para que pudiese sorprendernos; pero no sucedió nada de esto. Confesamos en verdad que tiene sus ventajas sobre Nueva-York, es más alegre y festivo; más bullicioso y animado: como no tiene ferrocarril elevado, se nota más concurrencia en sus calles, que en lo general, no son rectas, ni todas anchas, sino que hay muchísimas angostas y de mal gusto. Los boulevares y las avenidas es lo mejor, porque son espaciosos y están aseados; en ellos se encuentran los mejores cajones, de todo lujo y de mucha riqueza. El embanquetado es muy ancho y demasiado cómodo, y el concurso, de lo más selecto, inmenso y que no se interrumpe: aquí se ven, ya grupos de elegantes señoritas, que hablan, rien y caminan á gran prisa, sin hacer caso al parecer, de nada; pero deseando que todos se fijen en ellas, que admiren sus gracias y vayan en su seguimiento; más adelante los

que andan en busca de aventuras amorosas; de inquieta mirada, de andar descompuesto, y llevan un pensamiento secreto, y á veces no mucho que los preocupa enteramente. Entre tanto el cruzamiento y ruido de los carruajes no pára, ni el ir y venir de la gente de negocios, y cada uno se ocupa en los suyos, y ve por donde va para no ser atropellado. Este movimiento se nota sobre todo en los grandes boulevares; pero lo hay tambien, si bien es menor, en las otras calles. Al ver semejante bullicio y el incansable afan por pasearse y divertirse, que hemos notado en esta capital, dolíame el corazon reflexionando que sólo en Dios no se pensaba; y que aquellos entretenimientos, en verdad pueriles, eran para muchísimos, ocasion de ruina; entónces me propuse ir á las iglesias, para ver si allí encontraba, la compensacion del olvido del Señor.

CAPITULO IV.

*París.—Iglesias.—Museo del Louvre.—Bosque de
Bolonia.—Plaza de la Concordia.*

§ I.

Nuestra Señora de París. Hé aquí un templo espacioso, elevado, imponente y majestuoso; y si quereis añadir lo que os agrada; pero ese templo no inspira piedad, ni da recogimiento; es un poco oscuro, sus lisas, paredes están sin adornos, no está dorado ni estucado ni siquiera pintado, lo cual sin duda le daría mejor aspecto. Quisimos ver el tesoro y lo conseguimos mediante la exhibición de 50 céntimos que fueron entregados al comisionado para el efecto: este comisionado está con sombrero puesto dentro de la Iglesia. En la sacristía, lugar del tesoro, vimos las reliquias de S. Luis y de otros santos; un pedazo del leño de la Santa Cruz, guardado en un ropero, como una cosa cualquiera, porque no es mucha la veneración de los parisienses por estos objetos. Hallábanse allí también tres túnicas de los últimos arzobispos que han muerto á manos de estos parisienses: están manchadas con la sangre de aquellos prelados, y son un elocuente testimonio de la virtud de los que dieron su vida por salvar sus ovejas. También nos enseñaron y casi como se enseña una reliquia, el manto del primer Napoleon: ese manto es de

terciopelo carmesí, bordado de plata y chaquira; y nada tiene de particular, sino el haber sido de un hombre que tanto persiguió á la Iglesia.

El sacristan nos enseñó también, la sala Capítular y el trono del Cardenal Arzobispo; este trono bien puede llamarse así, por sarcasmo, y aquella sala es demasiado modesta para sacristía de una iglesia rural, y muy ridícula para una Catedral. Extraño, muy extraño nos parecía que todo un Cardenal Arzobispo de París, viniera á sentarse en aquella humilde silla y que el cabildo hiciera otro tanto en sus respectivos asientos. Yo creo que en su casa estos señores, no tienen tan miserable ajuar.

La iglesia de S. Sulpicio nos agradó por su arquitectura y sus tamaños. En una de sus capillas se ve un monumento bien acabado: es el sepulcro de un gran personaje; está en actitud de levantarse de la tumba, de la cual va saliendo con la ayuda de un buen ángel, y la muerte se halla postrada y "sin vida" á sus piés. Cuando visitamos á S. Sulpicio, habia muy poca gente, pero es necesario disculpar á los parisienses católicos; tienen tanta ocupación, por estar en la capital del mundo civilizado, que no es extraño el que les falte tiempo para visitar sus iglesias.

La iglesia de Nuestra Señora de las victorias, es un templo bonito, no muy grande, oscuro; ¿esto simbolizará, por ventura muchos de los triunfos del pueblo francés? No lo sabemos. Á la puerta de ese templo estaba una hija de S. Vicente, convertida en limosne-

ra, y repitiendo á cada instante el eterno, s' il vous plait, de los franceses. Pedia para el culto divino y no para sí misma; bien está, dejémosla en paz, si otra cosa no le damos.

Antes de la Catedral, habíamos visitado la Trinidad, iglesia precedida de un hermoso y alegre jardincito, donde pasaba la tarde divirtiéndose, multitud de gente; pero el templo estaba desierto lo mismo que la catedral. La Trinidad no es como Nuestra Señora de Paris, sino al contrario, muy devota. Su bautisterio está bastante aseado, y tiene un cuadro de Adán, deserrado del Paraíso, otro del Bautista, y otro, en distinta capilla, del gran Francisco de Asis; todos de buen pincel.

La iglesia de la Trinidad, fué convertida en hospital en tiempo de la guerra prusiana.

Por lo que llevo dicho, comprenderéis, mis amados lectores, que tanto Paris en general, como los católicos parisienses en particular, me inspiraron profunda tristeza y amargura. ¡Qué influencia tan grande tiene sobre nosotros, me decia á mi mismo, la sociedad que nos rodea! Por más que sean buenos los católicos de aquí, como en efecto lo son en gran parte, hállanse predominados, tal vez á su pesar, tal vez inconcientemente, por las ideas y las costumbres de aquellos entre quienes viven: muchos de ellos se prefijan ciertos límites, que no pueden franquearse sin manifiesto delito; pero ¿quién podrá decirnos que esos límites son siempre los justos; ó que en el inmenso espacio que ex-

tiende delante de nosotros la sociedad en que vivimos, no halla sino la luz y la verdad, más bien que el pecado y la muerte? ¡Ay! por cierto que dignos son de lástima los católicos de Paris: rodeados de cien y cien peligros, como en pocas partes, ó ninguna; y viviendo como aturridos por el ruido y confusion de su ciudad, envueltos en una atmósfera pestilencial, y parados junto al cauce de un torrente, necesitan emplear toda la fuerza de su noble carácter para evitar su ruina.

* * *

Después de nuestra visita á las iglesias, fuimos al Museo del Louvre. Este edificio es soberbio, espacioso, bien construido: es como una notabilidad aquí. Al entrar en sus magníficos salones se nota luego, el aseo, el orden, la gracia, en fin, con que todo está dispuesto. Los salones están custodiados por gendarmes bien vestidos y muy atentos; parecen cumplidos caballeros; y guardan mucho silencio; cosa por cierto bien extraña en los franceses que á toda hora están hablando.

Aquellas numerosas galerías que sucesivamente fuí recorriendo, contienen incontables cuadros, de los mejores pintores de todo el mundo. Sin embargo, vimos que al lado de pinturas de un mérito superior, se

encuentran otras que no merecian estar allí. En esto no han tenido tino los franceses. Y no es este el gran defecto del Museo, sino el siguiente. Entre las pinturas hay un número prodigioso de cuadros que no merecen sino el fuego, que ofenden altamente la moral pública. Están en ellas los personajes de uno y otro sexo, enteramente desnudos, y con una desvergüenza peor que pagana: y ved lo que han hecho esos franceses, al lado de lienzos religiosísimos, como la incomparable y púdica Virgen de Murillo, han colocado las más deshonestas pinturas.

Pero no creáis que aquí pára el mal: yo he visto á señoritas que no pasarían de 25 años, estar copiando á la luz pública, los cuadros más voluptuosos y desenvueltos.

Después de esto, ¿qué quereis de una sociedad que trata tan familiar y llanamente con la corrupcion, y en ella encuentra sus placeres? Porque al Louvre acude todo París.

En otro tiempo, en Francia no se pintaba como hoy se pinta: así lo prueban los salones de pintura francesa de los siglos 13, 14 y 15. Los retratos é imágenes de estos salones, se pueden ver sin lastimar el pudor; no así las de este siglo, que en gran parte no tienen rasgo de decencia.

No me quedaban ojos para ver aquellas indecentes pinturas, y cuando después me enseñaban las estatuas antiguas y modernas, lo mismo que las pinturas, esto no hacia sino aumentar mi amargura y dolor, y no fi-

jarme en nada.

Hay tambien en el Museo del Louvre, bastantes momias egipcias, algunas bien conservadas; una coleccion numerosísima de ídolos de todo el mundo; armaduras antiguas, piedras monumentales de ciudades de otros tiempos, bases, capiteles de la más remota antigüedad; preciosos mosaicos, y otros mil objetos curiosos que es imposible recordar.

* * *

El Bosque de Bolonia llamaba nuestra atencion y se nos habia recomendado que lo visitáramos; destinamos pues, toda una tarde para hacerlo, y esto fué bien poco. Tomamos un coche y dimos vuelta al inmenso paseo de los parisienses. Hermosísimo es, en verdad, este Bosque, y muy superior el Parque central de Nueva-York. Todo está en orden, y dispuesto con mucha elegancia: hay calles larguísimas que de uno y otro lado, ya presentan espesas enramadas donde el sol no penetra, ya bellísimas praderas, de vista encantadora. Recored el bosque, y cuando menos penseis, salta el agua formando graciosas figuras y juegos muy divertidos; continuad el paseo y llegaréis á la orilla de lagos artificiales; ó á una bellísima cascada, tambien artificial:

el agua pasa sobre un arco debajo de la cual se goza de una vista primorosa y sorprendente: el agua descende precipitada y espumosa; ó se detiene al borde del arco, formando cortinas de liquido cristal que flotan en el aire; y el ruido que produce, todo encanta y recrea, fasina un instante y hácenos luego pensar en la vida. Así pasan las generaciones, unas en pos de otras; y de las primeras ni memoria queda; hicieron ruido al pasar por el mundo, ahora nadie os dirá su nombre; ¿por qué, pues, ocupar la vida, trabajando en lo que pasa, y no en lo que ha de durar para siempre? Esa espuma que se levanta un instante, ese ruido que se acaba, esa precipitación que termina cuando las aguas han llegado á su lecho, simbolizan grandezas, negocios y placeres; mas ¿de qué nos sirve todo esto si á Dios no nos lleva, como á blando y amoroso descanso?

Salimos de la cascada y continuamos nuestro alegre paseo, sin tener otra molestia que las estatuas desnudas que de vez en cuando se veían, en aquel lugar de delicias, Eden de los parisienses, segun dicen, sitio de sus amores, donde se ven mil locuras, lances ridículos, y á veces terribles. Aquella hermosa tarde respirábase en el Bosque, un ambiente muy puro, el cielo estaba despejado, el sol se iba poniendo con amorosa lentitud: nos hallábamos junto á la bulliciosa capital, pero en nosotros reinaba el silencio; el Bosque estaba desierto: podíamos, pues, pasearnos y divertirnos libremente, y levantar nuestros ojos á Dios, y bendecir su santo nombre: de esta manera queríamos

compensar las ofensas que en aquéllos lugares se cometían contra su Majestad; y nos parecia que los árboles, las flores, los lagos, la cascada, la brisa de la tarde, la misma soledad, repetían á una, y con delicado y melodioso acento, nuestras amorosas y tiernas bendiciones.

Á nuestra vuelta del Bosque de Bolonia, vimos los Campos eliseos, por cierto muy bellos; pero que no llaman la atención cuando se ha visto aquel Bosque. Vimos también el Campo de Marte y la gran plaza de la Concordia.

“La *Plaza de la Concordia* no es así como quiera un espacio de terreno, mayor ó menor, encerrado entre edificios mejores ó peores. Es un vasto cuadrilongo demarcado con aceras, no con paredes, y rodeado de Estatuas, en una inmensa planicie que muda de nombre muchas veces. Así, pues, cuando yo hablo de la Plaza, no solo me refiero á ella, sino á todo lo que se alcanza á ver desde este sitio; es decir, del Palacio de las *Tullerías* al *Arco de la Estrella*, y del *Templo de la Magdalena* al *Cuerpo Legislativo*.

Á la verdad es una soberbia perspectiva. Los árboles y una amplísima extensión de cielo, sirven de fondo á tan maravilloso cuadro. Los Palacios y los Monumentos más gigantes son como sus menudos accesorios. El ancho Sena fluye á un lado, cual modesto arroyo en extensísima pradera. Y la incesante y copiosa multitud que bulle á todas horas por tantas Calles, Paseos, Muelles, Puentes y Jardines como se per-

eiben desde aquí, aparece diminuta, esparcida y sin importancia en un espacio tan dilatado y en comparación de los colosales ornamentos y enormes edificios que se ven por todas partes.

En medio de la *Plaza de la Concordia*, levántase, como decano y presidente de tantas maravillas, un *Obelisco egipcio* del tiempo de Sesostris, traído de Luxor, y erigido aquí por Luis Felipe.

Y, á propósito: en el mismo lugar donde se alza hoy este Obelisco, se levantó por espacio de veinte y nueve años una Estátua de Luis XV; y entonces la Plaza llevaba el nombre de este Rey.—Más adelante, la Estátua fué derribada y sustituida por la Guillotina, que se enseñoreó aquí monumentalmente desde 1792 á 1794.—Entonces se llamó este sitio "*Plaza de la Revolución*."—Quitada de en medio la Guillotina, quedó de pié una *Estátua de la Libertad*.—Napoleon I. la derribó en 1800, llamando por primera vez á esta plaza "*Plaza de la Concordia*."—Pero, á la entrada de los Cosacos en 1815, aún habia de cambiar de nombre; y, como entonces la Europa creía posible borrar hasta el recuerdo de todo lo hecho durante la Revolución Francesa y volver á constituir el mundo bajo el régimen antiguo, reapareció el abolido *azulejo* en que se leía: *Plaza de Luis XV*.—Cárlos X, impulsado quizás por un presentimiento de lo que llegó á sucederle, reconoció en cierto modo la historia de la Revolución, y puso en el azulejo: *Plaza de Luis XVI*.—Mas hé aquí que los franceses arrojan del trono al hermano del Rey

mártir, y Luis Felipe, restaurador de las tradiciones del Imperio, restituye la denominacion de *Plaza de la Concordia*.—Ya hemos dicho que de entonces data el Obelisco.—Pero nos resta decir que, en 1848, el azulejo de Luis Felipe fué borrado, y se escribió en él nuevamente: *Plaza de la Revolución*.—Hoy ha vuelto á llamarse y se llama todavía este paraje: *Plaza de la Concordia*.

En resúmen: los franceses han rendido culto en este sitio al poder real y al poder revolucionario, al Terror y á la libertad, á la gloria y á la desventura, y hoy se lo rinden á los geroglíficos indescifrables de una piedra egipcia.—Puede, pues, decirse que la *estátua de lo desconocido* se levanta sobre París.—Así adoraban los atenienses al *Deo ignoto*, núnmen que debia con el tiempo echar por tierra todos los ídolos paganos.

Continuemos.

En los ángulos de la Plaza hay ocho *Pabellones* de piedra, coronados de Estátuas colosales, que representan las principales Ciudades de Francia.

Detrás de nosotros se extiende el magnífico *Jardin de las Tullerías*, y en medio de él se percibe el disforme y suntuoso Palacio, que acaba de ser reunido al Louvre.

Al frente vemos dilatarse las alamedas de los *Campos Elíseos*; y donde estos concluyen, distinguimos el grandioso *Arco de la Estrella*, erigido en honor de las glorias militares de la República y del Imperio.

Por aquel Arco se sale al *Bosque de Bolonia*.

Á nuestra izquierda tenemos el *Sena*, dominado por soberbios Puentes, de los que divisamos desde aquí, el de la *Concordia*, el de los *Inválidos*, el de *Alma* y el de *Solferino*; el *Sena*, por el cual se deslizan vapores y barquichuelos, lleno de Baños y Escuelas de Natación, y poblado de una muchedumbre anfibia de lavanderas.

Á la otra orilla se eleva el antiguo *Palacio-Borbon*, hoy *Cuerpo Legislativo*, donde ha resonado la voz de insignes oradores.

Más léjos se ve asomar la Cúpula de los *Inválidos*, bajo la cual duermen los restos del hombre más extraordinario que ha cruzado por la tierra.

En la misma orilla se ve el *Palacio de la Legión de Honor*, que es como quien dice el ministerio de la gloria.

Del lado acá de los Muelles, contemplo el *Palacio de la Industria*, donde se verificó la exposición de 1855.

Á la derecha se distinguen desde aquí la soberbia *Columna de Vendome*, que sirve de pedestal al Vencedor de Marengo; el clásico *Templo de la Magdalena*, concebido por Napoleón en un campo de batalla; el *Palacio del Eliseo*, teatro de las liviandades de la Regencia y cuna de los modernos Césares; los *Ministerios*, el *Circo Olímpico*, y un dédalo de jardines, fuentes, templetos y kioskos.

También se divisan desde aquí las primeras arcadas de la monumental *Calle de Rivoli*, que trae á la memoria el problema social de que fué empírica solución, como lo están siendo todavía otras obras colosales de *París*.—Aludo al derecho al trabajo.....

Vése, asimismo: el *Panorama* y el *Hipódromo*; los *Cafés-conciertos*; el *Chalet suizo*; allá el *Chateau des Fleurs*; en un lado prestidigitadores; en otro acróbatas; aquí *Tiros de carabina ó de pistola*; allá *Gabinetes de física recreativa*; por esta parte *Polichinela*; por aquella mil variantes de nuestro *Tío Vivo*; ora animales sabios; ora renombrados charlatanes; ya Mercados de flores; ya un Bazar extendido sobre el suelo; y do quiera resuenan músicas, gritos, cantos, declamaciones; do quiera halla uno ciencia, movimiento, arte, vida, novedad; do quiera placer, do quiera encanto, do quiera vicio, do quiera locura, do quiera fascinación para el extranjero; do quiera *París* en su incontrastable omnipotencia!" (1)

(1) Alarcon, De Madrid á Nápoles.

CAPITULO V.

Milan.—Sus Calles.—Sus Iglesias.—Cementerio monumental.—Las milanesas.

§ I.

El jueves 16 de Setiembre, salimos para Milan en el tren de la noche, y á las siete de la mañana dejábamos el territorio francés, en La Bale. El terreno comienza á accidentarse y á cada instante se presenta más bello; la via ferrea pasa al pié de grandes y hermosas montañas que se suceden sin interrupcion, y sobre el bordo de inmensos y tranquilos lagos. Despues de muchas horas de camino, se pasa por el gran tunel San Gotardo, que tiene de largo 14 quilómetros, 912 metros; y dura la travesía cerca de 20 minutos; llégase en la tarde á Chiaso y se entra en Italia pasando por un tunel debajo del monte Olímpico. Á cada instante varían las perspectivas y el cielo se despeja; finalmente se llega á Milan, hermosa y alegre ciudad, bastante animada.

Esta ciudad, antigua capital del reino lombardo véneto, está situada en una fértil y extensa llanura. Sus calles están aseadas en lo general; pero no son rectas: las más concurridas son, el Corzo Victor Manuel y el de Venecia. Las fincas de Milan, si bien no pueden llamarse magníficos palacios, son decentes y están bien pintadas, dando á la ciudad un alegre aspecto.

En cuanto á templos, hé aquí los que visitamos: la Catedral, famosa por su grandeza y majestad exterior; es toda de mármol blanco: su arquitectura es gótica; y es por de fuera hermosa y alegre: penetramos en ella y todo nos pareció que cambiaba: los bellos resplandores de la luz quedaron fuera, y por dentro hay una tibia claridad que no alegra, y quita á la belleza de ese templo, sus encantos.

“Figuraos cinco naves góticas, sostenidas por cincuenta y dos gigantescas columnas, de cuyos soberbios capiteles, bordados de esculturas, arrancan elegantes bóvedas ojivales. Figuraos bajo estas bóvedas un espacio de 148 metros de longitud por 57 de anchura y 64 de elevacion. Figuraos en los muros, en los pilares y en las capillas hasta 679 estatuas, y casetones y doseletes dispuestos para otras 158 que aún quedan por hacer...”

En la parte exterior del *Duomo* hay cerca de 2,000 estatuas, y le faltan todavía bastantes. Total de estatuas que tendrá con el tiempo, 3,400 y tantas.—En la *Catedral de Milan* se trabaja incesantemente, por lo ménos así se cuenta, hace más de 500 años, y aún no está concluida. Los trabajos se han emprendido últimamente con grande actividad, y se cree que esta generacion verá terminado el colosal pensamiento de *Galeazzo Visconti*.

Sobre la puerta principal de la Iglesia, y en su lado interior, hay un gran balcón sostenido por dos columnas de granito, de una sola piéza, cuya longitud es de

siete metros, por un metro y veinte centímetros de diámetro. Estos dos trozos de piedra son los mayores que existen en Europa, al decir del cicerone.

No son menos notables los púlpitos que rodean completamente los dos pilares próximos al altar Mayor. Son de bronce dorado, y están sostenidos por grandes cariátides. En la parte alta se ven los cuatro Evangelistas y los cuatro Doctores de la fe.—Esta maravillosa obra se debe á los cardenales San Carlos y Federico Borromeo.

La famosa Estátua que representa á San Bartolomé, desollado, de que todos habréis oído hablar, es una obra de gran paciencia, que revela profundos conocimientos anatómicos; pero está muy lejos de ser una escultura interesante,—quiero decir, artística, en el sentido elevado de la palabra.

Mucho más bello me ha parecido un colosal Candelabro de siete brazos, del mejor estilo gótico, entre cuyas primerosas labores, que imitan follaje, se ven innumerables diminutas estatuas. Este candelabro se llama el Árbol de la Virgen.

Pero el gran prodigio de la Catedral; su más importante obra y el centro de la piedad milanesa, es la Capilla Subterránea en que descansan los restos mortales de San Carlos Borromeo. Esta Capilla está toda cubierta de bajo-relieves de plata. El sepulcro es del mismo metal y de cristal de roca, y deja ver el cuerpo del Santo, vestido de pontifical. Diez y seis millones de reales se han gastado en adornar a-

quella sepultura, que es al mismo tiempo un santuario, y en que no se sabe qué admirar más, si el gusto artístico ó la fastuosa riqueza que brilla por todas partes.

Finalmente, en el Abside se ve el Sepulcro de Mariano Caraccioli, famoso cardenal, que tuvo la gloria de coronar á Carlos V.—“*Qui primam Carolo V Imp. ad Aquasgrani coronam imposuit,*” dice una cláusula de su epitafio.....

En cuanto al antiguo y célebre Tesoro de la Catedral, tan saqueado por los innumerables conquistadores que han dominado este país, todavía ostenta algunos objetos de gran valor; entre ellos, dos Estatuas de plata, una del mismo San Carlos, de 100 libras de peso, y otra de San Ambrosio, de 125; una Paz de oro, más preciosa aún por su trabajo que por la materia en que está cincelada, y un Frontal de plata maciza, también de mucho precio.” (1)

Después de recorrer el interior de la catedral donde no hallé las maravillas que imaginaba, subí la famosa escalera de 486 gradas: afortunadamente tiene varios descansos, que es indispensable aprovechar, tanto para reponerse, como para ir gozando las hermosas perspectivas que se presentan después que se ha adelantado en la subida. Las agujas ó pequeñas torrecitas que bordan las numerosas cumbres de la catedral, están colocadas simétricamente, y presentan una elevación proporcionada: sobre ellas se levantan multitud de es-

(1) Alarcon.

tátuas de santos personajes, y de otro alguno que no lo fué: el primer Napoleón, que según dicen, pagó los gastos del frontis de la insigne Catedral, y el Cabildo en reconocimiento, puso su estatua, con un pararrayos en la mano, sobre una de aquellas agujas. Napoleón que aquí se mostró piadoso, extrajo de la Basílica de San Antonio en Padua, 3,600 libras de plata, y del Santuario de Loreto la pequeña suma de 15 millones de escudos romanos: y no son estas las únicas iglesias de Italia, que tienen que quejarse del bravo general.

Son 116 las agujas que tiene la catedral, faltando todavía 19.

Desde la altura donde me encontraba, veía toda la ciudad como extendida á mis piés: presenta una área, casi circular, teniendo por centro el Duomo como aquí se nombra la catedral.

Algunos momentos estuve contemplando aquel interesante panorama. ¡Oh, si como los milaneses tienen su gloria en este templo, tuvieran en él su corazón y fuera Dios el centro de todos sus afectos, serían entonces dichosos; pero ved ese inmenso gentío que va y viene y cruza por las plazas y las calles, que inunda los paseos, asiste á los teatros, y del día á la noche se divierte; y después volved vuestros ojos al templo, y lo hallaréis vacío. En efecto, la catedral y las demás iglesias que visité las encontré desiertas: contadas eran las personas que asistían á ellas: parece que esta ciudad conserva sus iglesias, nada más como recuerdos de pasados tiempos.

La iglesia de San Ambrosio donde se conserva incorrupto el cuerpo de este Santo, es notable por su antigüedad, no por su belleza; existe aun el púlpito donde predicaba aquél prelado. Aquí el que fué después San Agustín, oyó los elocuentes discursos de Ambrosio, que al fin, con la divina gracia, lo hicieron, al primero entrar en el seno de la Iglesia.

Á la puerta de este templo, detuvo San Ambrosio, al Emperador Teodosio, cuyas manos estaban todavía manchadas con la sangre derramada en Tesalónica. Teodosio no hallándose contento con semejante agasajo, dijo al que lo detenía, que también David había sido adúltero y homicida.—Ya, pues, que como él habeis cometido un gran crimen, imitad la penitencia, que hizo, replicó San Ambrosio. El Emperador se sujetó y obedeció al santo.

Esta iglesia no está adornada, ni limpia, ni es bella; dejémosla dije á mi buen compañero Avelar, y vamos á San Alejandro. Al salir de San Ambrosio entraba un fúnebre consejo, que traía el cadáver de una jóven, descansando en rico ataúd, del cual colgaba por detras, un cándido velo, indicando que la difunta se había conservado en la niñez. El acompañamiento lo formaban multitud de señoritas y señoras, las primeras con túnico negro y velo blanco; y las segundas con el velo negro lo mismo que el vestido. Aquí los entierros se hacen públicamente y con acompañamiento de los sacerdotes.

La Iglesia de San Alejandro está aseada, sobre car-

gada de oro y muy adornada. Se nos dijo que era una miniatura de San Pedro de Roma: muy lejos está de serlo, y con esto sólo pierde todas sus gracias, si acaso tiene alguna. Por lo de mas, es recogida y devota, lo mismo que Santa Maria de la gracia, sin embargo de lo que ha dicho en un sentido contrario, otro viajero.

Esta última iglesia es tambien rica, y está aseada, tiene muchos frescos, pero muy maltratados por el tiempo; se construyó en 1463. Cantaban los padres dominicos el oficio divino, cuando yo visitaba su iglesia; y con nosotros que éramos tres, á más de los padres, habria seis personas en el templo.

La pequeña iglesia de San Sátiro, contiene de particular, una bella escultura de la Santísima Virgen teniendo en sus brazos el cuerpo del Señor, despues de muerto. Es de Caradoso: sólo nos chocó que Nuestra Señora estuviese como desmayada.—Esta iglesia tiene ricas colgaduras de terciopelo, y un bautisterio decorado por Bramante. Es muy devota, pero en ella reina como en las demas, una melancólica y penosa soledad. ¿Para qué quiéren estos buenos templos, los milaneses, si no los visitan? Mas ¡ay dolor! ignoraba todavía que semejante pregunta tendria, que repetir en otras ciudades de Italia, incluidas las muy piadosas de Padua y Asís.

Dejemos las iglesias y encaminémonos al Cementerio Monumental: este edificio es muy vasto, está muy atendido por el gobierno civil, y se divide en tres secciones, porque es para los católicos, los protestantes y los

judíos: no visitamos sino la seccion que corresponde á los primeros. La entrada de esta parte, está formada por un gran patio, al que siguen tres arcos que comunican con el campo mortuario: éste se halla dividido en grandes cuadros donde, con órden y simetría se levantan, ó están señaladas las tumbas: hay entre éstas, verdaderos monumentos de exquisito gusto: todos ellos de mármol blanco: aquí encontraréis una doliente mujer, que sentada junto al sepulcro de su esposo, con la mano puesta en la mejilla, la mirada fija sobre la tumba, os hace creer que va á exhalar un suspiro ó á derramar una lágrima. Más adelante descúbrense graciosos niños que alzan sus alas y quieren volar á los cielos, sin haber llevado, ninguna arruga en el rostro, ninguna pena en el alma. Ved allí esa estatua de inteligente mirada; de noble y ancha frente: está levantada á la memoria del arquitecto que comenzó el cementerio. Un dia que estaba levantando un arco, cayó de los andamios, y la tierra, allí mismo, se abrió bajo su cuerpo, para darle honrosa sepultura.

Llamábanos la atencion el ver la destreza con que los milaneses trabajan el mármol: sobre todo, los vestidos de las estatuas, están tallados con perfeccion admirable: los bordados, los pliegues flotantes y las composuras que los adornan; no se halla á cuál de estas cosas darle preferencia; y es tanta la ilusion, que os acercáis á tocar el insensible mármol. El cementario está adornado tambien con muchos árboles que forman calles y van costeano los cuadros en que están

divididas las tumbas. Hay, además, en este cementerio, algunos corredores con sepulcros para familias acomodadas, los cuales están muy decentes y hasta con lujo.

Nos quedaba todavía por ver, el Crematorio, que está en un extremo del cementerio. El Crematorio es un elegante edificio, no muy antiguo: hay en él dos hornos de sistemas diversos, para quemar los cadáveres. Yo no entré sin asco y displicencia en este edificio, donde se ve una camilla que recibe el cadáver, con sólo la ropa interior; después se arrastra la camilla sobre una mesa donde lo deja; se saca la camilla y se cierra la ventana por donde lo habían metido, y comienza la cremación, ó bien por medio de gaz, la cual dura 40 minutos, ó con leña: la primera importa 20 pesos; la segunda es más barata. Concluida la operación se recogen las cenizas y se depositan en una pequeña cajita llamada, urna cineraria. Los huesos quedan enteramente calcinados.

Sali del crematorio, no convertido en ceniza, pero sí con malestar y desagrado: me había impresionado tristemente todo aquello; y aunque nuestro cicerone quería persuadirnos que era mejor la cremación que ser comidos por los gusanos, no nos entró su modo de pensar. Y el sentimiento de horror y desagrado que traíamos, aumentaba en nosotros pensando que la cremación resucitaba, al parecer, el espíritu pagano, y quería debilitar la esperanza de volver á la vida en la resurrección general. Ved, parece que el mundo nos dice, el espíri-

tu se ha desvanecido, y este polvo lo disiparéis con el aliento. Y aunque esto mismo puede decirse pasado tiempo, de los cadáveres entregados al sepulcro, que no han entrado en la cremación, todo lo dicho se presenta en ésta, sin dilación, en los momentos del dolor en los cuales, tal procedimiento, puede llevarnos á las más tristes y funestas consecuencias aunque no tan lógicas que digamos.

Respecto de las milanesas, bien descritas estas marmóreas señoritas, por Alarcon: "He oído tachar á estas bellezas, nos dice, de demasiado fuertes, muy huesudas y pesadas y reconozco que algo habrá de cierto en esto cuando se las contempla de cerca... su misma pesantez marmórea, les da un aire grandioso, monumental, estatuario que carece de la exquisita insinuación de la gracia." Lo único que nos sorprende en el insigne viajero, es que no haya visto en ellas, lo que también las distingue de las demás italianas; y es el ser muy curiosas; llama, en efecto la atención, el ver cómo vuelven la cabeza á todos lados; y buscan con los ojos cuando pueden cuanto ver. ¿Qué buscarán estas criaturas? ¿Algo en qué divertirse, ó algún amante que se ha escapado de sus redes? No se inquieten por esto, que si uno ha huido, otro vendrá para ocupar su lugar.

Las milanesas no visten con la gracia de las parisienas, ni tienen su airoso y ligero andar, ni frecuentan tanto las calles.

Habíamos pasado ya tres días en Milan y teníamos que continuar nuestro viaje: tomamos, pues,

el tren que sale á la una de la tarde, y ántes de seis horas llegamos á Padua.

CAPITULO VI.

Padua.—Sus templos.—Palacio de la Razon.—La universidad.—La Madona de la Arena.—Calles y plazas de Padua.—Loreto.—Su Basílica.—La Santa Casa.—Impresiones.—Asís.—Su situacion.—Iglesias.

§ I.

¿Queréis saber cómo eran las ciudades, allá en los siglos XIII y XIV? Pues venid á Padua. Aquí casi todo es antiguo, sus iglesias, sus incontables portales y sus calles: casi toda la poblacion, nos pareció aldeana, gente sencilla, pacífica y que vive como se vivia en otro tiempo: vimos muchos contrahechos, y se nota gran miseria; el comercio parece que no existe. Todo esto da un aspecto bien triste á la ciudad; sin embargo, yo estuve contento, porque hallé á mi buen amigo á quien venia á visitar: San Antonio de Padua: me informé desde luego donde estaba su templo, y al dia siguiente fui á cumplir mi propósito. La Basílica de San Antonio, es un gran templo, de buenas proporciones, está muy aseada y es concurrida: la gente se presenta en ella con recogimiento y devocion. Lo primero que visité en esta iglesia, fué su tesoro, muy rico por las insignes reliquias

que guarda: un santo ligno, un hueso de San Buena-ventura, un dedo de San Lorenzo mártir, enteramente carbonizado, unos cabellos, segun se dice, de Nuestra Señora, la lengua de San Antonio muy bien conservada; presenta un rojo oscuro, y está más pequeña de lo natural; un diente, pelo y hábito del Santo, y la piedra en que descansaba su cabeza cuando murió. Vimos tambien un manuscrito del mismo San Antonio, á dos columnas, letra gótica; muy pareja y bien hecha; las cuatro columnas que registramos no tenian ni un borron, ni una mancha; todo estaba escrito con suma limpieza y cuidado. Se nos enseñó el retrato original del Santo, que revela la dulzura y amabilidad del patron de los paduanos y la simpatia que á todos inspiraba: pasamos en seguida á ver el altar del Santo: este altar es muy hermoso y rico: se sube á él por una escalinata de mármol blanco; detras del altar está el cuerpo de San Antonio que no se puede ver. Multitud de lámparas arden allí continuamente; y á la hora de la misa, arden ademas, enormes cirios sobre candelabros de plata. En torno de la capilla del sepulcro, hay muy buenos bajo relieves, en mármol de carrara que recuerdan los milagros de San Antonio: y en otra capilla inmediata, á esta, se conserva el altar donde celebraba el Santo.

La Iglesia de San Antonio fué comenzada en el siglo 13 y concluida á principios del 14. Siete cúpulas le fueron añadidas en el siglo 15. Contiene numerosos cuadros de Montana, bajo relieves en bronce, por Donatello, frescos por Altieri, Zebio y Jacobo Abanzi; esculturas de G. Minelle. Es un templo algo oscuro que inspira mucha devocion.

La Catedral de Padua, es muy hermosa, alegre y aseada: tiene una capilla subterránea donde se deposita al Santísimo, el jueves santo. Además de estas, vi otras pequeñas iglesias que no merecen especial mencion.

En el templo de los agustinos ó ermitaños, hay en la sacristía una buena pintura del nacimiento de Nuestro Señor; pero la Santísima Virgen lo está presentando á los pastores, enteramente desnudo; á pesar de que el ángel les dió otra señal para conocerlo. Y ahora aunque sea de paso diré, que he observado algunas ocasiones, que los grandes pintores italianos, no siempre se conforman con la verdad histórica, sacrificándola más de una vez en aras de la belleza; aunque ésta se presente, con asquerosa desenvoltura.

Hay en este templo una buena imagen de San Agustín, que recibe la luz del cielo y queda extático. Está bien expresado el asombro del Santo; aunque su postura no sea la más respetuosa que pudiera tener.

Después de las iglesias de Padua, visité el palacio de la Razon, que tiene la sala más grande de Europa, pues mide 80 metros, 50 centímetros de largo; 27 metros, 16

centímetros de ancha; y 24 metros de altura; pero si es la más grande, es también la más fea y desaseada; pronto estará en ruinas. Se ve en ella un gran caballo de madera, de Donatello, ya muy mal tratado por el tiempo. Dentro de este caballo hay asientos para doce personas. Vimos también en esa sala la tumba de Tito Livio según se cree, y un letrero que recuerda que un Papa reunió en ese sitio á los paduanos para darles la bendicion.

El palacio de la Razon separa la plaza de fruta, de la de las yerbas.

La famosa universidad de Padua, está en absoluta decadencia: lo mejor que tiene es un salon bien adornado, y cuyas paredes están cubiertas con las armas, los escudos y los nombres de los sabios que han salido de sus aulas. Este salon contiene también los retratos de Victor Manuel y de Umberto.

En la Madona de la arena, á donde fui una mañana, vi los frescos de Giotto, entre los cuales el mejor es el Juicio final, que está sobre la puerta; es muy grande, y lleno de innumerables personajes, que no siempre revelan bien, toda la viveza de los afectos que los tienen

embargados. Los otros frescos son pequeños y de asuntos religiosos en lo general.

Las calles de Padua son en lo general, estrechas, torcidas y sin gracia: sus portales, de diferentes tamaños, maltratados por el tiempo, en partes hundidos, y todos muy feos: las plazas irregulares y en ellas nada hay que llame la atención.

En cuatro días habíamos visto muy desahogadamente, lo principal de Padua, y salimos antes de la una de la tarde, para Loreto, á donde llegamos á las doce de la noche.

Era el 23 de Setiembre y amanecimos en la pequeña ciudad de María, donde está su santa casa. Loreto está sobre una bella colina, cerca del Adriático; y cuenta con una población de 7 á 9 mil habitantes. Aquí no se habla sino de la santa Casa, ni hay otro comercio que de medallas, rosarios y cuadernillos de devoción. La principal de sus calles, que conduce al Santuario, está llena de tiendas, cajones y mesas donde se venden esos objetos: no dais un paso sin que os presenten fotografías de Loreto, y os hagan instancia y os lleven á sus tiendas y os molesten de mil ma-

neras. Fué, pues, indispensable comprar alguna cosa; mas no por esto quedamos libres: todos los dias se repetia lo mismo; esto es efecto de la gran miseria que reina en Loreto.

El Santuario está precedido de una plaza larga y desigual, donde hay una buena fuente y una estatua de Sixto V, en acto de bendecir al pueblo. Las puertas del templo están cubiertas de buenos bajo relieves, que recuerdan pasajes del antiguo y nuevo testamento: en el interior, la Basilica de Loreto es muy hermosa, grande, aseada y alegre; en los altares hay buenos frescos, de distintos autores, y elegantes mosaicos: tiene un bautisterio con bajo relieves, buenos, pero no tan decentes como fuera de desear. En la parte superior de la iglesia y bajo la nave de en medio, está la santa casa que tiene de larga nueve metros y cincuenta y cinco centímetros; de ancha cuatro metros, nueve centímetros y de alta otros cuatro y treinta y dos centímetros. Contiene la imágen de la Santísima Virgen, de ochenta y nueve centímetros de alta, de cedro, ya negro, por la antigüedad: se dice que fué hecha por San Lucas; está ricamente vestida y alhajada. Hay ademas una cruz griega con un Santo Cristo pintado por San Lucas, segun asegura la tradicion. Se construyó una capilla y en ella se puso esta cruz, la cual al dia siguiente apareció en la santa casa; lo que sucedió por dos veces. El altar es muy rico y hermoso, y dentro de él está otro pequeño en que celebró San Pedro. La casa no tiene cimiento ninguno y está separada de los muros

de mármol que la rodean por fuera. En la pared que queda al lado derecho del altar, está una alacena con una sola tabla, la que no está picada. En la alacena se guardan dos tacitas de que usaba la Santa familia. Al lado izquierdo del altar, hay una especie de hebilla de fierro que señala una piedra del muro, que en otro tiempo se había llevado un obispo, el cual tuvo que volverla, porque la Santísima Virgen le obligó á hacerlo, enfermándole, y despues que la hubo restituido, le volvió la salud. De esto hay en Loreto un documento tirado por el mismo obispo. Este Obispo de Coimbra, fué Juan Suarez: estrajo esa piedra autorizacion de Paulo III; pero desde ese instante no tuvo momento de reposo, dice él, y se enfermó de gravedad; mas todo fué volver la piedra, y quedar enteramente bueno y tranquilo. Cosa muy parecida á esta sucedió tambien á un cura.

El altar divide la santa casa, quedando detras, lo que se llama el hogar, ó la cocina de Nuestra Señora, que tendrá de ancho poco más de vara. En el hogar está otra alacena donde se guarda un platito ó escudilla de barro, que tambien perteneció á la Santa Familia. En la santa casa arden continuamente, innumerables lámparas, y siempre está muy concurrida.

Tal vez quisiérais preguntarme, qué se siente en este sagrado recinto; yo os lo diré sencillamente: la unción de Dios en el alma. Esto de pensar que uno está dentro las santas paredes, en el mismo sitio en que el Ángel Gabriel, anunció la Encarnacion realizada un instante despues... Ver con los ojos del alma cristiana, el descenso infinito de Dios, y la incomprendible y asombrosa elevacion de María; sentir el fuego del amor de Dios hácia los hombres, fuego que aún calienta aquellas benditas paredes; y traer á la memoria tantos prodigios divinos, tantos misterios de amor é inefable dulzura que pasaron en aquella estancia... todo esto conmueve el alma, y arranca del fondo del pecho suspiros de amor; y hace que salga de los ojos, ardiente y silencioso llanto.

Cuatro dias permanecí en Loreto, de donde no pude separarme sin tristeza y dolor: partí á las diez de la mañana y llegué á Asís por la tarde. Desde la estacion del camino de fierro, que está en el valle, es muy hermosa la vista de Asís, que se extiende y eleva á la falda de un monte: el valle está cubierto de viñedos y olivares, alcanzando la montaña estos últimos.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hé aquí cómo se habla de Asís, en la divina Comedia:

Entre el Turpino y el Chiasi que descende del collado elegido por el Beato Ubaldo, baja un fértil declive de un alto monte, del cual Perusa siente venir el calor y el frío, por la Puerta del sol, y tras de cuyo monte lloran oprimidas Nocera y Gualdo. En el sitio donde aquella pendiente es ménos rápida, vino al mundo un sol, resplandeciendo como este, cuando asoma por las márgenes del Ganges. Quien hable de ese lugar no le llame Asís, pues diría muy poco: si quiere hablar con propiedad, llámele Oriente (1) "Asís es una pequeña ciudad de la Umbría, y sin embargo á nadie tendrá que admirar el elegio del poeta Florentino. Ella ha tomado asiento entre las más famosas ciudades del mundo, el dia que dió nacimiento al seráfico Patriarca; y ella desde entónces fué como el punto de partida de la gran revolucion religiosa del siglo XIII.

Saliendo de Roma y dirigiendoos hácia el Norte, despues de pasar la campiña romana, y el Tiber; y más allá de Civita Castellana, entraís en un país montañoso, que va elevándose poco á poco, como en anfiteatro, desde orillas del Tiber, hasta las crestas del Apenino. Esta comarca, solitaria, pintoresca, y de aire saludable, se llama la Umbría. Tiene la agreste belleza de los Alpes, sus cimas arcillosas, sus bosques seculares, sus profundos barrancos, donde se precipitan espumosas y sonantes cascadas. Su clima no sufre los rigores de las nieves eternas; sino que

(1) Cant. XI.

tiene la suavidad y la riqueza de una vegetacion meridional: allí encontraís la encina y el abeto, el olivo y la viña. La naturaleza se ostenta allí, tan hermosa como grande, é inspira una admiracion, que no atemoriza, y sí hace sentir por doquiera, la sublime omnipotencia del Criador, y habla tambien, en todas partes, de su grandad. La mano del hombre no ha manchado un cuadro tan bello.—Antiguas ciudades como Narni, Terni, Amelia y Espoleto, están sentadas, en las altas rocas, ó bien descansan en los valles, almenadas, llenas de clásicos recuerdos, engrandecidas con los despojos mortales de algun santo, que guardan con amor; ó bien con las obras de renombrado artista. Casi no hay una cima, tan agreste y desnuda, que no tenga su ermitorio y su santuario concurrido por los peregrinos. En el centro del país, extiéndese un valle más dilatado que los otros, su torrente es más bello; las montañas que lo rodean, perfilan más delicadas y graciosas cumbres: y sus abundantes aguas, surcan la tierra, muy bien cultivada. Perusa hácia el Norte y Fulgino al Sur, guardan las dos entradas de este delicioso Eden. Hállase al Occidente la pequeña ciudad de Bevagna, donde nacio Propercio, poeta de los placeres delicados; y al Oriente, sobre un ribazo que domina todo el paisaje, se eleva Asís, donde nació, el sublime cantor de la gracia y del amor divino" (1).

Despues de un rato tomé el omnibus, y entré por la

(1) Ozanam. Poetas franciscanos.

puerta de San Francisco, en la patria de este Santo: visitar la tumba de tan ilustre Patriarca, habia sido en mi alma, un deseo muy antiguo: era llegado el tiempo de verlo cumplido.

En la misma tarde de nuestra llegada, Avelar y yo, pasamos á la iglesia donde está el cuerpo de San Francisco. No es una iglesia, son tres las que están custodiando ese tesoro: la inferior donde está el sepulcro, la de en medio que está sobre ésta, y la de arriba que descansa sobre las otras dos. La iglesia superior, es de estilo ojival, contiene antiguos frescos, representando la vida del ilustre Patriarca; algunos de ellos atribuidos á Giotto. La de en medio es hermosa y recogida; algo sombría. Los frescos de la capilla de San Luis representan á los profetas y las sibilas; fueron estos frescos segun se dice, admirados é imitados por Rafael, en Santa María de la Paz, en Roma. Sobre la bóveda que corresponde al altar mayor, hay tambien otros frescos de Giotto, representando la glorificacion de San Francisco, y las tres virtudes que principalmente practicó: pobreza, castidad y obediencia.

En la sacristia se nos enseñó la bendicion escrita de mano de San Francisco; certificando la autenticidad, de ese documento, Fray Leon, compañero del Santo. Vimos tambien el estandarte de San Bernardino, con el Santo Nombre de Jesus. En la iglesia están enterrados los cinco primeros socios de San Francisco y la venerable Jacoba de siete solios.

Concluida la visita de las dos iglesias superiores, pasamos á ver la subterránea, donde está el cuerpo del glorioso Fundador de los Menores, y á la cual descendimos por una escalera de 34 gradas. Está la iglesia tallada en la roca, y presenta en la parte principal, la forma de octágono: en medio de ella se levanta la tumba de San Francisco á una altura de cerca de seis varas: es de mármol negro con hermosas columnas, y por entre ellas déjase ver la roca que sirve de mesa donde está el bendito cuerpo, encerrado en una caja.

Dios eleva al humilde, me decia yo á mí mismo. El cuerpo del humilde Francisco, está levantado sobre la tierra, se guarda como un tesoro y se venera como reliquia de inestimable valia: el santo sacrificio se celebra en los altares que están encima y debajo de él; y los fieles rodean esa tumba y besan sus muros, y alaban y ruegan con fervidas plegarias al humilde Santo. En esta iglesia subterránea, siéntese uno, conmovido y lleno de ternura: parecenos hallarnos en alguna catacumba de la iglesia primitiva, ó bien en una soledad donde sólo á Dios hallamos con nosotros.

¡Ah, cuán rápidas pasaban las horas, que nos deteniamos en tan santa morada! Pero era preciso dejarla sin esperanza de volver á ella. Nos retiramos, pues, besando el pavimento y dándole nuestro adios pòstrero.

* * *

En Asís visitamos también, la pequeña Iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia, antiguo templo de Minerva: tiene un buen pórtico, pero algo maltratado. En seguida vimos la Catedral donde fueron bautizados San Francisco y Santa Clara.

Una tradición no interrumpida asegura que un extranjero, de grave semblante y aire venerable, vino á ofrecerse, para llevar á las fuentes del bautismo, al niño que entonces, fué llamado Juan, y despues, Francisco. Ese extranjero le tuvo en sus brazos, durante la ceremonia, y contemplaba al niño con dulce y celestial mirada. Concluido el bautismo, desapareció el extranjero, dejando impresas las rodillas en las gradas del altar. Aun hoy día se muestra el mármol milagroso, así como la fuente del bautismo, sobre la cual están escritas estas palabras:

“Questo é il Fonte dove fu battezzato il seráfico Padre San Francesco.” (1)

En esta Catedral, están sepultados los padres de San Francisco. Este templo es muy hermoso, bien adornado y devoto. Cuando lo visitamos estaban en la misa mayor, que se cantaba con gravedad y devoción: ha-

(1) Cherancé. Vie. de Saint. Francois. C. 1.

bia muy poca gente; y esto es lo que he observado en todos los templos de Italia: estos italianos, si les preguntais por sus iglesias y demas monumentos de su país, os darán razon de todo, como si lo hubieran aprendido de memoria; os llamarán la atención sobre lo más insignificante y hasta ridiculo (á su decir, sublime y portentoso;) pero no concurren á las iglesias; ni aun en los pueblos en que como Asís, domina el espíritu de la piedad, si así puede llamarse, el que manifiestan estas gentes.

Hay en la catedral pinturas regulares, esculturas no del mejor gusto. La fachada del templo es buena; á pocos pasos de ella está una estatua de San Francisco erigida en 1882.

El 26 de Setiembre, día que se cree en esta ciudad, que fué el del nacimiento del Seráfico Padre, fui á visitar su casa paterna, dividida actualmente en dos secciones: la primera es una pieza pequeña que era el lugar del pesebre donde nació el santo; y la segunda conteniendo demas de la casa, convertida en un hermoso templo, llamado, la iglesia nueva. Se conserva el arco del sahan que daba á la calle, donde un angel en traje de peregrino, reveló á la madre de Francisco que fuera al pesebre á dar á luz á su hijo: Antes de entrar en la iglesia está la habitacion del santo; y en la iglesia, la cárcel en que fué encerrado por su padre: esta cárcel casi circular, de cerca de dos varas de altura y un poco más de vara de diámetro: ahora está en ella una imágen del Santo, que arrodillado y en a-

deman de quien suplica, parece que pide el perdón para su duro padre.

Por lo demas en Asís, todos hablan de San Francisco; y lo tienen como su gloria: donde quiera escucháis su nombre, ó veis su imagen ó teneis que recordar algun pasaje de su santa vida. Esta ciudad parece un desierto; era domingo cuando yo la recorría, y apenas en la plaza principal habia gente; las calles en lo general estaban solitarias y sin el ruido y el bullicio que se observa en otras ciudades. Fatiga mucho un paseo á pié en la patria de San Francisco, porque tiene el viajero que subir una pendiente muy larga y que lo deja sin aliento; y á la vuelta tiene que bajar más que de prisa; pero no es triste ni sombría, sino al contrario, alegre, aunque está á la rústica; rodeada de inmensos olivares y viñedos, plantados estos últimos, en el valle, que ciertamente es muy bello, y aquéllos tanto en el valle, como en la falda del Subasio, y más alla de Asís, por el lado del Convento de las cárceles.

Vi tambien en Asís, la iglesia de Santa Clara y la de San Damian; en la primera, me enseñaron las monjas franciscanas, el Santo Cristo que tres veces habló al Patriarca de Asís, diciéndole que fuera á reparar su casa. Vi el cuerpo de Santa Clara, que está detras del altar subterráneo; bien conservado en el rostro y la parte superior. Estas monjas conservan, tambien, los emplastos de yervas confeccionados por la Santa, para curar las llagas de San Francisco: entre los lienzos se

observan algunas manchas de sangre que aún está roja. —El templo es grande y aseado, aunque pobre.

La iglesia de San Damian es pequeña: las bóvedas están denegridas, tanto por el trascurso de los siglos, como por el humo de las velas. Aquí tuve un verdadero escándalo; pero de esos que no hacen mal, sino bien y que deseáramos todos los dias. Al entrar en el templo, lo vi lleno de gente que asistia al ejercicio vespertino. En esta iglesia me enseñaron el relicario de mármol en que se conservaba la sagrada Eucaristía, que llevó Santa Clara á una ventana del Convento, cuando los Sarracenos sitiaban á Asís.

Hé aquí la historia de lo que entónces pasó: En 1239, los sarracenos vinieron al Valle de Espoleto, acamparon junto al convento de San Damian, y viéndolo indefenso, quisieron ocuparlo y empezaron á escalar los muros: á los primeros gritos que oyeron las monjas, temblando de espanto corrieron á refugiarse con su santa madre Clara, que estaba enferma y en cama; pero olvidando sus males, y sólo pensando en el peligro que corrian sus hijas, deja la cama, va á la iglesia, y postrándose delante del Santísimo, le dirige esta plegaria, llena de amor y confianza: Oh Jesus! ¿será posible que dejes caer en manos de los infieles á tus humildes siervas que yo he nutrido con la leche de tu santo amor; y que entregues á las bestias feroces, á estas vírgenes que confiesan tu nombre? Yo soy sumadre, pero impotente para defenderlas; por lo mismo, Jesus mio, sé Tú su defensor. Aun rogaba Santa Cla-

ra, cuando se oyó una voz, dulcísima, como de un niño, que le decía: Yo siempre os guardaré.—Señor, continuó la Santa, defended también á la noble ciudad que por nuestro amor, nos da el alimento. Y la voz contestó: Sufrirá la ciudad; más gracias á tus ruegos, quedará libre. Después de esto, Santa Clara tomó el relicario con la Divina Eucaristía y lo mostró á los sarracenos, los cuales al verlo, cayeron precipitados de lo alto, y huyeron dejando libre el convento.

La ventana de que hemos hablado, actualmente se halla mudada, y corresponde á la pieza donde murió la santa; pieza que hoy es un pequeño oratorio.

En la sacristía, se vé un nicho en la pared; allí se ocultó San Francisco, de la ira de su padre que venia en pos de él, para castigarlo. Junto á ese nicho en el cual entré, hallase un cuadro que recuerda el pasaje histórico de que hablamos. Esta sacristía, muy pequeña y pobre, era el coro de las clarisas, y está como en tiempo de la fundadora: vi en él, la nómina de las monjas que existían cuando vivía Santa Clara.

Consérvase también, en el convento contiguo á la Iglesia, y que ahora tienen los franciscanos, el refectorio de las clarisas, y en él, una pequeña alacena de donde en una ocasión que faltaba aceite, mandó Santa Clara, á una de sus monjas, que lo sacase, y Dios Nuestro Señor fué servido de socorrer maravillosamente la necesidad de sus esposas, encontrándose el aceite con gran sorpresa de las monjas que sabían muy bien que nada había en aquella alacena.—Esta iglesia y el

convento, son propiedad de un inglés católico, que lo ha cedido á los franciscanos.

CAPITULO VII.

Continuacion del anterior.—Contento de las cárceles.—Impresiones.—Vida de los santos.—Ribortorto y Porciúncula.—La zarza de San Francisco.—Su retrato.—Historia de la indulgencia de Porciúncula

*
* *

Cerca de Asís hay un ermitorio pintoresco, que se llama el Convento de las Cárcels, colocado, como nido de águila, en los flancos del Subasio, y oculto en los pliegues de la montaña: este ermitorio con su bosque de verdes encinos, sus quebradas profundas, y sus cabernas talladas en las rocas, era muy del gusto de San Francisco, que con frecuencia venia á visitarlo; y aquí, como laboriosa y diligente aveja, recogía de las flores del cielo, durante su oración, un abundante jugo, con el cual formaba deliciosa miel, dándola en seguida á las almas inflamadas en el amor divino. (1)

Este convento ha sido santificado con las virtudes de innumerables santos franciscanos; fuimos á visitarlo, haciendo nuestro viaje en burro, y durando el camino

(1) M. de Lisboa. Crónicas.

ra, cuando se oyó una voz, dulcísima, como de un niño, que le decía: Yo siempre os guardaré.—Señor, continuó la Santa, defended también á la noble ciudad que por nuestro amor, nos da el alimento. Y la voz contestó: Sufrirá la ciudad; más gracias á tus ruegos, quedará libre. Después de esto, Santa Clara tomó el relicario con la Divina Eucaristía y lo mostró á los sarracenos, los cuales al verlo, cayeron precipitados de lo alto, y huyeron dejando libre el convento.

La ventana de que hemos hablado, actualmente se halla mudada, y corresponde á la pieza donde murió la santa; pieza que hoy es un pequeño oratorio.

En la sacristía, se vé un nicho en la pared; allí se ocultó San Francisco, de la ira de su padre que venia en pos de él, para castigarlo. Junto á ese nicho en el cual entré, hallase un cuadro que recuerda el pasaje histórico de que hablamos. Esta sacristía, muy pequeña y pobre, era el coro de las clarisas, y está como en tiempo de la fundadora: vi en él, la nómina de las monjas que existían cuando vivía Santa Clara.

Consérvase también, en el convento contiguo á la Iglesia, y que ahora tienen los franciscanos, el refectorio de las clarisas, y en él, una pequeña alacena de donde en una ocasión que faltaba aceite, mandó Santa Clara, á una de sus monjas, que lo sacase, y Dios Nuestro Señor fué servido de socorrer maravillosamente la necesidad de sus esposas, encontrándose el aceite con gran sorpresa de las monjas que sabían muy bien que nada había en aquella alacena.—Esta iglesia y el

convento, son propiedad de un inglés católico, que lo ha cedido á los franciscanos.

CAPITULO VII.

Continuacion del anterior.—Contento de las cárceles.—Impresiones.—Vida de los santos.—Ribortorto y Porciúncula.—La zarza de San Francisco.—Su retrato.—Historia de la indulgencia de Porciúncula

*
* *

Cerca de Asís hay un ermitorio pintoresco, que se llama el Convento de las Cárcels, colocado, como nido de águila, en los flancos del Subasio, y oculto en los pliegues de la montaña: este ermitorio con su bosque de verdes encinos, sus quebradas profundas, y sus cabernas talladas en las rocas, era muy del gusto de San Francisco, que con frecuencia venia á visitarlo; y aquí, como laboriosa y diligente aveja, recogía de las flores del cielo, durante su oración, un abundante jugo, con el cual formaba deliciosa miel, dándola en seguida á las almas inflamadas en el amor divino. (1)

Este convento ha sido santificado con las virtudes de innumerables santos franciscanos; fuimos á visitarlo, haciendo nuestro viaje en burro, y durando el camino

(1) M. de Lisboa. Crónicas.

poco más de una hora; desde la salida de Asís, hasta las cárceles, se sube por una suave pendiente, que no fatiga ni molesta: de uno y otro lado se ven dilatados y hermosos olivares, ya en las laderas de los montes, ya en la profundidad del valle: cuando nos acercamos al convento, la cañada se presentaba muy estrecha, los montes muy elevados, y cubiertos de grandes árboles que formaban un oscuro é impenetrable bosque. Esta vista es encantadora; y la mañana que habíamos escogido para nuestro viaje, estaba deliciosa. ¡Cuántas veces pasaria por estos sitios, nos decíamos Avelar y yo, el patriarca de los pobres, llevando en el alma sublimes pensamientos de divino amor! Estos sitios que por sí mismos convidan á alabar á Dios, mil y mil veces escucharían las humildes y fervientes plegarias del Serafin de Asís. Y en pos de él, han venido sus hijos á continuar las alabanzas y repetir las oraciones de su Padre: pareceme escuchar el eco de sus cantos; y un júbilo sagrado se apodera de mi alma; y aunque villano y pecador, háceme pensar en Dios.

Pero hé aquí que hemos llegado al monasterio: se siente nuestra llegada y sale á recibirnos un buen hombre, que nos deja para ir á avisar á uno de los padres, que viene en seguida y nos saluda con afabilidad y cortecía. Este padre nos enseña la capillita del convento, donde entónces estaba el Santísimo: esta capillita tendrá de 6 á 8 varas de larga. Allí está el coro y una alacena donde se guarda una piedra que servia de almohada á San Francisco.

Dentro del convento que es muy estrecho, está la celda que habitaba el Santo, y una gran losa donde dormia. Á pocos pasos de la celda está un agujero profundísimo, donde el mismo Santo arrojó al demonio que lo andaba molestando: vi tambien un árbol muy viejo, que tiene las raíces sobre las peñas, y que aún conserva su verdor y lozanía; á este árbol llamado Elue, venia un pajarito con quien el Serafin de Asís se ponía á competir, para ver quien alababa más al Señor. Cantaba San Francisco, y el pajarito guardaba silencio; callaba el Santo y el pajarito cantaba; éste salia triunfante y San Francisco lo despachaba dándole su bendicion.

Hácia el fondo de la cañada y en uno y otro lado del arroyo, pero á gran distancia del suelo, están las grutas donde han pasado su vida muchos de los hijos de San Francisco. Este mismo y San Antonio de Padua, estuviéron en ellas. Vi dos que me dejaron admirado, la del Beato Antonio de Estronconio, que es un estrecho cañon, de cosa de ocho varas de longitud; cosa de tres varas de alto y vara y media ó ménos de ancho; está abierto por sus dos estremos. La del Beato Rufino es una grieta, abierta en el tepetate; no cabe uno sino de rodillas ó medio postrado. Por el estilo están las demas.

En tiempo de las grandes avenidas, el torrente que se descolgaba por aquellos barrancos, causaba un ruido insoportable, y distraía á San Francisco cuando estaba en oracion; pero el Santo le mandó que callara, y

desde entónces las aguas se deslizan y caen de la altura silenciosamente.

Gratísimas fueron las impresiones que experimenté aquella inolvidable mañana: á cada paso creía que salían á mi encuentro los solitarios, que el amor de Dios había encerrado allí: al pasar por sus grutas, ó bien me parecía escuchar sus plegarias, ó el ruido de la disciplina con que humillaban su carne. Y en torno de mí reinaba un profundo silencio; aquellas grutas estaban desiertas; no se movían las hojas de los árboles, ni cantaban los pájaros como en otro tiempo; pero mi corazón suspiraba poseído de santa tristeza al recordar, ó más bien, teniendo á la vista, por decirlo así, los ejemplos de tantas virtudes que en aquellos sitios dejaron mis hermanos; y pensando que me hallaba léjos muy léjos de imitarlos. Ellos retirados del bullicio del mundo, sólo pensaban en salvarse; las afecciones de la tierra, si algunas llevaron á esos desiertos, cada día se iban debilitando más y más, y la memoria del siglo se desvanecía como un sueño al despertar. El gran pensamiento de Dios, y las delicias de su santo amor; hé aquí la ocupacion de esas almas dichosas. ¡Cuán

distinta es la vida de los santos de la que llevan los mundanos! Y es aquella cien veces más dichosa que ésta. Ved si no, cómo la de estos, llena está de inquietudes y amarguras; sus breves placeres se pagan muy caro; y son incontables las penas que la vuelven tristísima y penosa: y esto aún sin poner los ojos más allá de la tumba. Ved en seguida lo que pasa en los santos: Dios abre en sus almas un manantial de dulzura, en cuyas ondas quedan sepultados todos los sinsabores y penalidades de la vida: sufren tienen mil privaciones, tal vez la calumnia los persigue, ó la enfermedad los postra en el lecho del dolor, y su camino está sembrado de abrojos y espinas; ¡quién lo niega? Pero su conformidad aligera el sufrimiento; su mortificación se goza en aquellas prisiones; la calumnia aviva en ellos el amor á sus enemigos, la enfermedad aumenta y perfecciona su paciencia, y los abrojos y espinas les parecen flores, al darles tanta semejanza con Jesus, que sufrió por nosotros desde Belen hasta el Calvario. Los padecimientos y las cruces de todo género, son para ellos las más tiernas y amadas caricias que de su Dios reciben. Ellos, superiores al mundo, ni lo temen ni de él esperan nada; lo compadecen, y cada día conocen más bien, su vanidad y miseria, y cuán dichosos son al no pertenecer; sino solamente á Dios.

Al día siguiente visité la iglesia de Ribotorto y la de Porciúncula: en la primera, compuso San Francisco su regla. Hay en esa iglesia tres ó cuatro piezas, medio hundidas, muy estrechas y oscuras; al rededor se levanta la iglesia, pequeña; pero alegre y hermosa.

La de Porciúncula está encerrada en una magnífica Basílica, reedificada por orden de Gregorio XVI. La Basílica es espaciosa, muy aseada, y tiene muy buenas pinturas. Mas la Porciúncula es muy pequeña y oscura; pero muy devota: tiene un buen cuadro de Nuestra Señora de los Ángeles: al entrar en su recinto el alma experimenta los más dulces sentimientos de piedad cristiana. Allí fué donde el Señor concedió á San Francisco, por intercesion de María, la indulgencia de porciúncula: y donde el Santo, tantas ocasiones oró al Señor y obtuvo del cielo, innumerables gracias: noches enteras pasaba en esta iglesia, el humilde Patriarca, y queria que todos la tuviesen en suma reverencia.

En seguida un religioso me enseñó el pequeño convento donde vi la zarza sobre la cual se arrojó San Francisco para vencer una terrible tentacion con que el demonio le importunaba. La zarza está verde y lozana, pero sin espinas. En este convento está la celda donde murió el Santo, convertida hoy capilla: sobre el altar está la imágen de San Francisco; y fué sacada de la mascarilla que se puso sobre el rostro del Santo ya difunto; es de tierra cocida, y al decir de todos es el retrato que más se le parece: por mi parte, diré que nunca habia visto una efigie de este santo, que llama-

rá más mi atencion: el rostro expresa un sentimiento de indefinible ternura, y de una profunda humildad; su amor lo hacia lanzarse al seno de Dios, y su humildad lo detenía; por una parte tiene miedo de acercarse á Dios, y por otra su amor comprimido le causa un acervo martirio; pero el amor, al fin, rompe sus prisiones, triunfa al escuchar el divino llamamiento, y el alma al escaparse deja pintadas en aquel semblante, la paz, la humildad y el purísimo amor de un serafin, que acababa de hundirse en el seno del Señor.

Ya que estamos en Nuestra Señora de los Ángeles, os contaré la historia de la indulgencia de Porciúncula: Era una noche de estio de 1216. Francisco estaba de rodillas en su celda, y con un crucifijo en las manos oraba con fervor. En el momento que este serafin de la tierra, confundiendo sus adoraciones con las de los ángeles, imploraba la clemencia del Señor para los pobres pecadores, escuchó como una voz celestial que le decia: Francisco, á la capilla, á la capilla. Y al punto se levanta y vuela á Nuestra Señora de los Ángeles, donde el más admirable espec-

táculo sorprende sus miradas. Sobre el altar y encima del tabernáculo y en el seno de una claridad sobrehumana, estaba el Verbo hecho carne, el dominador de los dominadores, resplandeciente de gloria, y deslumbrando con una belleza soberana y perfecta; porque en este mundo decaído donde los rayos de lo bello están esparcidos, muy empañados y quebrados por el pecado, ¿cómo formar una imagen, aunque sea imperfecta del que es la belleza infinita? Tan sólo diremos que el rostro de Jesús tenía la frescura de una inmortal juventud, unida á la imponente nobleza de la edad madura; que su mirada de suavidad infinita, cual inflamado y penetrante dardo, traspasaba el alma de Francisco; y que sus labios parecían entreabrirse y pronunciar una palabra de perdon. Á la derecha de Jesús estaba su gloriosa Madre; y una falange de purísimos ángeles, humilde y respetuosa, los rodeaban. La inefable claridad que habia en el santuario no heria los ojos como la del sol; sino que era al mismo tiempo viva y apacible, como los rayos de naciente aurora; y la mirada de Francisco se bañaba deliciosamente en las grandes olas de esa luz divina.

En el transporte de su santo gozo, Francisco se prostra y adora con los ángeles, la Majestad de Dios. Francisco, le dice Jesús, conozco el celo con que tú y tus hijos, procuran la salud de las almas. Piden en recompensa, por ellas y en honor de mi nombre lo que te agrade para concederlo; porque Yo te he dado al mundo para luz de los pueblos y sosten de mi iglesia.

—Animado por tan gran bondad, Francisco le dirige esta confiada súplica: Oh Dios tres veces Santo; si yo he encontrado gracia en vuestros ojos, yo que no soy sino ceniza y polvo y el más miserable de los pecadores, os suplico con todo el respeto de que soy capaz, que os digneis conceder á vuestros fieles, ésta insigne gracia, que todos los que, confesados y contritos, visiten esta iglesia, reciban indulgencia plenaria y perdon de todos sus pecados.—Y volviéndose á María, continuó diciendo: Yo ruego á la Bienaventurada Virgen, vuestra Madre, abogada del género humano, que patrocine mi causa delante de Vos.

¡Oh escena admirable; que la lengua humana no puede describir, ni llegará á delinear el pincel del artista! María intercede, y Jesús que nada puede rehusar á su Madre, le da una mirada de suavísimo amor, que Ella pasa en seguida á Francisco. Francisco, le dice Jesús, lo que pides es grande; mas tú alcanzarás todavía más grandes favores. Yo te concedo la indulgencia que me pides, siendo ratificada y confirmada por mi Vicario á quien he dado absoluto poder de atar y desatar sobre la tierra.—Á éstas palabras la vision desaparece; y Jesús y su gloriosa Madre, y el coro de los ángeles entran en el santuario inaccesible donde reside la Augusta Trinidad.

Al despuntar el día siguiente Francisco parte á Perugia con el hermano Maseo: allí estaba Honorio III; y llegando á su presencia, le dice Francisco: Santísimo Padre: yo he reparado hace algunos años, una pequeña iglesia

de vuestros dominios, dedicada á la Madre de Dios; y yo suplico á Vuestra Santidad que se digne enriquecerla con una preciosa indulgencia, sin obligacion de limosna. —Consiento en ello, respondió el Soberano Pontífice; mas dime, cuántos años quieres que dure la indulgencia que me pides. —Santo Padre, yo no os pido años, sino almas. —¿Quiéres almas? ¿y de qué manera? —Yo deseo, si agrada á Vuestra Santidad, que todos los que entren en la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, arrepentidos y absueltos, obtengan la entera remision de sus pecados en este mundo y en el otro. —Francisco, lo que me pides es grande y sin ejemplo en la Côte Romana. —Así es, en efecto, Santísimo Padre; mas yo no lo pido en mi nombre, sino en el nombre de Jesucristo que me ha enviado. —El Soberano Pontífice al oír estas palabras dijo por tres veces: En el nombre del Señor te concedemos esta indulgencia. —Algunos cardenales que estaban presentes, dijeron al Papa que semejante favor perjudicaria á las indulgencias de Jerusalem y Roma. Honorio contestó: No podemos revocar lo que hemos concedido libremente; determinaremos tan sólo el tiempo que haya de durar la indulgencia. —Y volviéndose á Francisco le dijo: Queremos que ésta indulgencia subsista para siempre; pero que dure cada año un dia natural, desde las primeras visperas hasta las visperas del dia siguiente. Francisco dió las gracias al Papa, se inclinó profundamente y se retiró. El Papa entonces le llama, y sonriendo le dice: Hombre sencillo ¿á dónde vas, y qué testimonio llevas contigo

de esta indulgencia?—Vuestra palabra me basta, Santo Padre; que Jesucristo sea el notario, la Santísima Virgen la escritura y los ángeles testigos. Yo no pido otro testimonio; y á Dios le queda el probar que esta obra viene de su Majestad. Despues de tan sencilla respuesta, salió Francisco de Perusa con la bendicion del Papa y se encaminó á Nuestra Señora de los Ángeles.

Á la mitad del camino entró en un hospital de leprosos para descansar y tuvo una vision que refirió á Maseo diciéndole: Regocijémonos, hermano mio, porque yo te lo afirmo; la indulgencia que el Soberano Pontífice me ha otorgado, ha sido ratificada en el cielo.

El dia del gran perdon aún no se habia fijado, y el siervo de Dios lleno de confianza esperaba y rogaba; su confianza no quedó burlada. Seis ó siete meses despues de la primera aparicion, en una fria noche de invierno de Enero de 1217, Francisco oraba en una pequeña celda que estaba á la espalda de la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, y azotaba con rigor su inocente carne. El demonio entonces, trasfigurado en ángel de luz, se le aparece y le dice: ¿Por qué causa consumes tu juventud con vigiliass ayunos y oraciones? ¿ignoras, por ventura, que el sueño es el gran reparador del cuerpo? creeme, conserva tu vida para que sirvas á Dios más largo tiempo. Francisco descubriendo la astucia de Satanás, sale de su celda, se quita el hábito, y llevado de su ardiente sed de inmolation, indice de la victoria, se arroja á la nieve, y se echa encima de una zarza lle-

na de espinas, diciendo á su cuerpo que destilaba sangre: Más vale sufrir estos dolores con Jesucristo, que dejarse prender con las pérfidas caricias de la serpiente. Apenas se habia levantado de la zarza, cuando toda la naturaleza se habia transformado en torno de él; una luz muy brillante le rodea, las espinas enrojecidas con su sangre, se cubren al instante de encarnadas y blancas rosas; los ángeles del cielo cubren sus espaldas destrozadas con una túnica más blanca que la nieve; y óyese una voz suavísima y llena de armonía: Francisco camina luego á la iglesia; que el Salvador del mundo y su gloriosa Madre allí te esperan. Francisco toma veinticuatro de aquellas rosas, doce blancas y otras tantas encarnadas, y vá á la iglesia por un camino que le parece estar cubierto con un tapiz de seda.

Jesús estaba en el templo como la primera vez, sobre un trono de luz; la Reina del cielo á su derecha, y millares de ángeles de uno y otro lado. Francisco adoró al Señor, puso las rosas sobre el altar y las ofreció por mano de María. Francisco, le dice el Hijo de Dios, ¿por qué no pagas á mi Madre el homenaje que

le has prometido? Francisco comprendió que se trataba de las almas que debía santificar la indulgencia de porciúncula, y le respondió con acento de filial confianza: Oh Dios tres veces Santo y Soberano Maestro del cielo y la tierra, en vuestra infinita misericordia y por el amor de vuestra amorosa Madre, dignaos de terminar el día de la indulgencia plenaria con que habeis enriquecido éste lugar.—Yo quiero que el perdón se habra, dijo el Señor, desde las vísperas del día en que Yo rompí las cadenas de Pedro, príncipe de los apóstoles, y que no se cierre hasta el crepúsculo del día siguiente.—Mas, Señor, ¿de qué manera los hombres darán fe á mis palabras?—Nada temas; anda de nuevo con mi Vicario para que publique esta indulgencia: lo demás lo hará mi gracia.—Los coros de los ángeles entonaron el Te Deum, en acción de gracias y la vision desapareció.

Al día siguiente Francisco partió para Roma con tres hermanos que habian presenciado el prodigio, Pedro de Catania, Bernardo de Quintaval y Ángel de Rieti. Llevaba consigo seis de las rosas que habia producido la zarza, tres blancas y tres encarnadas, en honor de la Santísima Trinidad. Habiendo llegado á la presencia del Papa, le contó sencillamente su maravillosa vision, y le presentó las rosas como un testimonio irrecusable de su veracidad. Honorio al ver las flores tan bellas, tan frescas y olorosas, en lo más rigoroso del invierno, y admirando la santidad de Francisco, acogió favorablemente su petición, y señaló para la indulgen-

cia, el dos de Agosto, mandando á los Obispos de Asís de Perusa, de Tovi, de Fulgino, de Nosera, de Espoleto y de Guvio, que la promulgasen solemnemente el dia de San Pedro Ad vincula y consagrasen la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles. El dia señalado, los siete obispos y San Francisco, subieron á un tablado que se habia dispuesto junto á la puerta de la Iglesia: una multitud inmensa, ansiosa y recogida se agrupaba en torno de ellos. El Santo despues de haber referido el origen y excelencia del favor que habia recibido, extendió un pergamino y leyó estas palabras: Yo os quiero hacer entrar en el Paraíso. Os anuncio una indulgencia plenaria que he alcansado de la bondad de Dios, y de boca del Sumo Pontífice. Todos los que visiteis esta Iglesia contritos, confesados y absueltos por un sacerdote, recibiréis entera remision de la pena debida á vuestros pecados; y sucederá lo mismo todos los años perpétuamente, respecto de aquellos que visiten este lugar teniendo las mismas disposiciones. Yo quise que esto durara por ocho dias; pero no lo pude obtener. Los obispos al escuchar que el Santo habia anunciado una indulgencia perpétua, determinaron reducirla al espacio de diez años. Guido fué el primero que tomó la palabra, y no pudo dejar de decir que la indulgencia duraría perpétuamente. Lo mismo sucedió á los otros seis Prelados que hablaron en seguida, reconociendo en esto la misericordiosa voluntad de Dios, que de esta manera procuraba la salud de las almas que habia redimido

á costa de su sangre (1).

CAPITULO VIII.

Salida para Roma.—Alrededores de Asís.—Roma.—El Vaticano.

*
*
*

Era el 29 de Setiembre, y Avelar y yo dejando la Patria de San Francisco, partimos, para Roma en el tren de las 11 de la mañana. Los alrededores de Asís son muy fértiles y hermosos; y así sigue el camino hasta llegar á la campiña romana, que es muy estéril; y desagradable. Llegamos á la Capital del mundo católico á las cinco de la tarde, sin que ninguna impresion notable viniera á disipar, la indiferencia que sin saber por qué causa, se habia apoderado de nosotros. ¿Sería, acaso, porque la eterna ciudad, no estaba ya bajo el imperio de los Papas, ó porque su belleza material no es por cierto, la más encantadora? No lo sabemos; el hecho fué que entramos por las puertas de Roma, como todo profano; y siento, en verdad, decirlo, porque yo esperaba que mil hermosos recuerdos, agrupándose en mi mente, despertarian mi fe, haciéndome exhalar un suspiro en el cual la piedad, el dolor y la esperanza,

(1) Cherancé, vida de S. Francisco, C. IX.

cia, el dos de Agosto, mandando á los Obispos de Asís de Perusa, de Tovi, de Fulgino, de Nosera, de Espoleto y de Guvio, que la promulgasen solemnemente el dia de San Pedro Ad vincula y consagrasen la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles. El dia señalado, los siete obispos y San Francisco, subieron á un tablado que se habia dispuesto junto á la puerta de la Iglesia: una multitud inmensa, ansiosa y recogida se agrupaba en torno de ellos. El Santo despues de haber referido el origen y excelencia del favor que habia recibido, extendió un pergamino y leyó estas palabras: Yo os quiero hacer entrar en el Paraíso. Os anuncio una indulgencia plenaria que he alcansado de la bondad de Dios, y de boca del Sumo Pontífice. Todos los que visiteis esta Iglesia contritos, confesados y absueltos por un sacerdote, recibiréis entera remision de la pena debida á vuestros pecados; y sucederá lo mismo todos los años perpétuamente, respecto de aquellos que visiten este lugar teniendo las mismas disposiciones. Yo quise que esto durara por ocho dias; pero no lo pude obtener. Los obispos al escuchar que el Santo habia anunciado una indulgencia perpétua, determinaron reducirla al espacio de diez años. Guido fué el primero que tomó la palabra, y no pudo dejar de decir que la indulgencia duraría perpétuamente. Lo mismo sucedió á los otros seis Prelados que hablaron en seguida, reconociendo en esto la misericordiosa voluntad de Dios, que de esta manera procuraba la salud de las almas que habia redimido

á costa de su sangre (1).

CAPITULO VIII.

Salida para Roma.—Alrededores de Asís.—Roma.—El Vaticano.

*
*
*

Era el 29 de Setiembre, y Avelar y yo dejando la Patria de San Francisco, partimos, para Roma en el tren de las 11 de la mañana. Los alrededores de Asís son muy fértiles y hermosos; y así sigue el camino hasta llegar á la campiña romana, que es muy estéril; y desagradable. Llegamos á la Capital del mundo católico á las cinco de la tarde, sin que ninguna impresion notable viniera á disipar, la indiferencia que sin saber por qué causa, se habia apoderado de nosotros. ¿Sería, acaso, porque la eterna ciudad, no estaba ya bajo el imperio de los Papas, ó porque su belleza material no es por cierto, la más encantadora? No lo sabemos; el hecho fué que entramos por las puertas de Roma, como todo profano; y siento, en verdad, decirlo, porque yo esperaba que mil hermosos recuerdos, agrupándose en mi mente, despertarian mi fe, haciéndome exhalar un suspiro en el cual la piedad, el dolor y la esperanza,

(1) Cherancé, vida de S. Francisco, C. IX.

confundiéndose en un mismo sentimiento, me harían llorar, ó bien con triste y dolorosa pena, ó con la dulce resignación del sufrimiento cristiano; pero no hubo para nosotros, esperanza ó dolor, ni lágrimas ningunas.

Instalados en la Pensión Francesa, pensamos luego visitar la Basílica de San Pedro, y así lo hicimos, teniendo que pasar por calles; y más calles, muchas de ellas, estrechas, y todas de mal olor; pues la atmósfera de Roma es casi insoportable; y la travesía es molesta por los coches y carretones que á cada momento detienen á los transeuntes, y los obligan á andar con mucho cuidado para evitar un golpe.

Hemos llegado á la plaza de San Pedro, que es una elipse de inmensa extensión, terminada por dos espaciosas galerías de 4 hileras de columnas cada una. En medio de la elipse se levanta un obelisco; y á uno y otro lado hay dos fuentes que arrojan el agua á 40 piés de altura, y forman sin cesar dos inmensos globos de blanquísima espuma. Contemplamos un momento su belleza y avanzamos hacia la Basílica. La escalera que la precede se compone de veintiuna gradas, con descansos intermedios; pero no es cierto como se ha dicho, que cada escalon sea una ancha calle: son de la medida ordinaria y comun. Á uno y otro extremo de la escalinata, en su parte inferior, están las estatuas de San Pedro y San Pablo.

La fachada de San Pedro no es gallarda ni esbelta; sino solamente llena de majestad y grandeza: parece á

primera vista que es demasiado ancha con relación á su altura. Esta fachada tiene cinco puertas que dan entrada al vestibulo del templo; y este tiene otras tantas que dan paso al interior: entramos, pues, por la que teníamos delante: y adoramos al Señor en el más grande y hermoso de los templos católicos; "allí donde se encuentra el sepulcro de San Pedro y el trono del Papa, el fundamento de la fe, la razón de todo progreso, la fuerza de todo adelanto; la luz de la verdad, la ciencia de la vida; la fuente de la gracia; donde se ha reunido la iglesia decente: lugar que tanto han venerado los santos, y en él cual hallaron remedio y perdón los pecadores."

"La Basílica de San Pedro es un templo grandioso, imponente y muy bello. Visto desde la puerta principal, admira desde luego su inmensa extensión, y aún más que esto, arrebatada la armonía del conjunto: todo en él se corresponde con una proporción en verdad muy perfecta.

"La Basílica, dice un viajero librepensador del siglo pasado, á la primera ojeada no parece ni grande ni pequeña, ni alta ni baja, ni larga ni estrecha: la enor-

midad de su recinto se aprecia sólo por relación cuando se examina una capilla y se la encuentra grande como una catedral, cuando se mira con detención una figurilla cualquiera al pié de una columna, y se repara que el dedo más corto tiene las dimensiones de un puño: todo este edificio, añade, por la admirable justedad de sus proporciones, tiene el privilegio de reducir á su justo valor las cosas más desmesuradas: si esta mole no produce en el primer instante una gran emoción en el espíritu, es por su excelente y rara singularidad de no hacerse notar por singularidad alguna; todo en él es sencillo, natural, austero, y por consiguiente sublime. Lord Byron ha grabado en admirables estancias de su *Childe-Harold* la impresión que le produjo el templo Vaticano. Para apreciarlo y comprenderlo en su grandeza, no basta pasear una ni varias veces la atónita mirada por sus naves, y por sus capillas, y por sus monumentos de todo género, es preciso volver y volver: repetir las visitas á la luz esplendorosa de la mañana y á la luz tibia y serena de la tarde: ver aquel recinto en día de gran concurrencia, cuando cincuenta mil personas llenan sus ámbitos, y verlo en las horas de la soledad, cuando apenas se percibe entre sus naves el ruido de las pisadas de un peregrino; es preciso familiarizarse con las columnas, y con las estatuas, y con los sepulcros; conversar con las sombras de tantos varones ilustres como allí ostentan la grandeza de su genio; y así, renovando siempre la dulzura de las impresiones, se llega á dominar

el conjunto maravilloso de aquella obra maestra del poder humano.

“Desde el umbral donde estamos á la extremidad de enfrente, hay más de 186 metros de distancia: la bóveda de la gran nave de en medio, que nos cobija, á 45 metros de altura, tiene más de 28 de amplitud: allá á lo léjos, la nave transversal que forma la cruz latina, mide 137 metros. Los grandes pilares, que á una elevación de 117 metros, sostienen la cúpula, como si dijéramos el templo de la Rotonda, tienen 19 metros de anchura máxima: cada uno de estos cuatro pilares es la medida exacta de un convento con su iglesia (San Carlino), que visitaremos en el Quirinal.

“En los cuatro gigantescos pilares de la cúpula hay otras cuatro estatuas colosales que guardan perfecta relación con los cuatro altares contruidos para guardar las cuatro reliquias mayores de la Basílica, son á saber: mirando al templo desde la puerta de ingreso, la primera á la izquierda, la estatua de San Andrés, obra muy notable del escultor flamenco Duquesnoy (el Fiamingo); enfrente la de San Longino, que tiene en la mano la lanza con que fué traspasado el pecho del Salvador, esculpida por Bernini; más arriba, completando el cuadro, á la izquierda, la Verónica, que muestra el santo sudario, estatua de Mochi; y enfrente la de Santa Elena, que lleva en la mano la cruz y los clavos de la pasión. Sobre cada una de estas estatuas hay en los cuatro pilares un balcon ó tribuna adornada con dos columnas espirales de mármol blanco, proce-

dentes de aquellas doce antiquísimas que Constantino hizo poner junto á la Confesion de San Pedro; y sobre cada tribuna se ve un mosaico grandioso que representa un evangelista: San Márcos, San Lúcas, San Mateo y San Juan (en el orden de correspondencia con las estatuas enumeradas) se asoman; digámoslo así, á los cuatro ángulos de la cúpula como anunciando desde la más solemne altura las más altas verdades; las figuras son de siete metros; la pluma de San Lúcas, que desde el pavimento apenas llama la atención, tiene más de metro y medio de longitud. Antiguamente en cada uno de los grandes nichos de los pilares se guardaban, como hemos dicho, reliquias muy veneradas: la cabeza de San Andres conservada en Constantinopla y remitida en el siglo xv por el emperador Tomas Paleólogo el papa Pío II: la lanza hallada por Santa Elena y enviada á Inocencio VIII por Bayaceto: el santo sudario (*Volto Santo*) depositado á principios del siglo viii por Juan VII en un altar de la Basilica primitiva: la cruz formada del *lignum Crucis* traído por Santa Elena. En la actualidad tres de estas reliquias (Santo sudario, Santa Cruz y Lanza) se conservan en el gran pilar de la Verónica, y desde su tribuna son ofrecidas á la pública veneracion el juéves y viérnes de la Semana Santa: en el nicho, que da sobre la estatua de Santa Elena, está en una especie de oratorio, la cabeza de San Andres, sustraída en 1848 y recuperada al punto por misteriosa y providencial manera. Á la feliz llegada á Roma de esta reliquia, cua-

tro siglos hace, se refiere un hermoso templete que todavía existe fuera de la puerta del Popolo (antigua via *Flaminia*), construido por Barozzi de Vignola, á expensas de Julio III; y más directamente aún el oratorio que todavía se llama SAN ANDREA á *Ponte Molle*, á la derecha de la misma via, con la estatua del Santo Apóstol esculpida por dos maestros florentinos, discípulos de Philarete: hizolo construir el cardenal Piccolomini, sobrino de Pío II, para recuerdo de la solemne fiesta allí celebrada el 13 de Abril de 1462, al recibir el dicho Pontífice, de manos del cardenal Besarion, la santa reliquia traída de Oriente, y con la cual se verificó desde Santa María del Popolo al Vaticano, una de las más imponentes procesiones de que da cuenta la historia de la Roma cristiana.

* * *

“Los nichos de los pilares en toda la longitud de la nave, hasta el ábside, y en las tribunas laterales, están ocupados por estatuas, tambien colosales, de los fundadores de órdenes religiosas: interesante cuadro de la historia del cristianismo. Comenzando, desde la puerta, la fila de la derecha, aparece en primer término Santa Teresa de Jesus, gloria de España; si-

guen San Vicente de Paul, prodigio de caridad, y San Felipe Neri, el apóstol de Roma, y San Cayetano de Thiena, el austero padre de los teatinos, y San Jerónimo Emiliani, fundador de los *Somaschi*, consagrados á la enseñanza de la juventud, y San Bruno, el gran asceta del siglo xi que instituyó la orden de los cartujos; y el ilustre aragonés, San José de Calasanz, el piadoso autor de las Escuelas Pías; y San Elías, patriarca del orden carmelitano, y San Francisco de Sales, el maestro de la vida espiritual, y San Francisco Caracciolo, el varon apostólico cuyo instituto de clérigos regulares abraza la vida activa y la vida contemplativa, y por último, en la tribuna de la cátedra, el gran Santo Domingo de Guzman, enfrente de San Francisco de Asís, dos figuras celestiales, de quienes dice Dante en el canto xi del *Paráiso*:

*L'un fù tutto serafico in ardore,
L'altro per sapienza in terra fù
De cherubica luce uno splendore.*

“Á la izquierda, la serie de fundadores comienza tambien por un español ilustre, San Pedro Alcántara, reformador de la orden franciscana en el siglo xvi, regulador de la *estricta observancia*; más adelante se ven San Camilo de Lelis, italiano, el ángel de los desvalidos; San Ignacio de Loyola, español cuyo nombre y

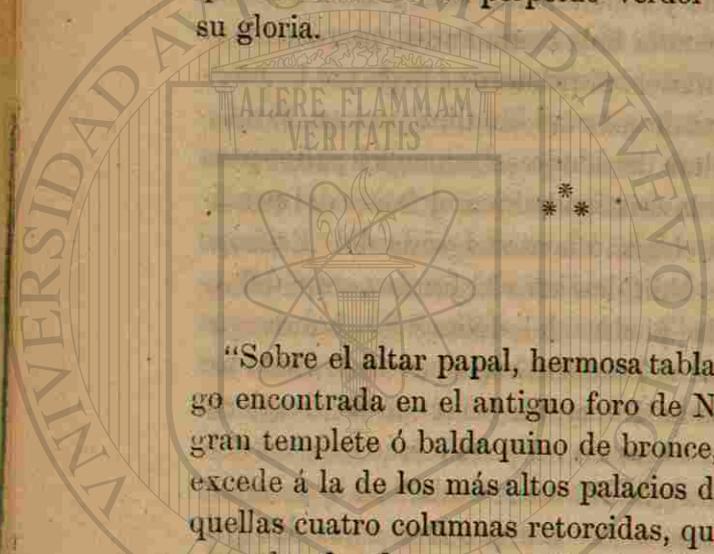
cuyas obras y cuya institucion llenan, puede decirse, el siglo xvi; San Francisco de Paula, el portento de humildad, que excogitó para sí y para sus religiosos el dictado de *minimos*; San Juan de Dios, honor de Portugal, héroe cristiano de los hospitales; San Pedro Nolasco, gloria española, el mercenario redentor de cautivos; Santa Juliana Falconieri, la ilustre dama florentina fundadora, á principios del siglo xiv, de la orden que habia de llamarse de los *servitas*; San Norberto, *potens in opere et sermone*, el solitario de Premonstre, fundador en el siglo xii de la orden de premonstratenses; San Benito, lumbrera del siglo vi, el gran monje de Occidente y gran operario de la civilización del mundo; Santa Francisca Romana, que instituyó en el siglo xv la orden de las *oblatas*; San Alfonso Ligorio, el teólogo insigne de los tiempos modernos, obispo ejemplar é infatigable, fundador de las misiones del *Santo Redentor*; y por último, San Francisco de Asís, que como ya hemos dicho, reproduce junto á la cátedra de San Pedro, enfrente á Santo Domingo de Guzman, el feliz encuentro en Roma, seis siglos hace, de los dos campeones de la fe que difunden sobre la tierra la luz del verdadero renacimiento, los caballeros de la Virgen y de la Paz: San Francisco de Asís, el poeta de la oracion y del amor, y Santo Domingo de Guzman el institutor del Rosario, el fundador de la orden de *predicadores*.

*
*
*

“Una magnífica balaustrada circular, de mármol de colores, donde constantemente brilla la luz de más de cien lámparas de metal dorado, guarda la bajada al venerando lugar de la sepultura de San Pedro. En el fondo está el primitivo oratorio erigido por San Anacleto. Cuando á fines del siglo xvi el arquitecto della Porta, encargado de las grandes obras de reconstrucción de la Basílica, avisó á Clemente VIII que se habia dado en la profundidad de los cimientos con la abertura, desde la cual se descubria el sepulcro de los apóstoles, el Pontífice, acompañado del sabio Belarmino y de otros dos cardenales, bajó al subterráneo y pudo ver á la luz de los hachones, la cruz de oro puesta un dia por Costantino: mandó cerrar el muro á su presencia y el antiguo altar quedó intacto. Entónces el Papa dispuso construir encima otro magnífico altar, que es el que puede ahora verse al pié de las gradas de mármol en el fondo de la *Confesion*. El plan de la Basílica de Costantino, los engrandecimientos de épocas posteriores, la reedificación del siglo xvi, todo se ha subordinado al culto y reverencia de aquella sepultura; todo ha tenido que girar al rededor de aquel centro, que lo es á la vez misma de la iglesia Vaticana y de la Iglesia universal. Diez y ocho siglos hace que

arde en los ámbitos de aquel subterráneo la llama de la misma caridad, y exhala su perfume el incienso de la misma fe. Ni las obras del cuarto siglo, ni las de la Edad Media, ni las de los últimos tiempos, han modificado la genuina y fundamental configuración de aquella cripta, separada hoy, como ántes, en dos cuerpos, superior é inferior: al primero se llega por la magnífica doble rampa de mármol, de diez y siete escalones: allí está el altar de donde se toman los palios para los arzobispos de la cristiandad: en el fondo del primitivo oratorio está el monumento sagrado del Principe de los apóstoles. Allí descansa el fundamento del edificio católico; la piedra del Evangelio sobre que debia de asentarse el reino de los espíritus. De todos los lugares santos de Roma, ninguno acaso despierta recuerdos más interesantes, ni produce emociones más vivas que aquel insigne relicario, embellecido y adornado en el trascurso de los tiempos, con todos los primores que el arte supo excogitar, con toda la riqueza y esplendidez de que fueron capaces pontífices y reyes. En aquel monumento, que ha escuchado las oraciones y ha recibido las lágrimas de diez y ocho siglos; tras unas puertas de bronce y bajo el altar más antiguo de la cristiandad, está una parte de los restos mortales de San Pedro y San Pablo; otra parte está en la Basílica Ostiense: las cabezas de los dos apóstoles se veneran en San Juan de Letran. Consérvase con respeto la piedra sobre la cual hizo el papa San Silvestre la partición de los sagrados despojos. Ante las puertas de la Con-

fesion de San Pedro, Pío VI, animado en piedra por el cincel de Canova, ora de rodillas: el último mártir del Pontificado guarda de rodillas la sepultura del primer Pontífice mártir; admirable dinastía de 1800 años, que así mantiene en perpétuo verdor los laureles de su gloria.



“Sobre el altar papal, hermosa tabla de mármol griego encontrada en el antiguo foro de Nerva, álzase el gran templete ó baldaquino de bronce, cuya elevacion excede á la de los más altos palacios de la ciudad: aquellas cuatro columnas retorcidas, quizá un poco recargadas de adornos, aquellos ángeles, el capitel, la cruz, obras construidas en gran parte con bronce del Panteon, tienen, á pesar de los reparos que la crítica les señale, tanta majestad y tan regular proporcion, que dificilmente hubiera podido idearse monumento más digno para colocarlo encima de la más venerable sepultura que la tierra esconde, y debajo de la cúpula más atrevida y gigantesca que el arte ostenta.

*
*
*

“Tocando el extremo occidental del templo en el ápside, está la tribuna principal llamada de la cátedra. Aquel monumento es la silla de San Pedro. Sobre cuatro hermosos basamentos de mármol finísimos, hay cuatro estatuas colosales de metal y son: San Ambrosio y San Agustin que tienen más de cuatro metros; y un poco menos las de San Juan Crisóstomo y San Atanasio. Á los lados de la cátedra álzase dos ángeles que la guardan, y en la extremidad superior otros dos presentan graciosamente la teara y las llaves: en el fondo de la tribuna sobre el altar de riquísimos mármoles consagrado á María y á los Santos pontífices, y como dominando el trono pontificio, aparece la paloma simbólica del Espíritu Santo, que irradia torrentes de luz entre nubes de gloria y numeroso coro de ángeles.

“La antigua cátedra de San Pedro, es un sillón de madera adornado con incrustaciones de marfil y de oro: los cuatro piés tienen forma de pilares cuadrados; los travesaños que los unen y las tablas del respaldo son de madera de encina amarillenta. Á cada uno de estos pilares hay agarradas respectivamente anillas de hierro, á traves de las cuales pueden pasar las varas, con el fin de formar una verdadera *sedia gestatoria*..... Los espacios comprendidos entre los dos piés de delante, y entre los palos de los costados correspondientes, así como el respaldo, están chapados de madera de acacia, de color oscuro: sobre estas chapas de acacia hay una especie de bordado á

manera de franjas de marfil esculpidas en relieve, que hacen de la cátedra un monumento bizantino.

“Hay, no léjos, en la nave mayor, á la derecha, junto á uno de los grandes pilares de la cúpula, otro monumento que reclama la visita y el ósculo del peregrino: es la estatua en bronce de San Pedro: catorce siglos tiene; ha resistido á todos los saqueos, á todas las profanaciones y á todas las barbaries. Fundida, como afirma la tradicion constante, con el metal del Júpiter Capitolio, ha recibido la purificacion del fuego y á la vez misma declara la victoria de la verdad sobre el error, victoria que se renueva de dia en dia, y que llegará hasta la consumacion de los tiempos.

“La estatua es de tamaño algo menor que el natural: representa al Apóstol sentado en sillón de mármol, con la mano derecha en actitud de bendecir y ostentando en la izquierda las llaves del cielo.

“Tiene muy gastado el dedo mayor del pié derecho á consecuencia de los innumerables besos que en él han imprimido los cristianos al ofrecer al Santo Apóstol el testimonio de su filial obediencia.

*
*
*

“Ahora recorramos las naves de San Pedro para de-

cir lo que en ellas nos llamó más la atencion.

“Estamos en la nave de la derecha, bajo la hermosa bóveda de estucos dorados, interrumpida por tres bellas cúpulas, entre muros resplandecientes de mármol pario, llenos de medallones y de adornos suntuosos: á nuestra espalda la puerta Santa, murada desde el año 1825: encima la imagen de San Pedro en mosaico: al lado la capilla de la *Piedad*. Dale nombre el famoso grupo escultural que abre, digámoslo así, la carrera de gloria artística de Miguel Ángel. El grupo de la *Piedad* (*la Piedad*) es la Virgen María teniendo en su regazo el cuerpo de Jesus: es un cuadro á la vez del cielo y de la tierra; un poema de amor y de dolor que excede los límites del sentimiento humano.

“En este cuadro, la figura de la Purísima Virgen es un modelo de belleza santa y juvenil: el cuerpo de Jesus es ya á su vez un modelo de perfeccion anatómica y de verdad estética: el cuerpo muerto es pequeño, enjuto, laxo, extenuado, lo ménos material que puede concebirse. María en la estatua de Miguel Ángel vive para el dolor, y contempla en el cuerpo de su Hijo las grandezas del misterio de la Redencion. ¿Por qué has dado á la Virgen un aire tan señalado de juventud? preguntaban sus émulo á Miguel Ángel: y el gran artista les respondia con estas otras preguntas: ¿No sabeis que las mujeres castas conservan por mucho más tiempo el brillo de la edad juvenil? ¿Y qué dirémos de la única que fué desde un principio immaculada?

“Fuera de esta Capilla debajo del arco de la nave,

hay dos monumentos sepulcrales, el de Leon XII y el de Cristina, reina de Suecia; sin embargo los restos de Leon XII yacen bajo el altar de San Leon. En el monumento de enfrente están depositados los restos de Cristina de Jandra, hija de Gustavo Adolfo, reina de los Suecos, Godos y Vándalos.

“En la siguiente Capilla llama la atención el gran cuadro en mosaico que representa el martirio de San Sebastian; y fuera de esta capilla el sepulcro de la condesa Matilde y el de Inocencio XII.

“La inmediata capilla, cerrada por una magnífica verja de hierro, es la capilla del Sacramento, una de las más ricas, si no de las más bellas, de Roma y de la cristiandad. La cúpula y las lunetas están cubiertas de mosaicos que representan asuntos del Antiguo y del Nuevo Testamento, alusivos á la Sagrada Eucaristía: un precioso templete de metal dorado, alto de 19 piés, y decorado con doce preciosas estatuas de lapislázuli, sirve de tabernáculo:

“En esta Capilla están sepultados Sixto IV y Julio II; y á la parte de afuera están los monumentos de Gregorio XIII y XIV. En el pilar de la Cúpula se admira el gran cuadro de la última comunión de San Gerónimo puesta en mosaico por Cristófari.

“En la Capilla gregoriana descansa el cuerpo de San Gregorio Nasianceno: la cúpula de esta Capilla es alta y redonda, y sus mosaicos y su magnífico altar de alabastro, adornado de amatistas y piedras preciosas, le prestan un celestial carácter de hermosura y majes-

tad. Aquí se venera la Virgen del Socorro y está también la tumba de Gregorio XVI; y enfrente y fuera de la Capilla hay un sepulcro de mármol que contiene los restos de Benedicto XIV.

“La tribuna á la derecha de esta nave, ó sea al lado latitud norte del brazo transversal de la Cruz griega, tiene más de 40 metros de longitud y más de 20 de anchura. Sus tres altares ostentan magníficos cuadros en mosaico, el de San Wenceslao Rey de Boemia, el de los santos Proceso y Martiniano y el de San Erasmo. Esta nave fué la aula del concilio vaticano. En el fondo está el trono pontificio y enfrente el altar; se ven las imágenes de Jesucristo y Nuestra Señora y hay tres cuadros que representan la venida del Espíritu Santo y los concilios de Efeso y de Trento; y en la corniza una serie de medallones dorados ofrecen los retratos de veintidos papas que han abierto y cerrado concilios ecuménicos. Las estatuas de San Ambrosio, San Gerónimo, San Juan Crisóstomo y San Agustín dominan los nichos superiores de las entrepilastras.

“Junto al segundo pilar de la cúpula y bajo el arco de continuación, está el sepulcro de Clemente XIII una de las obras maestras de Canova. Y enfrente de ese sepulcro se ve el mosaico de la navecilla, y más adelante á la derecha está el de Santa Petronila, el más hermoso de los mosaicos de la basílica según los inteligentes; y en lado del pilar que mira á la tribuna de la cátedra está el cuadro de la resurrección de Tabita, hecha por San Pedro.

“En la tribuna occidental ó de la cátedra está en el fondo la sede apostólica: á los lados se encuentran las tumbas de Paulo III y Urbano VIII. La estatua, retrato de este último se dice que es muy parecido al original.

“Levantando la mirada desde los piés de la Santa Cátedra, halla el observador una bóveda espaciosa, cubierta de estucos y adornos dorados, con bajo relieves, como el de la entrega de las llaves á San Pedro, la crucifixion de este Santo y la degollacion de San Pablo.

“Junto al gran arco que corresponde á la tribuna de la cátedra, está el sepulcro de Alejandro VIII, y enfrente un mosaico que representa á San Pedro y San Juan curando al paralítico: á la izquierda y no muy léjos, se vé el altar de San Leon magno; al que se sigue otro altar consagrado á Nuestra Señora, con la advocacion de la Colonna, donde se conservan los cuerpos de los santos Leon II, III y IV. Sigue adelante la tumba de Alejandro VII; y enfrente se ve un cuadro que representa la caída de Simon Mago. Á la tribuna del Norte corresponde al lado opuesto, formando el la-

do izquierdo de la cruz griega, otra tribuna de idéntica dimensiones: contiene tres altares, en el de en medio están los cuerpos de los apóstoles San Simon y Judas y un cuadro de la crucifixion de San Pedro. El altar de la derecha está consagrado á San Francisco, y conserva los restos de San Leon IX. El otro altar es de Santo Tomas Apóstol; el mosaico representa á este Santo tocando con su mano la herida del Salvador. Conserva el cuerpo de San Bonifacio Papa IV. En ésta parte de la Basilica están los confesonarios correspondientes á las lenguas italiana, francesa, flamenca, griega, alemana, española, portuguesa, inglesa, polaca é ilírica.

“Bajo de la gran arcada en el pilar de la cúpula en esta nave izquierda, está un cuadro en mosaico que representa la muerte de Ananías y Safira; y al otro lado del gran pilar, una cópia de la trasfiguracion, de Rafael.

“En la Capilla clementina se guardan las reliquias de San Gregorio Magno; el mosaico que se vé en el altar, representa el milagro del Santo Doctor, que corta á la vista de un príncipe incrédulo, un lienzo tenido como reliquia de mártires; y al cortarlo sale sangre del lienzo; lo que produce el asombro de los que presenciaban el prodigio.

“Se ve tambien el sepulcro de Pio VII bajo del arco de la nave menor y las tumbas de Leon XI é Inocencio XI.

“Entremos en la Capilla del coro de los Canónigos, que es un hermoso templo de veinte metros de largo

por trece de ancho, y más de 17 de alto hasta la cúpula oval; todo resplandeciente de mosaicos y estucos.

“Sobre el altar de la capilla está la copia en mosaico del cuadro de la Virgen Inmaculada entre San Francisco de Asís, San Antonio de Padua y San Juan Crisóstomo: el cuerpo de éste último Santo está debajo del altar; y en el subterráneo de la capilla el de Clemente XI; y cerca de la gran verja que distingue la capilla del coro, bajo la gran nave está el sepulcro de Inocencio VIII.

“La siguiente capilla se llama de la presentación porque en su altar está copiado en mosaico el cuadro de Romanelli, de la Virgen María presentada en el templo.

“La última capilla del mediodía, es la de la fuente bautismal; sus adornos y mosaicos son relativos al Sacramento del bautismo: el mosaico del altar representa el bautismo de Jesucristo. La pila bautismal es de pórfido, de cuatro metros de larga por dos de ancha.

“Las columnas de la Basílica pasan de ciento cincuenta, casi todas de preciosos mármoles, alabastros, granito y pórfido; que con las de piedra que adornan la fachada y el vestíbulo, llegan á setecientos setenta y dos: las tumbas son 23; y más de 60 las estatuas metálicas en capillas, altares y sepulcros; más de ciento las de mármol: cuarenta y cuatro bajo relieves, la mitad en bronce. Los 24 cuadros de primer orden en mosaico; los frescos y estucos dorados de la cúpula Grande y de las menores, el limpio pavimento de vistosos mármo-

les, los jaspes dorados y la exuberante ornamentación de los arcos y de los pilares y los muros, realzan de tal suerte la hermosura y magnificencia del templo que con justicia se le considera con el esfuerzo supremo de la inteligencia y de los recursos del hombre para rendir homenaje y culto á la majestad de Dios” (1).

Después de haber recorrido las espaciosas naves de la gran Basílica, nos paramos cerca de la entrada, y gran rato estuvimos contemplando, asombrados y llenos de entusiasmo, tanta magnificencia y esplendor. Después de esto, sintióse oprimido de tristeza el corazón, al ver tan desierta como estaba aquella gran Basílica. Además de los canónigos que rezaban en el coro, no había en la iglesia sino los mozos que limpiaban el suelo, dos ó tres personas que oían la misa y nosotros. ¡Oh, la piedad entre los italianos está casi en agonía! Por otra parte, aquí no se nota ningún respeto en las iglesias: se habla en voz alta, se discurre para uno y otro lado, sin gravedad ni miramiento, y se ve, en fin, el templo del Señor como un lugar profano. Y en esto no me refiero singularmente á la Basílica de San Pedro; pues que desgraciadamente lo he observado en casi todas las iglesias de Italia que hasta ahora he visitado; por esto me decía un ilustre eclesiástico: La fe y la piedad cristiana, salvo en lo que debe llamarse estrictamente iglesia Romana, están de viaje para el Nuevo

(1) Roma por Catalina.

Mundo. Y otro decíame también: Aquí tenemos en el Pontificado, el sol de vida; pero entre él y nosotros los romanos, hay interpuesta una nube, impidiendo que sus rayos nos calienten y vivifiquen; pero á lo léjos, aquél sol no mandará en vano los rayos de su luz y su calor de vida.

CAPITULO IX.

Roma.—Iglesia de San Pablo.— Santa María la mayor.—Santa Cruz en Jerusalem.—San Pedro in vinculis.—Ara coeli.—El Jesus.—San Juan de Letran.—La Escala Santa.

El dos de Octubre, en la tarde, tomamos Avelar y yo, un carruaje, y fuimos á conocer, la Basílica de San Pablo, que se halla extramuros de la ciudad.—esta Basílica, dicen ilustres viajeros, carece de armonía, de expresión y de belleza; las galerías que la decoran están sostenidas por ochenta columnas de granito rosa. Contiene los retratos de los papas, algunos frescos al rededor de las naves y numerosos mosaicos. Se conserva en esta iglesia, como ya dijimos, la mitad del cuerpo de San Pablo y la mitad del de San Pedro. Cuatro columnas de pórfido sostienen el gran tabernáculo que se levanta sobre el altar principal: hay una escalera de mármol que conduce á la confesion: y sobre ésta se ven es-

critas las palabras siguientes: Mi vida es Cristo y morir es ganancia.

El pórtico corresponde á la iglesia; pero actualmente casi está concluido otro nuevo que ha de sustituir al antiguo: el nuevo pórtico, á nuestro parecer, él es más hermoso que el del Vaticano; porque sus columnas se elevan con más ligereza y gallardía, y sus mosaicos y de más ornatos, le prestan más gracia.

“La Basílica de Santa María la mayor que también se llamó liberiana y Santa María del pesebre, fué construida por Juan, Patricio romano, á quien la Santísima Virgen dijo en sueños: En la colina que mañana veréis cubierta de nieve, quiero que me erijais la iglesia, que vuestra piedad desea consagrarme. Al día siguiente que era el 5 de Agosto de 352, apareció cubierta de nieve la cumbre del Esquilino, donde luego fué construida la gran Basílica de Santa María la mayor.

“La fachada de este hermoso templo ofrece sobre una espaciosa escalinata de dos tramos, cinco grandes arcos á que corresponden cinco entradas de la iglesia: la última de la derecha es la puerta santa, que sólo se abre cada veinticinco años: el pórtico superior é infe-

Mundo. Y otro decíame también: Aquí tenemos en el Pontificado, el sol de vida; pero entre él y nosotros los romanos, hay interpuesta una nube, impidiendo que sus rayos nos calienten y vivifiquen; pero á lo léjos, aquél sol no mandará en vano los rayos de su luz y su calor de vida.

CAPITULO IX.

Roma.—Iglesia de San Pablo.— Santa María la mayor.—Santa Cruz en Jerusalem.—San Pedro in vinculis.—Ara coeli.—El Jesus.—San Juan de Letran.—La Escala Santa.

* * *

El dos de Octubre, en la tarde, tomamos Avelar y yo, un carruaje, y fuimos á conocer, la Basílica de San Pablo, que se halla extramuros de la ciudad.—esta Basílica, dicen ilustres viajeros, carece de armonía, de expresión y de belleza; las galerías que la decoran están sostenidas por ochenta columnas de granito rosa. Contiene los retratos de los papas, algunos frescos al rededor de las naves y numerosos mosaicos. Se conserva en esta iglesia, como ya dijimos, la mitad del cuerpo de San Pablo y la mitad del de San Pedro. Cuatro columnas de pórfido sostienen el gran tabernáculo que se levanta sobre el altar principal: hay una escalera de mármol que conduce á la confesion: y sobre ésta se ven es-

critas las palabras siguientes: Mi vida es Cristo y morir es ganancia.

El pórtico corresponde á la iglesia; pero actualmente casi está concluido otro nuevo que ha de sustituir al antiguo: el nuevo pórtico, á nuestro parecer, él es más hermoso que el del Vaticano; porque sus columnas se elevan con más ligereza y gallardía, y sus mosaicos y de más ornatos, le prestan más gracia.

* * *

“La Basílica de Santa María la mayor que también se llamó liberiana y Santa María del pesebre, fué construida por Juan, Patricio romano, á quien la Santísima Virgen dijo en sueños: En la colina que mañana veréis cubierta de nieve, quiero que me erijais la iglesia, que vuestra piedad desea consagrarme. Al día siguiente que era el 5 de Agosto de 352, apareció cubierta de nieve la cumbre del Esquilino, donde luego fué construida la gran Basílica de Santa María la mayor.

“La fachada de este hermoso templo ofrece sobre una espaciosa escalinata de dos tramos, cinco grandes arcos á que corresponden cinco entradas de la iglesia: la última de la derecha es la puerta santa, que sólo se abre cada veinticinco años: el pórtico superior é infe-

rior están sostenidos por dos órdenes de columnas jónicas y corintias. En el pórtico superior está el gran balcon, desde el cual se da la bendición apostólica *ca urbi et orbi*, el quince de Agosto. Las tres naves de la iglesia, están sostenidas por 36 columnas jónicas, de mármol blanco. El pavimento de la nave mayor está formado de mosaico finísimo, que llamaban obra alejandrina. En el techo artesonado de la Basílica, se empleó el oro de México que enviaron los Reyes católicos, como tributo de gratitud y amor á la Estrella del mar que habia guiado las naves de Colon, al través del Océano. El altar papal de la Basílica encierra el cuerpo de San Matias y el de San Epafras.

“La Capilla del Sacramento es muy bella; tiene la forma de Cruz griega; y hermosos mármoles y bajo relieves la adornan por todas partes. Contiene las tumbas de San Pio V y Sixto V.

“La Capilla Borghese se tiene por la mejor entre todas de Roma. En el altar mayor hay una imagen antiquísima de Nuestra Señora, atribuida á San Lucas. Esta imagen fué sacada en procesion por San Gregorio Magno, en el año de 590; y entónces fué cuando un ángel apareció sobre la mole adriana, que luego se llamó Castillo de San Ángel. En esta capilla están los sepulcros de Clemente V y Paulo VIII.

*
* *

“La basílica de Santa Cruz en Jerusalem es una de las 7 principales basílicas de Roma: consta de tres naves, la de en medio está sostenida por 8 columnas antiguas, de las doce que en otro tiempo tuvo. Debajo del altar mayor están los cuerpos de San Anastacio y San Cesáreo.” [1]

En esta Basílica vimos, tres espinas de la corona de Nuestro Señor, enteramente iguales á las que se conservan en Padua, en la iglesia de San Antonio.—Vé tambien, tres fragmentos de la Santa Cruz; un pedazo de la del buen ladron, y un dedo de Santo Tomas.

*
* *

“La Basílica de San Pedro in vinculis tiene el origen siguiente: La Emperatriz Eudoxia hallábase en Jerusalem, donde los cristianos le regalaron las cadenas con que San Pedro fué aherrojado por órden de Heródes. La Emperatriz mandó á Roma parte de aquellas cadenas; á su hija llamada tambien Eudoxia, la cual luego las llevó á San Leon el grande: este Pontífice al acercar la cadena traída de Jerusalem, á otra que San Pedro habia llevado en la cárcel mamertina, las

[1] Catalina, Rom.

dos cadenas se unieron milagrosamente y quedaron como una sola cadena que hubiera hecho un mismo artífice. Eudóxia entónces resolvió edificar una iglesia destinada á conservar la memoria de aquel milagro; y éste es el origen de la Basílica de San Pedro in vinculis.

“Las tres naves de que consta están divididas por dos órdenes de 22 columnas istriadas, con capitales dóricos.” (1)

En esta iglesia se guardan las cadenas de que hemos hablado.

Vi en ella el Moises de Miguel Ángel: gran rato estuve contemplando aquélla bellísima escultura, que hizo exclamar á su autor, al darle un martillazo junto á la rodilla derecha: ¿Por qué no hablas? No habla ese Moises, porque medita en grandes maravillas; que si llegara á revelarlas nadie lo comprendería. La expresion del Moises revela una majestad llena de elevacion y de grandeza, y una serenidad tan profunda, que nada descubre su principio. Era el amigo de Dios y el legislador de los hombres; el caudillo de un pueblo á quien amaba en extremo, á pesar de ser éste de dura cerviz é incircunsiso corazon; y sin embargo, el Moises no revela inquietud, ni su mirada es incierta: la amistad de Dios le da confianza y paz; y el cargo que pesa sobre sus hombros no lo fatiga ni oprime.

(1) Roma por Catalina.

*
*
*

Santa María de Ara coeli fué fundada sobre el templo que los romanos llamaban Aureocelio; y donde la tradicion señala una ara en el cielo, sostenida sobre nubes de oro. Tiene tres naves recibidas por 22 columnas de mármol. En el altar mayor está una imágen de Nuestra Señora, atribuida á San Lucas; y en una Capilla interior estaba hace muy poco, una imágen del Niño Jesus, muy venerada por los romanos. Actualmente ésta imágen está en la sacristía, y pronto tendrán que llevarla á la iglesia, pues esa sacristía tiene que ser destruida por orden del Gobierno, como lo ha sido tambien, el célebre convento de los Franciscanos, que estaba unido á la iglesia.

*
*
*

San Juan de Letran. La primitiva Basílica fué construida por Constantino; y duró casi mil años; fué, des pues, reedificada en diversas épocas. La actual interior se divide en cinco naves, cuyas antiguas columnas

de granito, se conservan incruzadas en los nuevos pilares que hoy la sostienen. Tiene, además, las estatuas de los apóstoles; y sobre el altar mayor donde sólo el Papa celebra, hay un tabernáculo, adornado con buenas pinturas. Detrás está el Pórtico Leonino, obra del actual Pontífice; se conserva en esta iglesia una tabla de la mesa de la última cena.

“Desde que se franquea el umbral del vestibulo de ésta Iglesia, ni los pies huellan más de mármol, ni la vista registra más de objetos que excitán admiración. En el interior de la Basílica, la abundancia de luz la resplandeciente, la limpieza de los mármoles, los cuatro órdenes de pilastras que forman las cinco naves, las dos filas colosales de estatuas de los apóstoles, y encima los bajo relieves en estuco, y los cuadros ovalados, producen una primera impresión de galería, ó gran museo, que sólo se desvanece cuando después de avanzar algunos pasos, se llega al crucero y se contempla el altar papal con su gran tabernáculo de estilo gótico, sostenido por cuatro columnas de granito. El altar de mármol sirve para proteger otro de madera en que celebró San Pedro. Encima, sostenido por cuatro columnas de mármol egipcio con capiteles corintios de bronce dorado, hay un suntuoso tabernáculo que guarda las cabezas de San Pedro y San Pablo, en bustos de oro y plata.

“En el fondo de la nave transversal se ve el altar del Sacramento, notable por su riqueza extraordinaria y por las cuatro grandes columnas corintias de metal do-

rado, que lo adornan.

“Las principales capillas de la Basílica, son la de Corsini, verdadero gabinete de escultura cristiana. Las paredes, el techo, el pavimento, todo está revestido de las piedras más bellas y estimadas: el orden corintio más lujoso, prevalece en su arquitectura y en sus adornos. Está dedicada á San Andres Corsini, cuyo retrato en mosaico, aparece entre dos bellísimas columnas de verde antiguo.

“La Capilla Torlonia es también notable por la riqueza de los mármoles que la decoran, y por el hermoso alto relieve de mármol blanco, que representa el descendimiento de la Cruz, por Tenerani.

“Entre las buenas pinturas de la Basílica, se nota la que representa á Bonifacio VIII, entre dos cardenales, publicando el jubileo del año santo 1300; y en las de escultura, el sepulcro de Martino V.

“En las naves menores hay multitud de depósitos funerarios y una colección de inscripciones, que bien merecen ser recorridos y estudiados por los amantes de la Teología y de la Historia.

“En el siglo XIV hubo un incendio que abrasó el palacio de Letran, que estaba contiguo á la Basílica del mismo nombre: sólo se salvó la capilla dedicada á San Lorenzo y una parte del triclinium, construido por San Leon III á fines del siglo VIII: los restos del triclinium, y la antigua Capilla riquísima en reliquias, donde en un tiempo estuvieron las cabezas de San Pedro y San Pablo, existen todavía, á la extremidad de la pla-

za de Letran; allí está el devoto Santuario llamado la escala Santa.

“Sixto V mandó edificar un pórtico de cinco entradas delante de la primitiva capilla que se llamó el Santísimo Salvador: correspondiendo á la puerta de en medio, hizo extender en suave plano inclinado, bajo una hermosa bóveda, la escalera de mármol que perteneció al Palacio de Pilatos y que Jesucristo santificó con sus plantas y con su sangre. Santa Elena trajo del Oriente esta preciosa reliquia; está cubierta de madera y se sube de rodillas.” (1) En la capilla á donde conduce y que siempre está cerrada se ve una imágen de Jesucristo de doce años, pintura griega muy venerada.

Al visitar la Santa Escala y Santa Cruz en Jerusalem, tenemos los sentimientos expresados por Veuillot en las líneas siguientes:

“¡Oh profundidad de la miseria humana, peso abrumador del corazón, terror del alma! ¡Querer amarle, y comprender que no amamos á Jesucristo!.....”

“No le amamos, no; no le amamos. Aceptar su ley,

(1) Roma por Catalina.

dedicarse á su servicio, luchar por agradarle, y perseverar en la lucha hasta la muerte, no es amarle.

“Reina en nosotros la tristeza, nos acosan fatigas y temores, y arrojamos miradas sobre el mundo y sobre nosotros mismos, que indican bien claramente que no amamos.

“¿Por qué no somos de condicion tal, que el nombre sólo de Jesucristo nos haga prorumpir en llanto, y que nos atraiga como invencible iman la sola vista de la Cruz?

“Cuando Él subió esta escalera para ir al pretorio, habia sufrido ya la agonía por nuestros pecados; ¡y nosotros hemos podido tocar esas piedras sin morir de dolor y de amor!

“Cuando la corona de espinas desgarró su frente, hizo en ella heridas menos crueles, que la frivolidad y perversidad de nuestros pensamientos; ¡y, sin embargo, todos estos pensamientos no le pertenecen!.....”

“Cuando su cuerpo pendia de la cruz, era menos pesado á sus enclavadas manos, que las obras de las nuestras; ¡y á pesar de todo, nuestras manos aún obran el mal!.....”

“Jesus habia contado todos mis pasos, y los clavos que atraviesan sus piés son los pasos que nosotros damos en la senda del mal; ¡y no obstante, no se dirigen todos nuestros pasos á Jesus!

“Pilatos, Pilatos, ¿con qué derecho te hemos despreciado? Tú le entregaste, es verdad; pero ¿no le hemos entregado mil veces nosotros tambien? ¿No hemos

preferido el instigador del mal á Jesus?

“Pedro, Pedro, tú que tambien fuiste débil en un momento dado, danos tus inagotables lágrimas; alcánzanos esa mirada que te hizo llorar toda tu vida, y amar eternamente.

“Jesus, Jesus libertador, libranos de nosotros mismos, libranos de nuestro amor propio, y de nuestro temor hácia Vos; haced que os amemos.

“Que el amor nos ilumine, nos arrebate y nos consuma. Que nos ilumine con los rayos de la Cruz, que nos lleve á la Cruz, que nos consuma sobre la Cruz.

“Entónces no temblarémós ni de temor ni de cólera; nuestros labios pronunciarán palabras de victoria, y en vez de un murmullo inútil, se destilará de ellos la simiente de la vida.” (1)

(1) El Perfume de Roma.

CAPITULO X.

Roma.—San Andres.—San Pedro in montorio—La cárcel mamertina.—Santa Praxedis.—El Coloseo.—El Foro Romano.—El arco de Septimio Severo.—Otros monumentos.—Las Capillas Sixtina y Paulina y las logias de Rafael.—Galería y Museo del Vaticano.—Leon XIII.

* * *

Ademas de los templos referidos, visité algunos otros; todos en general hermosos y devotos; pero vacíos de gente; entre estos, el de San Andres, donde está el noviciado de los Jesuitas. “Su forma oval, la variedad y riqueza de los mármoles y columnas que lo decoran, y los monumentos que encierra, hacen de esa Iglesia y de la Santa Casa que le es anexa, uno de los lugares más recogidos y más gratos para la meditacion y la plegaria: un sarcófago en el templo, y una estatua en la Capilla del noviciado, producen en la inteligencia y en el corazón del peregrino que los visita, una impresion que difícilmente se borra. El sarcófago pertenece á un humilde jesuita que murió en 1819 y que en el siglo se habia llamado Carlos Manuel IV, Rey de Cerdeña. La estatua representa á San Estanislao de Kotska, moribundo tendido so-

bre un pobre lecho; la cabeza las manos y los piés son de mármol blanco, la sotana de mármol negro, y el lecho de amarillo. La escultura moderna no ofrece obras más notables, y ninguna, de cierto, más devota. Dicese que el escultor francés Le Gros recibió por esta bellísima estatua una recompensa sobre humana: la gracia de su conversión al catolicismo.

“San Pedro in montorio es una Iglesia erigida por los Reyes católicos para los Franciscanos recoletos, á quienes se habia dado la guarda de aquel Santo lugar. La iglesia es de una nave. En una de sus capillas hay muy buenas pinturas del Piombo, hechas sobre dibujos de Miguel Ángel. Fuera de la iglesia á la derecha está una capilla subterránea, es un templete redondo de Bramante, que aunque se dice que iguala en hermosura á los de Bestan y de la Sibila, merece más veneracion y cuidado que el que tiene actualmente: en este sitio fué crucificado el Apóstol San Pedro.” (1)

La cárcel de San Pedro, (Mamertina) es un oscuro

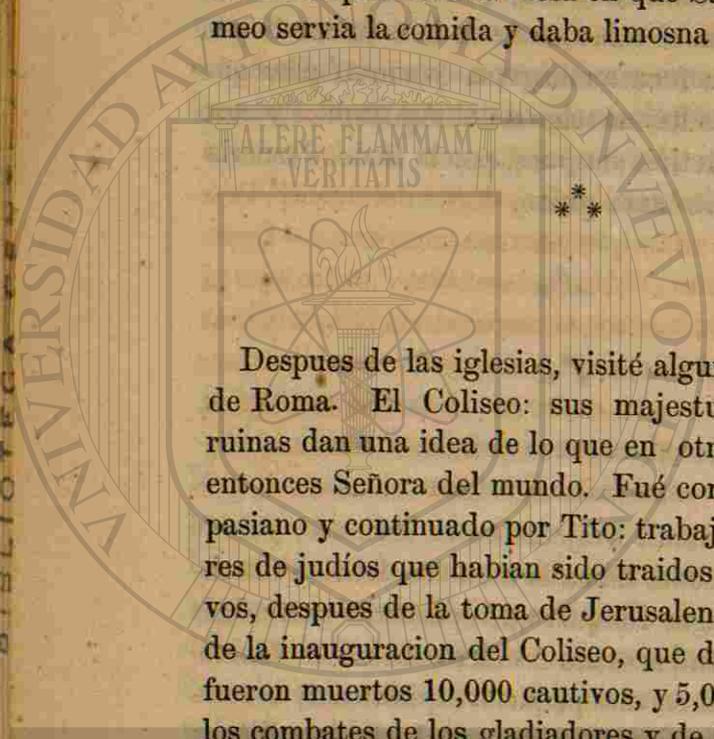
(1) Roma por Catalina.

calabozo al cual se baja por dos escaleras, la primera moderna, y antigua la segunda. Al bajar ésta, el Santo Apóstol recibió un empellon por detras, que lo hizo dar con la mejilla derecha en el muro, donde quedó grabada su imágen. En el calabozo se ve la columna donde estuvo atado, y la fuente milagrosa que brotó para que fuesen bautizados los carceleros del Apóstol: Proceso y Martiniano, mártires despues, por la fe de Jesucristo. El agua es de buen gusto.

El templo de Santa Prajedis, no es hermoso; pero sí devoto, y sobre todo, llama la atencion del viajero cristiano, por la insigne reliquia que conserva: parte de la columna donde fué azotado Nuestro Adorable Redentor: y la que está en una pequeña capillita muy oscura. Al ver esta columna que nos recordaba las humillaciones del Hombre Dios y su amor hácia nosotros, nuestro frio corazon se sintió conmovido. El Ungido Dios humillado á tal extremo, azotado como un facineroso; como un esclavo..... ¡no humillarnos por Él, nosotros que somos sus hijos!

En medio del templo está una estatua pequeña de Santa Prajedis, en actitud de echar en un pozo, la san-

gre de los mártires que habia recogido en el lugar donde merian los amigos de Jesus. Á los piés de la iglesia, se ve una gran piedra donde la santa dormia; y en una capilla está la mesa en que San Carlos Borromeo servia la comida y daba limosna á los pobres.



Despues de las iglesias, visité algunos monumentos de Roma. El Coliseo: sus majestuosas y soberbias ruinas dan una idea de lo que en otro tiempo fué, la entonces Señora del mundo. Fué comenzado por Vespasiano y continuado por Tito: trabajaron en él, millares de judíos que habian sido traídos á Roma, cautivos, despues de la toma de Jerusalem. En las fiestas de la inauguracion del Coliseo, que duraron 100 dias, fueron muertos 10,000 cautivos, y 5,000 fieras: sirvió á los combates de los gladiadores y de las fieras; y fué regado con la sangre de los mártires cristianos. Al recorrer sus diversas galerías, al pasearme por su arena, venian á mi memoria los nombres de aquellos héroes, vencedores de sus verdugos, contra los cuales nada valieron los tormentos. Entre todos esos mártires, tenia muy presente á Ignacio de Antioquia, no porque su martirio excediera en atrocidad al de sus

hermanos; si por aquellos vivos y ardientes deseos que manifestó de morir por el nombre de Jesus; por su tierno y delicado amor. Antes de llegar á Roma este Santo que fué traído de Antioquia, escribió á los fieles: “No pidais al Señor, que los leones no me despedacen, ó que no toquen mi cuerpo, como ha sucedido á otros mártires. Soy el trigo de Cristo: ¡ojalá y sea desmenuzado y molido por los dientes de las bestias para convertirme en pan limpio y digno del Señor! Perdonadme; yo bien sé lo que esto me conviene.”—Decia también este Santo: “Mi amor está crucificado; y yo ¡á dónde iré?” Caminó en fin, al martirio; rindiendo el más glorioso testimonio de su fe, y logrando unirse eternamente al objeto de todo su amor. Los leones rugian hambrientos, ansiando su presa, y el Santo anciano, suspiraba de amor, y parecianle siglos los momentos que tardaba su muerte.

Y ¡cómo no recordar también en ese sitio, el nombre de Policarpo, de Perpetua y Felicitas, y tantos héroes y heroínas de los primeros tiempos del cristianismo? Escuchad la confusa gritería, los sarcasmos é insultos de aquella vil canalla, llamada Pueblo Romano; ved la ferocidad con que los leones y demas animales, dan sobre los mártires, y contemplad en seguida, la serenidad que brilla en el semblante de estos; sus miradas se elevan al cielo; son sus voces un canto de amor; los suspiros que exhalan encierran un misterio de ternura. No hay una queja en sus labios, ni el seño se dibuja en su frente; una santa alegría los consuela; su

fe los sostiene, y la muerte, sufrida por Dios, los corona. Y eran mis hermanos, y adoraron al mismo Dios, tuvieron la misma fe; y como á mí tambien, les fué prometido el reino de los cielos; ¿por qué, pues, tan distante me hallo de sus grandes virtudes? Tales sentimientos causaban en mi alma profunda vergüenza; así, pues, avergonzado y corrido, salí del Coliseo.

De vuelta al Hotel, vi el Foro Romano, del cual sólo quedan en pie algunas columnas; hallándose en el suelo las demas, donde yacen tambien, capiteles, cornizas y pedazos de columnas. En seguida vi el Arco de Septimio Severo, de mármol blanco, y cuya altura es de veintitres metros. Está adornado con ocho columnas, y bajo relieves.

Me era, en verdad, imposible, conocer todos los monumentos de la antigua Roma, por no tener que permanecer, sino pocos dias en esa capital; y por esto, sólo de paso vi muchos otros, como la casa de las vestales, el atrio de Vesta, el arco de Tito, el templo de la Fortuna viril, la Pirámide Cayo Cestio, á un lado de la puerta de Pablo: esta pirámide tiene de altura, treinta y seis metros: fué restaurada en 1663 y se conserva

bien.

Despues de los monumentos paganos, quise ver la capilla Sixtina y las logias de Rafael. Respecto de la primera, yo, lo mismo que todos los que entran en ella, admiré el Juicio final de Miguel Angel. “En esta sublime creacion del renombrado artista, dice la guia de Italia, Miguel Angel se ocupa muy poco del sentimiento religioso; trata solamente, de glorificar el arte. En su pintura pretende revelar sus eminentes cualidades. Bien sabia que en tan enorme cuadro, poco interes ofrecen las fisonomías; y por esto prefiere llamar la atencion sobre los grandes rasgos de su pintura. Por lo demas, todos admirarán el áereo y sutil movimiento que imprimé á sus personajes.—Alarcon censura y con sobrada justicia, la poca decencia de los trajes. “Las vírgenes de este cuadro, dice, son muy bellas; pero no muy castas, y eso que fueron vestidas por Daniel Volterra, por orden de Paulo IV, quien hizo atenuar tambien un poco, la completa desnudez de las demas figuras.—¿qué entendia de esto Miguel Angel? El era gentil, y siguió siéndolo, al tratar el asunto más religioso, más cristiano, más místico que puede encomendarse á un pintor. El Juicio final encierra cuatrocientas figuras, en las que están representados todos los afectos, todas las edades, todas las actitudes, todas las pasiones, todos los tiempos.” Ocasión tendremos de volver á decir algo, sobre esta libertad de los grandes pintores italianos, cuando hablemos de Florencia.

No es esta la única pintura de Miguel Angel que tie-

ne la capilla Sixtina, si bien es la mejor. De él son también, las que representan pasajes del antiguo Testamento, y que están en el arcezonado de la misma Capilla, los profetas y las sibilas. Sus frescos de las paredes son del Perugino, Signorelli y otros.

En la Capilla Paulina se hallan el martirio de San Pedro y la conversion de San Pablo, de Miguel Angel. Están algo maltratados.

Las logias de Rafael que también visité, contienen cuatro estancias, en la primera está el incendio del Borgo: se ve allí á Leon IV, que con la señal de la cruz apaga el incendio; á Leon delante de Carlo Magno; la victoria de Leon IV sobre los sarracenos, y la coronacion de Carlo Magno.

En la segunda estancia se representa la teología, la filosofía el Parnazo y la Jurisprudencia. Dícese que es la mejor obra de Rafael. Se llama esta estancia la Escuela del Amor.

En la tercera estancia se representa el castigo de Heliodoro.—San Leon que detiene á Atila á las puertas de Roma; el milagro de Bolsena: un sacerdote incrédulo, que se convierte á la vista de una hostia, de la

cual mana sangre, y San Pedro libre de sus prisiones.

La cuarta estancia llamada de Constantino, representa la batalla de este Emperador, la aparicion de la Cruz, el bautismo del mismo, y la entrega de Roma al Papa. Estos cuadros fueron concluidos por los discipulos de Rafael.

En la Galería del Vaticano vi la Trasfiguracion del Señor, por Rafael; muy hermosa por cierto; y á la cual afortunadamente asistieron San Estevan y San Lorenzo. Es tan hermoso ese cuadro que bien se le perdona semejante anacronismo.—La última comunion de San Gerónimo cuadro muy devoto y bien ejecutado. Una imagen de Nuestra Señora con el Niño Dios, de Murillo; el cual no tuvo ropa con que cubrirlo: y esto contra su noble costumbre de pintar siempre con esquisita decencia. Si se juntaria con Miguel Angel ó con Rafael!

Hay otra multitud de pinturas de primer orden, entre las cuales llamó mi atencion, el martirio de unos religiosos: varios de ellos están ya suspendidos de la horca, otros esperando lo mismo: hállase entre estos, un viejo, arrodillado, con un recogimiento que asombra: la

luz baña sus espaldas y pasa por entre estas y el lienzo, y viene á iluminar la cara de otro mártir, con una suavidad encantadora y celestial.

Tambien nos agradó sobre manera, un cuadro que representa el martirio de un jesuita, á quien están arrancando las entrañas: el jesuita vuelve sus ojos al cielo buscando su fuerza en el Señor, y al mismo tiempo que expresa la acervidad de su tormento, descubre su resignacion y la paz en que rebosa su alma.

Despues de nuestra visita á la capilla Sixtina y á las logias de Rafael, recorrimos las salas del Museo, por cierto muy interesantes y hermosas. Hé aquí lo que sobre él, dice Alarcon: Es una vastísima ciudad que encierra los despojos de mil generaciones. Baste saber que es el primero del mundo. Tiene una gran sala destinada esclusivamente, á Bustos de la antigüedad; una Galería llamada de los Candelabros; una sala de Animales exculpados; otra galería llena de estatuas; patios atestados de sepulcros y de grandes vasos; un departamento que encierra todo un Museo Etrusco; otro que equivale á un Museo Egipcio; y muchos que llevan nombres especiales, y que bastarían al lustre de la más alta capital, como son el Museo Chiaramonte, la Galería lapidaria el Museo Pio clementino."

* * *

Deseaba conocer al Papa, y ántes de salir de Roma pedí audiencia, la que me fué concedida el 7 de Octubre Cerca de la una de la tarde comenzó la audiencia; habia 40 personas esperando lo mismo que yo: el ser llamadas; por tal motivo nadie podia detenerse, sino que se entraba y salia en seguida. Llegó nuestra vez, y tuvimos el consuelo de rendir al sucesor de San Pedro, el homenaje de nuestra fe y del amor que le profesamos. Él nos habló muy afable, nos dió su bendicion y nos dijo que podiamos darla en su nombre, la bendicion papal, á todos nuestros paisanos.

Leon XIII está muy consumido, sus manos demasiado trémulas; pero todavía se nota porntitud y energía en todos sus movimientos: sus pequeños ojos, vivos y chispeantes no le paran un momento y revelan desde luego, su gran genio. El cielo lo conserve muchos años.

®

CAPITULO XI.

Salida de Roma.—Florenxia.—Sus templos.

—El Palacio Pitti.—Galería de los Oficios.—Plazas.—Pobreza de Italia.

Nuestros negocios particulares nos llamaban al interior de Italia, y por esto dejando la ciudad eterna, de la que conocimos muy poco, partimos para Florenxia, Verona y Venecia, habiendo emprendido nuestro viaje el 9 de Octubre.

La primera de las ciudades que acabo de nombrar, es hermosa; pero la fama y aún su mismo nombre, le ha dado más belleza que aquella que realmente tiene. Sus calles, como todas las de las antiguas ciudades de Italia, no son rectas ni espaciosas, excepto muy pocas; la altura de los edificios desigual, y tal desigualdad muy notable en cada cuadra; el paseo á orillas del Arno que divide la ciudad, no llama la atención, y sus templos menos todavía.

* * *

La Catedral contiene una maravilla: su elevada y

anchurosa cúpula; pero no veréis en las paredes del templo, ningunos adornos, ni tal aseo que llame la atención. Hay unas vidrieras fantásticas, de vidrios de color, que reciben la luz de las ventanas de en frente y la reflejan muy bien, y al observador le parece que les viene de otra parte. Esto, nos decía un celebrísimo ciceroni, que nos acompañaba, es una maravilla; y el pobre no sabia lo que decía.

Contiene la Catedral, el sepulcro de Maquiavelo y un retrato del Dante. Era Domingo y hora de misa cuando la visitamos, y apenas habia gente.

El templo de los carmelitas es alegre, tiene una capilla antigua con buenos frescos, y otra nueva, llamada Capilla Corcini, adornada con preciosos mármoles. Los frescos de la antigua, sirvieron de modelo á Miguel Ángel, Rafael y otros varios.

El templo de Todos santos, es de una sola nave; su artesonado es bueno; sus altares y capillas numerosas: en una de estas está enterrado Américo Vesputio. No llama la atención por lo demás.

El Bautisterio es una capilla redonda, donde son bautizados los hijos de Florenxia. La parte más bella del Bautisterio, son sus tres puertas de bronce: la del Sur, es del Pesano; las otras dos, de Lorenzo Ghiberti. Sus grabados representan pasajes del Antiguo Testamento. Miguel Ángel dijo que eran dignas de ser las puertas del paraíso. Las de Lorenzo se trabajaron durante 20 años.

En el interior de la Capilla está la tumba del Anti-

Papa Juan XXIII. Dícese que la Santa Sede dispuso que los florentinos borrarán la inscripción en que al anti-papa, se le llama Pontífice; pero le contestaron con lo de Pilato: Quod scripsi, scripsi.

Entre los monumentos religiosos de Florencia, se cuenta la Sinagoga de los judíos, que aún en su interior, y á primera vista, parece un templo católico; y por cierto que más nos agradó, que muchas iglesias de Florencia. La nave de en medio es majestuosa y elevada; las de los costados tienen decentes galerías para las mujeres: en el lugar principal se eleva un altar, en la misma forma de los nuestros: detras del altar, en el ábside, está el coro, y cuando entré á la Sinagoga, estaba lleno de judíos que rezaban como los canónigos de nuestras catedrales; y tanto ellos como el sacerdote que oficiaba, cantaban en hebreo. El traje que usaban durante la ceremonia, era, sobre la ropa comun, una especie de tápalo que los cubria por detras, y les bajaba desde la cabeza; todos llevaban una especie de bonete ó gorro sin picos.

La sinagoga está decorado con preciosos mosaicos, y el oro está en ella derramado con lujo y profusion.

—Los demas asistentes estaban sentados en las bancas, con sombrero puesto, lo mismo que nosotros y que todos los que entran y salen. ¡Pobres judíos! El Señor les mande un rayo de su luz, les quite el velo que llevan sobre el corazon y los convierta.

Entre los palacios que se pueden visitar, en Florencia, preferí el Palacio Pitti. Es muy grande y está bien adornado: contiene multitud de salas que se llaman ya de Saturno, ya de Venus ú otras divinidades del paganismo: están llenas de pinturas y esculturas de primer orden. Entre otras vimos la muerte de Abel, la estatua de Cain, la Venus de Canova, no tan indecente como las de otros escultores; las parcas de Miguel Ángel, la Santísima Virgen con el Niño Dios, de Murillo, y la virtud triunfando del vicio, de Miguel Ángel; pero aquí el gran escultor, contra su propósito, hizo que el vicio triunfara de la virtud, que está representada en una mujer desenvuelta, oprimiendo (más bien acariciando) á una serpiente; pero ¿qué sabía de modestia y decencia Miguel Ángel? como dice Alarcon.

Vimos en este palacio, horeas muy antiguas, fusiles de cuatro metros de largo: y toda clase de armas de o-

tros tiempos.

Tambien visité la Galería de los oficios, que asimismo está llena de las mejores obras de escultura y pintura; pero hay tanto de esto en toda Italia, que despues de haber recorrido algunos museos, ya no se llama la atencion por nada. La Galería de que hablamos está compuesta de salas, corredores y gabinetes, donde hallais frescos y esculturas de casi todos los pintores y escultores. Entre esas salas, es notable la que contiene los retratos de los principales pintores, nacionales y extranjeros.

Las salas están divididas por escuelas, como la toscana, la holandeza, la flamenca, la tudesca etc.

En la sala de la Tribuna, veréis la Venus, llamada de Médicis, una estatua de Apolo, y de otros dioses de la gentilidad; y luégo las imágenes de San Pedro, San Jerónimo, la muerte de los Inocentes etc. Todo lo confunden estos italianos; para ellos, lo mismo es el olimpo que el cielo; y las imágenes de Cristo y las de Júpiter.

En los recuerdos de un viaje, de Ignacio Martinez, se dice, hablando de la Venus de Médicis, que "se puede hacer el viaje desde América á Italia, se pueden tolerar las molestias y mareo de la travesía, por sólo contemplar unos instantes esta Venus de Médicis." Demasiada exageracion hay en esto y un gusto muy raro; así como hay absoluta inexactitud y sobrada torpeza, en lo que dice sin gracia ninguna, acerca de la Cena de Vinci, en Milan.—Con la lectura

de algun escritor entendido, Martinez hubiera ahorrado todo eso, sin descubrirse tan pobre libre-pensador, y no hubiera revelado tan profunda ignorancia de la historia y del arte. Alarcon, que puede ser voto en la materia, se expresaba de muy distinto modo: hé aquí sus palabras: "El momento de la *Cena* elegido por Vinci, es aquel en que el Redentor dice con melancólica ternura: *Amen dico vobis, quia unus vestrum me traditurus est.* (En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar).—Estas palabras han producido en los discipulos un movimiento de asombro, de indignacion, de curiosidad, de miedo.....—La fisonomía de *Jesus* (ya sabeis que me refiero á la original de Vinci que he visto en *Brera*) expresa dolor y mansedumbre. Sus manos extendidas revelan la paz y la resignacion con que espera los mayores tormentos.—*Simon*, colocado el último, á la izquierda de *Jesus*, duda que halla entre ellos quien cometa semejante felonía, y está tranquilo como su conciencia. *Tadeo*, con aire sombrío, vuelve el rostro para no ver á *Judas*, cual si le asalta-se una sospecha. *Mateo* repite enérgicamente las palabras del Salvador, como diciendo: "No debeis dudar-lo, puesto que *Jesus* lo afirma. Entre nosotros hay un traidor."—Estos tres personajes forman un grupo, ó sea una escena del drama.—Luego viene otro episodio de mayor vida y más poderosos afectos.—*Felipe*, suavísima figura, se ha puesto de pié y se dirige á Cristo con las lágrimas en los ojos, diciéndole: "Yo no soy, yo te amo." *Santiago el Mayor*, mudo de espanto, abre los

brazos con energía, como si exclamara: "Lee, Señor, en mi corazón, y verás que ni podía sospechar que eso sucediera." *Tomás* se acerca al Divino Maestro, por detrás de *Santiago*, y, levantando el dedo enérgicamente, jura vengarle si tal sucede.—Este segundo grupo no puede ser más vehemente, más persuasivo, más inspirado.—Sigue el *Hijo de María*, bello sobre toda ponderación, grande en su humildad, imponente en su tristeza.—A su derecha está *Juan*, el dulce y amado apóstol, con la cabeza caída y las manos cruzadas, lleno de aflicción y de pesadumbre. *Pedro* estudia las fisonomías, pregunta á *Juan*, y amenaza á todos, lleno de ira. *Judas*, sentado, afectando tranquilidad, revela en su semblante, colocado por el artista en una media luz, la turbación del criminal que se ve descubierto. *Andrés*, maravillado, parece decir: "Señor, no me dejes caer en semejante tentación." *Santiago el Justo* mira á *Pedro*, acechando una ocasión de hablarle, cual si esperase saber por él de quién se trata. *Bartolomé*, en fin, está de pie é inclinado sobre la mesa, creyendo haber oído mal y como pidiendo á *Cristo* que repita sus palabras.

Tal es la acción del cuadro, vária en sus accidentes, y llena de interés y vida por su unidad. El semblante de cada Apóstol es un trasunto fiel del carácter con que aparece en los Evangelios y en los hechos posteriores de su vida. Conservando todos el tipo judío, son, sin embargo, tan diferentes entre sí como lo fueron

en sus relaciones con *Jesús* y en sus predicaciones y escritos. Otros cuadros referentes á este asunto adolecen de monotonía y amaneramiento, á causa de estar todas las figuras sentadas en fila; pero en la pintura de *Vinci*, aunque los doce Discípulos se hallan también necesariamente en un mismo término, hay tal movimiento en las actitudes, tanto arte en la composición, tanta naturalidad y tanto fuego en cada personaje, que su obligada disposición delante de la mesa parece accidental ó escogida por el artista.

Dejemos los museos y veamos las plazas. La de la Señoría tiene una estatua de *David*, por *Miguel Ángel*, muy agraciada y hermosa: y otra de *Hércules* montando á *Cáico*. A la puerta del palacio Ducal, otra del *Dios Término*; al Norte de ese Palacio, la fuente de *Neptuno*, cuya estatua tiene seis metros de altura. Estas son las principales.

En la plaza de la Cruz que tiene dos fuentes, vimos la estatua del *Dante*, en la de la *Anunciata*, la ecuestre de *Fernando 1.º*. En la de *San Lorenzo*, la del padre de *Cosme 1.º*. En la de *San Marcos*, la del general *Santi*, erigida en 1872. Cuatro pequeñas es-

tatuas simbolizan la Política, la Estrategia, la Táctica y la Fortificación.

En la plaza de Santa María la nueva, se levantó en 1882, un obelisco, á la memoria de los que murieron por la Patria, desde 1821 á 1870. En fin, en la plaza de la Trinidad, se ve la estatua de la justicia, regalada por Pío IV á Cosme 1^o.

Por lo demas, no vi en Florencia, ni el movimiento, ni el lujo y la elegancia, que tenia en otro tiempo; parece que está medio muerta, como las más ciudades de Italia. Pregunté á varios italianos por qué se notaba tanta falta de vida en la jóven Italia, y me dijeron que apesar de todo, los austriacos les habian hecho falta; pues estos mantenian el movimiento mercantil; bajo su dominacion, no estaba la Italia en la miseria en que se halla al presente. Cargados de gabelas, apenas pueden vivir estas gentes: dicen que pagan aun el aire que respiran, y dijeronme tambien, que lo mismo se notaba en los dominios del Papa, desde el tiempo que en ellos reinaba la casa de Saboya. ¡Pobres italianos! que emigren á otro país donde no tengan que sufrir una miseria tan grande. Aquí los jornaleros nunca comen carne, sino por Noche buena: su alimento consiste en peces, polenta y legumbres. Por este motivo, el de la miseria, á penas se presenta en Italia un extranjero, y ya los vendedores de vistas lo rodean, y lo siguen, y lo molestan sin dejarlo descansar; y al entrar en los templos, los cicerones se le acercan para darle minuciosa razon de todo; y se van indignados y hablando á

solas, si no los ocupan; pero alargad la mano y soltadles un sueldo, un medio franco y será lo contrario. Aquí un franco se estima en más que entre nosotros un peso. Sólo en Milan no hemos notado miseria, habiendo más movimiento que en las otras ciudades que hemos visto; y la gente parece más festiva y alegre, acaso porque no tiene tan vacio el estómago.

Dejemos á Florencia, bien á nuestro pesar porque mucho nos queda por ver en esta famosa ciudad; y partamos para Verona.

CAPITULO XII.

*Verona.—Calles.—Iglesias.—Edificios públicos.
—Cementerio.—Un dia de Córpus.—Salida
para Venecia.—Milagros de
San Antonio.*

*
*
*

Serian las 4 de la tarde cuando llegué á Verona, la cual desde luégo me pareció una poblacion de poca importancia; tomé un cuarto en el Hotel San Lorenzo á orillas del Adige, que divide la ciudad en dos mitades. El Adige es un rio caudaloso y su corriente muy precipitada.

Esa misma tarde comencé á recorrer la poblacion y ví que todo en ella indicaba muy poca vida: sus palacios muy viejos; los ciudadanos pobres; y nadie creerá que

tatuas simbolizan la Política, la Estrategia, la Táctica y la Fortificación.

En la plaza de Santa María la nueva, se levantó en 1882, un obelisco, á la memoria de los que murieron por la Patria, desde 1821 á 1870. En fin, en la plaza de la Trinidad, se ve la estatua de la justicia, regalada por Pío IV á Cosme 1^o.

Por lo demas, no vi en Florencia, ni el movimiento, ni el lujo y la elegancia, que tenia en otro tiempo; parece que está medio muerta, como las más ciudades de Italia. Pregunté á varios italianos por qué se notaba tanta falta de vida en la jóven Italia, y me dijeron que apesar de todo, los austriacos les habian hecho falta; pues estos mantenian el movimiento mercantil; bajo su dominacion, no estaba la Italia en la miseria en que se halla al presente. Cargados de gabelas, apenas pueden vivir estas gentes: dicen que pagan aun el aire que respiran, y dijeronme tambien, que lo mismo se notaba en los dominios del Papa, desde el tiempo que en ellos reinaba la casa de Saboya. ¡Pobres italianos! que emigren á otro país donde no tengan que sufrir una miseria tan grande. Aquí los jornaleros nunca comen carne, sino por Noche buena: su alimento consiste en peces, polenta y legumbres. Por este motivo, el de la miseria, á penas se presenta en Italia un extranjero, y ya los vendedores de vistas lo rodean, y lo siguen, y lo molestan sin dejarlo descansar; y al entrar en los templos, los cicerones se le acercan para darle minuciosa razon de todo; y se van indignados y hablando á

solas, si no los ocupan; pero alargad la mano y soltadles un sueldo, un medio franco y será lo contrario. Aquí un franco se estima en más que entre nosotros un peso. Sólo en Milan no hemos notado miseria, habiendo más movimiento que en las otras ciudades que hemos visto; y la gente parece más festiva y alegre, acaso porque no tiene tan vacio el estómago.

Dejemos á Florencia, bien á nuestro pesar porque mucho nos queda por ver en esta famosa ciudad; y partamos para Verona.

CAPITULO XII.

*Verona.—Calles.—Iglesias.—Edificios públicos.
—Cementerio.—Un dia de Córpus.—Salida
para Venecia.—Milagros de
San Antonio.*

* * *

Serian las 4 de la tarde cuando llegué á Verona, la cual desde luégo me pareció una poblacion de poca importancia; tomé un cuarto en el Hotel San Lorenzo á orillas del Adige, que divide la ciudad en dos mitades. El Adige es un rio caudaloso y su corriente muy precipitada.

Esa misma tarde comencé á recorrer la poblacion y ví que todo en ella indicaba muy poca vida: sus palacios muy viejos; los ciudadanos pobres; y nadie creerá que

llegan á 50,000 como se dice: las calles exceptuando muy pocas, son feas é irregulares.

Al dia siguiente, recorrí las principales iglesias y edificios públicos. Entre aquellas, fui primeramente á la catedral: su fachada es buena. En el interior se ve un buen cuadro de la Asuncion, por el Tiziano, y las imágenes de San Pedro y San Pablo, del Moroni. En el Altar mayor un crucifijo muy bueno, en bronce; de Juan de Verona. Entrando en esta Iglesia vimos en el pavimento, estas palabras de los libros santos: *In paciencia vestra possidebitis ánimas vestras*; y exclamé: Señor, ten paciencia con estos veroneses que así maltratan y profanan tu santa palabra! ¿Á qué viene ese texto, me preguntaba yo, en el pavimento y á la entrada de una iglesia? En otros templos, y por cierto no el suelo, hemos leído: *Mi casa es casa de oracion*; bellísima advertencia para que entremos en el lugar santo á orar, y con los sentimientos de humildad y devocion que debemos llevar; pero exhortar á los fieles á que tengan paciencia cuando vienen á la casa de Dios, al recinto de la paz y del consuelo, á la fuente de la misericordia y el perdon; esto es ridículo. ¿Ó los veroneses son tan poco religiosos, ó los sacerdotes les predicán tantos desatinos, que aquéllos sólo armados de paciencia pueden permanecer en los templos mientras duran los oficios eclesiásticos? Elegid lo que os agrada; que por lo demas, los otros italianos llaman á los veroneses, *messi mati*, medio locos.

*
*
*

Santa Anastasia es un templo de buena arquitectura; espacioso y bien adornado: lo más notable que se encuentra en él, es el martirio de San Pedro de Verona, cuadro de Torelli, reproduccion del original de Tiziano. Es una pintura que llama la atencion. El Santo Mártir está herido y medio caído, apoyándose en la tierra con la mano derecha: uno de sus asesinos, de sañuda y diabólica faz, le asesta la segunda puñalada; y el Santo, no trata de evitar el golpe, sino que alza sus ojos al cielo con lánguida y dulcísima mirada, y pide al Señor que lo sostenga. Entre tanto el compañero de San Pedro, huye despavorido, del peligro, y sólo trata de ocultarse. La fisonomía de cada personaje, revela fielmente los afectos que los dominaban. Y no se reconocen todas las bellezas de este cuadro, porque la luz no lo ilumina como era de desearse.

*
*
*

La iglesia de San Bernardino, es devota y recogida:

tiene una buena capilla en forma de rotunda.

San Zenon, al N. O. de la ciudad, es una iglesia fundada por Pepin. Tiene un pórtico ya deteriorado por los años, y creo que tambien por el mucho abandono. En la fachada hay algunas esculturas; en el interior, monumentos y frescos de la Edad Media. Entre los últimos, notamos dos imágenes de la Santísima Virgen, muy indecentes en el vestido; que si quiera por pudor deberian borrarse; pero estos italianos de nada quieren darse cuenta, con tal de conservar sus viejas pinturas.—En el ábside del templo hay una buena imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, por Mantegna; y en la cripta, la tumba de San Zenon, cuyo cuerpo está guardado en una caja detras de un altar en que se celebra misa en honor del mismo Santo.

En el Altar del Sacramento hay una Purísima de muy mal gusto. Cerca de este mismo altar, á distancia de dos metros más ó ménos, estaban dos eclesiásticos charlando con el sacristan, como si estuvieran en su casa, dando un triste y lamentable escándalo á una pobre niña, de doce á catorce años, que rezaba con mucha devocion en la iglesia. ¡Qué italianos! Parece que no tienen fe, y que su piedad es un crimen. ¡Profanar el templo del Señor, los mismos que debieran procurar la honra de la casa del Padre celestial!

Como podeis pensarlo, salí en verdad, muy desagradado de mi visita al templo de San Zenon; y para no ver otras cosas por el estilo, me dirigí al Palacio de Pompeyo, que contiene lo siguiente: Academia de pintura y es-

cultura; Museo numismático y de historia natural. En el primer piso está la galería de cuadros, dividida en diez y seis salas; entre esos cuadros hay algunos muy buenos, como el de Nuestra Señora, de Francisco Francia; y el Descendimiento de la Cruz, por Cavarrola.

Entre las estatuas las hay tambien muy buenas.—Vi dos leones de mármol, uno de esos leones duerme, mientras el otro está en vela. Tal vez Canova tomaría de estos leones, el modelo de aquellos con que adornó la tumba de Clemente XIII; pues unos y otros son iguales; y más antiguos los de este Palacio.

Por lo demas, el tal Palacio Pompeyo, no merece la pena.

Despues de este Palacio, visité el Cementerio, por cierto, muy humilde: está dividido en dos grandes cuadros, y en rededor se alzan las galerías que encierran los nichos de las personas más acomodadas de la ciudad: no hay ningun lujo en este panteon; pero está aseado.

Anexa al cementerio, está una pequeña iglesia, y un hospicio de franciscanos. La iglesia está muy decente y aseada; si bien revela mucha pobreza: tiene un buen pórtico que la precede.

*
* *

En esta desgraciada Verona, y nada simpática por cierto, tuvo lugar un gran crimen en el año de 67. Era el día de Córpus, y el Obispo, acompañado de su clero y de innumerable pueblo, llevaba al Santísimo Sacramento, en procesion, cuando unos malvados se arrojaron sobre el prelado y le quitaron la custodia: el Obispo que no tenia vocacion de mártir, huyó cobardemente, y lo mismo el clero y lo mismo el pueblo; y aquellos sacrilegos arrojaron la sagrada Eucaristía á las aguas del Adige.

Los sacrilegos quedaron victoriosos, sin haber combatido, y la justicia de la tierra no los castigó; pero sí Dios: en breve tiempo, todos ellos murieron desgraciadamente.—*Requiescant in pice, non in pace*, se dice por acá, al recordar á los que han tenido un fin semejante; y aunque yo no alabo tan generoso y noble deseo; confieso sin embargo que la triste presuncion que tenemos de la suerte de aquellas personas, no peca de temeraria.

*
* *

Despues de unos cuantos dias, me enfadó Verona y

tuvimos que salir para Venecia, la reina del Adriático, la encantadora y bellísima Venecia, al decir de los poetas. En el camino, estacion de Padua, mandé mis recuerdos y saludos á mi buen amigo San Antonio. Y ya que hablo de este Santo, os diré lo que acaba de hacer el gran Taumaturgo: En el Ciudadano italiano, periódico que publica en Udina, número 239, correspondiente al 22 y 23 de Octubre, hallamos lo siguiente: En el Santuario de San Antonio de Padua, en Gerona, tuvo lugar el siguiente milagro, el 18 de Octubre, del presente año, á las 9 de la mañana. Habia una jóven llamada Pascuala Peloco, que desde fines de Julio de 73 padecia gravísimos dolores debajo de la rodilla derecha; desde luego fué atendida por el Doctor Vidoni de San Daniel; pero sin ningun resultado favorable. Vidoni dispuso que la llevaran al hospital, donde tanto este Doctor, como Bianchi, médico tambien, hicieron todo lo posible por aliviar á la enferma, sin conseguir cosa alguna; para esto dispusieron hacer la amputacion; pero la enferma se opuso. Estuvo la jóven en el hospital tres años un mes diez y nueve dias; y por diez y nueve meses permaneció inmóvil en la cama é incapaz de andar sin el auxilio de dos caritativas hermanas. Los médicos viendo que la enferma no mejoraba, la mandaron á su casa á cambiar de aires: fué sacada en brazos de los enfermeros y puesta en una carretilla, y así conducida al seno de su familia. Se hallaba en un estado lamentable: la pierna enferma era un tronco inmóvil, y lástima daba el

ver andar á aquella pobre jóven. Cuantos la veían aseguraban que jamás sanaría; pero ella tenía gran fé en la intercesión del Santo de los milagros, y juntó limosna para una misa que debería celebrarse en el Altar del Santo, en Gerona, á donde ella se haría conducir, para oír la misa y pedir por sí misma á San Antonio la gracia que necesitaba; y así lo hizo, saliendo para Gerona el diez y siete de Octubre, sobre una carretilla donde la colocaron, y llevando al lado sus muletas; pero al salir les dijo en casa: Llevo mis muletas; mas no volverán conmigo: las dejaré en Gerona, porque San Antonio me va á sanar. Llegó Pascuala ese mismo día á Gerona, se confesó, al siguiente comulgó, en pié por no poder de otra manera: oyó la misa en el altar del Santo, y despues, lentamente se encaminó á un corredor donde está una imagen del Santo; le rezó el responsorio: Si quæris y otras oraciones; cuando hé aquí que repentinamente, siente en sí misma un aliento y una fuerza que no podía explicar, y animada de una confianza sin límites de haber sanado milagrosamente, arroja las muletas y las pone junto á la pared; y sin ellas comienza á andar con libertad y espeditamente. Una tía suya que la había acompañado, fuera de sí por lo que estaba viendo, le dijo: ¿qué haces, á donde vas? Estoy curada, respondió Pascuala, yo ando; San Antonio me ha hecho la gracia. Y luego comienza á subir la escalera que conduce á la cámara del Santo, sin apoyo ninguno. El sacristán al advertir el milagro sube delante de ella, y la tía la sigue, pareciéndoles imposible lo que estaban

viendo. Otros que estaban más lejos, decían: ¿es esta la misma jóven que en la mañana apenas arrastrando, podía moverse?—Despues de haber orado y de dar gracias á Dios Nuestro Señor y al Santo, Pascuala salió de la iglesia y fué por las calles de Gerona hasta la plaza, siendo en todas partes la admiracion de los que la veían.” Siguen despues las firmas de los testigos.—En cuanto á mí, diariamente esperimenté su santa proteccion en mi largo viaje. Sea bendito el Señor en sus santos; estos sean benditos, en su mismo Dios.

CAPITULO XIII.

Llegada á Venecia.—Primeras impresiones.—Plaza y Catedral.—Otros templos.—Visitas á las islas.—La de San Lázaro.—Convento de los armenios.—Biblioteca y Museo.—La del Santo Desierto de San Francisco.—Arquitectura de Venecia.—Palacio Ducal.

 Estamos en Venecia, bajamos del tren y un momento despues, alojados en una humilde góndola navegamos por el canal que atraviesa la ciudad. La primera impresion del viajero al conocer la en otro tiempo, famosa República, es muy agradable; multitud de pequeñas em-

ver andar á aquella pobre jóven. Cuantos la veían aseguraban que jamás sanaría; pero ella tenía gran fé en la intercesión del Santo de los milagros, y juntó limosna para una misa que debería celebrarse en el Altar del Santo, en Gerona, á donde ella se haría conducir, para oír la misa y pedir por sí misma á San Antonio la gracia que necesitaba; y así lo hizo, saliendo para Gerona el diez y siete de Octubre, sobre una carretilla donde la colocaron, y llevando al lado sus muletas; pero al salir les dijo en casa: Llevo mis muletas; mas no volverán conmigo: las dejaré en Gerona, porque San Antonio me va á sanar. Llegó Pascuala ese mismo día á Gerona, se confesó, al siguiente comulgó, en pié por no poder de otra manera: oyó la misa en el altar del Santo, y despues, lentamente se encaminó á un corredor donde está una imagen del Santo; le rezó el responsorio: Si quaeris y otras oraciones; cuando hé aquí que repentinamente, siente en sí misma un aliento y una fuerza que no podía explicar, y animada de una confianza sin límites de haber sanado milagrosamente, arroja las muletas y las pone junto á la pared; y sin ellas comienza á andar con libertad y espeditamente. Una tía suya que la había acompañado, fuera de sí por lo que estaba viendo, le dijo: ¿qué haces, á donde vas? Estoy curada, respondió Pascuala, yo ando; San Antonio me ha hecho la gracia. Y luego comienza á subir la escalera que conduce á la cámara del Santo, sin apoyo ninguno. El sacristán al advertir el milagro sube delante de ella, y la tía la sigue, pareciéndoles imposible lo que estaban

viendo. Otros que estaban más lejos, decían: ¿es esta la misma jóven que en la mañana apenas arrastrando, podía moverse?—Despues de haber orado y de dar gracias á Dios Nuestro Señor y al Santo, Pascuala salió de la iglesia y fué por las calles de Gerona hasta la plaza, siendo en todas partes la admiración de los que la veían.” Siguen despues las firmas de los testigos.—En cuanto á mí, diariamente espermenté su santa protección en mi largo viaje. Sea bendito el Señor en sus santos; estos sean benditos, en su mismo Dios.

CAPITULO XIII.

Llegada á Venecia.—Primeras impresiones.—Plaza y Catedral.—Otros templos.—Visitas á las islas.—La de San Lázaro.—Convento de los armenios.—Biblioteca y Museo.—La del Santo Desierto de San Francisco.—Arquitectura de Venecia.—Palacio Ducal.

 Estamos en Venecia, bajamos del tren y un momento despues, alojados en una humilde góndola navegamos por el canal que atraviesa la ciudad. La primera impresión del viajero al conocerla en otro tiempo, famosa República, es muy agradable; multitud de pequeñas em-

barcaciones pasan de uno y otro lado: hermosos vapores, tambien pequeños, vuelan más bien que se deslizan sobre las tranquilas aguas que rodean á Venecia: fantásticos y bellos castillos, que aparecen unos en pos de otros y se retratan en las aguas; la góndola en que vamos, dirigida por hábiles remeros, ó bien se oculta debajo de los puentes, ó da vuelta en las esquinas de las calles con asombrosa rapidez: y aquí y allá déjanse ver las numerosas islas que rodean la ciudad, cual vigilantes atalayas que están velando mientras ella duerme.

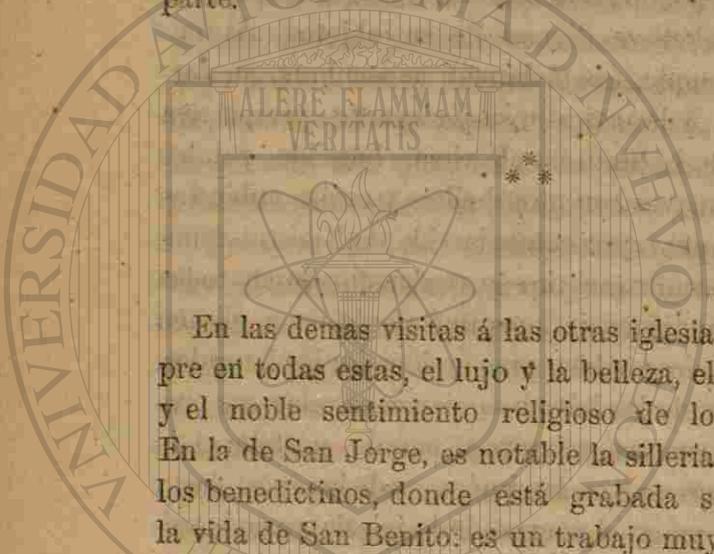
Todo ésto nos va entreteniendo y nos lleva ocupados mientras llegamos; pero pasa un momento y ya estamos en tierra. Luégo nos encaminamos al Convento de la Vigne, á donde veníamos recomendados: Los buenos franciscanos que en él viven, nos recibieron bondadosamente; y dos de ellos se sirvieron acompañarnos en todas nuestras escursiones. Aquella tarde en que llegamos á Venecia la ocupamos en descansar y preparar la visita de la famosa ciudad.

* * *
Fué de mis primeros cuidados conocer la renombrada Catedral de San Marcos, antigua Capilla del Palacio Ducal. Delante de ella está una plaza en forma de

cuadrilongo, de bella perspectiva, por los edificios y elegantes pórticos que lo componen. La fachada de la catedral es bellísima; cubierta de mosaicos sobre fondo de oro, decorada con elegantes y esbeltas columnas, sostenida por graciosos arcos; reúne un conjunto de majestad y belleza dignas de su objeto. Al entrar en este templo, sus melancólicas sombras, su austera gravedad; y la majestuosa y elegante perspectiva que nos ofrece, inspiran en el alma, humilde y dulce piedad: Las naves son muy bellas; y están cubiertas de mosaicos, que representan la vida de Nuestra Señora y de otros santos: el oro se ve derramado en todas partes con magnificencia y profusion: la nave de en medio es espaciosa y bien proporcionada; las laterales, á media altura de las bóvedas, tienen galerías: sus prolongadas y hermosas columnas son de pórvido: á la entrada del coro se ven las imágenes de los apóstoles; y otras muchas ya en el cuerpo de la iglesia, ya en los altares. Lo que más sencillo nos pareció en toda la catedral fué la capilla del Santísimo; y en lo que se nota que ha habido mucho descuido, es en renovar el pavimento, en la actualidad muy desigual.

Debajo del altar mayor se conserva el cuerpo de San Marcos, patron de Venecia; y una pala de oro, riquísima, que es una lámina de aquel metal hermosamente esmaltada é incruztada, de piedras preciosas. Esta pala buscaba Napoleón cuando saqueó las iglesias de Venecia; pero la habian ocultado de antemano, y le presentaron otra de ningun valor. Yo sabia, dijo a-

quél conquistador, de lo ageno, que era muy rica la pala de San Marcos; pero veo que no lo es; que se quede, pues, San Marcos con su pala. Así quedó burlada siquiera en esto, la codicia del gran Bonaparte.



En las demas visitas á las otras iglesias, noté siempre en todas estas, el lujo y la belleza, el buen gusto y el noble sentimiento religioso de los venecianos. En la de San Jorge, es notable la silleria del coro de los benedictinos, donde está grabada sobre madera, la vida de San Benito: es un trabajo muy exquisito y de increíble paciencia. — En la de San Miguel, se halla en el pórtico, la tumba de Pablo Sarpi, que murió excomulgado; pero como su grande inteligencia, apesar de lo demás, le habia conquistado el amor de los venecianos, lo enterraron en aquél lugar; sin embargo no faltó quien en oscura y silenciosa noche, exhumará los restos de aquél desgraciado, y los arrojase á la laguna, cerrando despues el sepulcro con mucho cuidado, para que nada se pudiese conocer.

Entre otras iglesias, llamó tambien mi atencion, la de San Zacarias; muy hermosa y rica; y acaso

la que tiene mayor número de insignes reliquias: casi no hay altar que no encierre el cuerpo de algun santo. Esta iglesia inspira mucha devocion.

Ademas de las iglesias del culto católico, hay en Venecia una de griegos cismáticos: esta iglesia tiene un buen pórtico interior, es espaciosa; á lo largo del pavimento junto á las paredes, hay una prolongada silleria, como la del coro de nuestras catedrales, para que asistan los griegos: inmediato á lo que podriamos llamar presbiterio, hay un gran cancel con tres puertas; dorado y muy rico: detras de la puerta de en medio del templo, que se abre á la hora de los oficios, está un altar, que es una mesa cualquiera, y en el ábside, las imágenes de San Basilio, San Crisóstomo y otros santos griegos. No tenía la iglesia, para todo el año, sino 3, ó 4 misas, que se dicen todos los dias, alternativamente. En el centro del ábside, está un nicho, es el sagrario. El Padre Griego, que con la mejor voluntad nos andaba mostrando todo lo que tenia su iglesia, nos enseñó tambien el copon con el sacramento; pero esto lo hizo con la misma indiferencia con que nos habia mostrado los demas objetos; sin revestirse, ni

encender ninguna lámpara: aunque delante del tabernáculo siempre arde una. Dijo que aquellos fragmentos de pan que veíamos en el copon, se habían consagrado desde el jueves santo; y que se llevaban á los enfermos cuando los necesitaban.—Entre tanto yo me preguntaba á solas: ¿tendrán fe estos hombres? Sin duda que no la tienen. ¿Serán verdaderos sacerdotes?—Tanto el copon como el cáliz y patena, son iguales á los nuestros. Los corporales son de lienzo; pero llenos de pinturas de la vida del Salvador.—La iglesia tiene un buen crucifijo y una imagen muy antigua de Nuestra Señora, que nos dijo el Padre que era pintura de San Lucas.

Después de las iglesias de la ciudad, visitamos las islas. En la de San Lázaro llamó más mi atención el convento de los armenios que la iglesia, en la cual, en aquellos momentos estaban orando los religiosos mekhitaristas, presididos por su obispo, que como el último de ellos, asiste á todos los actos de comunidad.—El convento es muy hermoso y alegre, sin que esto impida que en él se respire un ambiente de piedad y santa devoción. Andábamos en el claustro, cuan-

do pasaron delante de nosotros, los jóvenes religiosos, coristas y novicios, con un recogimiento que llamó nuestra atención nos dejó suspirando y trajo al alma dulcísimos recuerdos de otros tiempos.....

La Biblioteca de los armenios es espaciosa, contiene muchos volúmenes; pero no leímos de ellos ni una línea, porque escritos están en el idioma de los religiosos: el armenio.—Tienen en esta Biblioteca una momia, de un sacerdote de Apolo, más bien conservada que todas las de París y Roma. El sacerdote representa 30 años: los dientes no han perdido el esmalte.

Tienen también, los padres, un pequeño museo de historia natural, un buen gabinete de física, una magnífica imprenta, con seis grandes prensas, y muchos cajistas.

Finalmente, el buen religioso que nos acompañaba y nos hizo poner nuestro nombre en el album donde están las firmas de las personas que visitan este monasterio.

Hay entre las islas, de Venecia, una, llamada el Desierto de San Francisco; porque este santo, al volver del Oriente desembarcó en ella, y predijo que allí se

levantaría un convento de su Orden, como efectivamente sucedió. Ese convento es de franciscanos reformados. San Francisco clavó su báculo en esta isla, y el báculo muy en breve fué un árbol que duró muchos siglos; después se secó; y ahora sólo queda el tronco, que tiene más de una vara de diámetro, y como cuatro de altura. Consérvase en la isla una gruta donde el Santo se recogía á hacer oración: está dentro de la iglesia: esa gruta es muy estrecha; en el fondo se ve una imagen de San Francisco.—La iglesia es muy humilde, y el convento de los más ajustados á la seráfica pobreza. Dios conserve esta virtud en los buenos religiosos que allí viven.

En cuanto á la arquitectura veneciana, hé aquí como habla Chateaubriand:

“Se necesitarían volúmenes para agotar este asunto. *La fabbrica piu cospicua di Venezia* del conde Ciconara suministra la fisonomía de los monumentos; pero las exposiciones no son precisas. Me contentaré con anotar dos ó tres de las combinaciones más repetidas.

“Del capitel de una columna corintia arranca un semicírculo, cuyo extremo baja sobre el capitel de otra columna corintia. En medio exactamente de es-

tas dos columnas, se eleva otra de igual dimension y del mismo orden; del capitel de esta columna central parten á derecha é izquierda dos episcios, cuyos extremos van á caer tambien sobre los capiteles de otras columnas. Resulta de este dibujo que los arcos, cortándose entre sí, forman ojivas en su punto de interseccion (1); de suerte que se forma una mezcla graciosa de dos arquitecturas, de la cimbra llena, romana y de la ojiva árabe ó gótica oriental. Soy en esto de la opinion del dia, suponiendo la ojiva árabe, gótica ó de origen de la edad media; pero es seguro que existe en los monumentos llamados ciclopeos: la he visto en toda su pureza en los sepulcros de Argos.

“El palacio del dux presenta labores que se ven reproducidos en algunos otros palacios, especialmente en el palacio Foscarini: las columnas sostienen cimbras ojivas; las cimbras dejan entre sí vacíos, y entre esos vacíos ha colocado el arquitecto dos rosetones. El roseton deprime la extremidad de dos elipses. Esos rosetones, que se tocan en un punto de su circunferencia en la fachada, son unas especies de ruedas ali-

(1) Es claro, á mi juicio, que las ojivas, cuyo origen, que se ha querido suponer misterioso, va á buscarse tan lejos, ha nacido fortuitamente de la interseccion de dos círculos de cimbra llena así es que se la encuentra en todas partes. Los arquitectos no han hecho después más que desprenderla de los dibujos en donde figuraba.

neadas, sobre las que se levanta el resto del edificio.

“En toda construcción la base es por lo regular fuerte: el monumento disminuye su masa conforme va invadiendo el cielo. El palacio ducal es precisamente lo contrario de esa arquitectura natural: la base está horadada por ligeros pórticos, coronados por una galería de arabescos dentados, con cuatro hojas caladas, que sostiene una masa cuadrada, desnuda casi, como una fortaleza construida sobre columnas, ó mejor todavía, un edificio cabeza abajo, sostenido sobre su ligera cima y cuya gruesa raíz estuviera en el aire.

“Los mascarones y cabezas arquitectónicas son notables en los monumentos de Venecia. En el palacio Pésaro, el cornisamento del primer piso, de orden dórico, está adornado con cabezas de gigantes: el orden jónico del piso segundo está rodeado de cabezas de caballeros, que salen horizontalmente de la pared, con la cabeza mirando al agua: unas tienen barberol, otras la visera medio calada, y todas tienen cascos, cuyos penachos se encorban formando adornos bajo la cornisa. Por último, en el tercer piso, de orden corintio, se ven cabezas de estatuas femeninas, con los cabellos diferentemente peinados.

“En San Márcos, erizado de cúpulas, incrustado de mosaicos, cargado de despojos incoherentes del Oriente, me hallaba á la vez, en San Vital de Rávena, en Santa Sofía de Constantinopla, en San Salvador de Jerusalem y esas iglesias menores de la Morea, de Chio y de Malta. San Márcos, monumento de arquitectura bizan-

tina, compuesto de victoria y de conquista, erigido á la cruz, como Venecia entera, es un trofeo. El efecto más notable de su arquitectura es su oscuridad bajo un cielo brillante. (1)”

Después de las iglesias lo único que deseaba conocer en Venecia, era el Palacio ducal: y una mañana, acompañado de un Padre franciscano, fui á hacer mi deseada visita.

“Hay en este palacio, esquinas que son obras maestras de ornamentación; escaleras que parecen sueños de la fantasía; pero pécticas ideales; verdaderos tesoros de pintura y de escultura; un asombroso lujo de mármoles y borona; y sobre todo esto un aire de Edad Media, un perfume histórico, una grandeza monumental que llenan el alma de veneración y respeto.

“En medio del *Patio interior* (que es por sí solo una maravilla, y bastaría para atraer á los viajeros á Venecia) ví dos elegantes *Cisternas de bronce*, que son las mismas que veía Silvio Pellico desde la reja de su prisión.—Ahora, como entonces, acuden á ellas algunas hijas de la ciudad, con su clásica ánfora en la cabeza, en busca del agua del cielo.—¡Y esto es lo único que resta de los antiguos destinos del Palacio de la Señoría! —En aquel Palacio se redactaban ántes las leyes, se administraba justicia, se gobernaba el Estado. Allí estaban las prisiones y los suplicios: allí vivía el Dux; allí celebraba sus sesiones el Gran Consejo; allí ara este

(1) Memorias de Ultra tumba.

vigilado por el *Consejo de los Diez*; allí reinaba sobre el *Consejo de los Diez* la Inquisición de los Tres (*I Capì*)...

—Hoy no busca allí el veneciano sino el agua llovediza.—El Palacio está deshabitado.

Pero no: que en él moran todavía, siquier inmóviles y mudos, todos los Legisladores y Guerreros de *Venecia*, pintados en las paredes ó representados en estatuas.—Los conquistadores han hecho bien de dejarlos allí solos. Así podrá decirse todavía que *Venecia* no ha muerto: que *Venecia* vive en el *Palacio de los Dux*.

“En el *Patio interior*, y en frente de las puerta de entrada, empieza la famosa *Escalera de los Gigantes*, llamada así á causa de dos *Estatuas colosales* que representan á *Marte* y á *Neptuno*, deidades protectoras de la ciudad anfibia.

“Esta *Escalera* es sumamente bella, tanto por la riqueza de los mármoles que le revisten, como por la delicadeza y primor con que están labrados.

“En su ancha *meseta* se verificaba la coronación de los *Dux*, y aún se dice que en ella fué decapitado *Marino Faliero*..... Pero esta última parte de la tradición es á todas luces inexacta, dado que la *Escalera de los Gigantes* no fué empezada hasta diez años después de la ejecución del anciano esposo de *Angiolina*.

“La *Escalera de Oro*, adornada de riquísimos dorados, notables frescos y bellas esculturas, conduce á un gracioso vestíbulo.

“Luégo se penetra en la vastísima *Sala del Gran Consejo*, verdadero *Capitolio* de la República veneciana,

cuyos techos y paredes están revestidos de famosas pinturas, debidas á Pablo el Veronés, Tintoretto, Bassano, Palma el Joven y otros célebres artistas.

“Los cuadros de las paredes representan los fastos de la República,—las alianzas del *Dux* y de los Cruzados; las dos Conquistas de Constantinopla; la coronación de los *Dux* más eminentes; la vuelta de guerreros vencedores; la batalla de Lepanto; los tratados con los Pontífices y con los Césares de Alemania; las guerras con los vecinos de la altiva señoría, con los *Este* de Ferrara, con los *Visconti* de Milan, con los *Scala* de Verona; una victoria (no he podido recordar cual) obtenida sobre un rey de Aragon; los triunfos del infortunado *Carmagnola*, cuya prision ví más adelante; la presentación de los Emisarios venecianos en el campamento sitiador de Pavia, y otros muchos episodios históricos que acreditan lo muy temido y respetado que fué en toda Europa el *Leon alado de San Marcos*.

“Entre estos lienzos hay uno que pasó por el mayor tamaño que existe sobre la tierra.—Su altura es de treinta piés y su anchura de setenta y cuatro.—Representa la *Gloria del Paraíso*, y está firmado por *Tintoretto*, quien, como émulo que era de Miguel Angel, se propuso indudablemente con este cuadro crearle un rival, ó cuando menos un hermano, al famoso *Juicio Final* de la Capilla Sixtina.

“La *Gloria del Paraíso* carece de unidad, de conjunto, de expresión armónica. Es una aglomeración de mil figuras, una amalgama de episodios, una

multitud de cuadros análogos reunidos en un solo lienzo.—En cuanto al color, está completamente perdido. Sin embargo, esta obra es digna de admiración y respeto por la fuerza de inventiva que revela y por el correcto dibujo de casi todas sus partes.

“En el Friso de la sala se ven los retratos de *Setenta y seis Dux de Venecia*.....

“Mas no de setenta y seis; que en el lugar donde debía hallarse el de *Marino Faliero* hay un cuadro negro con estas lúgubres palabras: “*Hic est locus Marini Falieri, decapitati pro criminibus.*”—Unico monumento que recuerda en el *Palacio Ducal* al que puso su primera piedra.

“El Techo de la *Sala del Gran Consejo* no desmerece de los muros.—En él se vé primeramente una de las obras capitales de la pintura veneciana: *Venecia en medio de las nubes coronada por la Gloria*, de Pablo el Veronés.—En otro lado está *Venecia coronada por la Victoria*, de Palma el jóven.—El resto del techo representa á *Venecia rodeada de las divinidades del Olimpo*, y es obra de Tintoretto.

“En aquella especie de competencia, triunfa Pablo el Veronés.

“Después de la *Sala del Gran Consejo*, viene la del *Escrutinio*, en que eran votados los *Dux*.

“Allí son tan notables los ricos dorados y artísticos adornos de las paredes como los cuadros que las adornan.—En el fondo de esta sala se eleva, sirviendo de puerta, un *Arco de triunfo*, erigido por el Senado en

honor de Fray Morosino.

“Luego se entra en la *Biblioteca de San Marcos*, compuesta de ciento veinte mil volúmenes y diez mil manuscritos: de ella se pasa á la *Camera Degli Scarlatti*, en que se guardaban las togas rojas de los consejeros; en seguida se penetra en la *Sala dello Scudo*, donde se colocaban las armas ó blasones del Dux reinante, y al fin se llega á la *Sala della Bussola*, antecámara del Consejo de los Diez, donde ántes había una *Cabeza de leon*, en cuya boca depositaba la cobardía de las delaciones anónimas contra los enemigos del Gobierno.”

En la Biblioteca, ví los retratos de Cóncina y de Sarpí; el primero revela la austeridad de costumbres, de religioso dominico, y el segundo el gran talento del filósofo y teólogo de los venecianos; talento que desgració la soberbia.

Después de la Biblioteca, visité la sala dei Capi, de los tres inquisidores, que reinaban sobre el Consejo de los Diez; y en seguida las prisiones de los Pozos, porque ya las de los Plomos no existen. Pasé, suspirando, por el puente de los suspiros, que es un doble pasadizo cerrado, suspendido á una grande altura sobre el Canal de la *Paglia*, y que pone en comunicación al *Palacio Ducal* con el *Palacio de las Prisiones*.

“De las dos galerías que comprende el *Puente de los Suspiros*, la una daba entrada en la cárcel á los *presos ordinarios*. Por la otra comparecian ante los Inquisidores los *prisioneros de Estado*.

“Cada una de aquellas galerías cubiertas, tiene dos

ventanas con reja de hierro y celosía de piedra, por las cuales los reos que iban del Tribunal al suplicio, ó venían de la prision al Tribunal, veían un instante la laguna, las góndolas, la ciudad, el cielo.....

“El *Palacio de las Prisiones*, construido á fines del siglo XVI, es una cárcel como cualquiera otra, notable solamente por su artística fachada.” (1) Bájase á esta carcel por una escalera estrecha y pendiente, siguen despues unos pasadizos angostos y sin luz, y á uno y otro lado, los calabozos que son unos cuartos pequeños que tienen todavía los tablones que servían de cama á los encarcelados: uno de estos cuartos tiene una pequeña ventana, con gruesas verjas de fierro, y en frente, por fuera, está un pequeño nicho donde era colocado un crucifijo: á este cuarto eran llevados los reos para que se dispusieran uno ó dos dias ántes de ser ejecutados. Despues de los calabozos, en un pasadizo, está el lugar del suplicio: sobre una piedra un poco elevada de la superficie del suelo, los verdugos colocaban el cuello de sus víctimas, y les daban el golpe fatal, y en seguida arrojaban los cadáveres al fondo de las aguas.

(1) De Madrid á Nápoles.

CAPITULO XIV.

De Venecia á Marsella.—Marsella, sus calles, iglesias y paseos.—De nuevo al mar.—Un rato de nostalgia en el Mediterráneo.—Desahogo amoroso.—Llegada á Alejandría.—Asalto de los barqueros.—Los ingleses en el bombardeo de Alejandría.—Reedificación de la ciudad.—Los griegos cismáticos.—Los católicos.—Sus templos.—Sus escuelas.

* * *

Los vapores que salían para Alejandría, cuando estuve en Venecia, tenían cuarentena al tocar en aquella ciudad, y por esto me fué indispensable ir hasta Marsella, á donde llegué el 5 de Noviembre por la noche, despues de haber pasado por Milan y San Pedro de Arena: de este punto á Vintimilia es hermosísimo el camino, que se extiende á orillas del Mediterráneo, por un lado, y al lado contrario, se van encontrando á cada paso, multitud de pueblecitos, ó ciudades pintorescas, sentadas de la falda hasta á la cima de los montes, ó bien desfilando con gracia, unas en pos de otras, á lo largo de los valles.

Pasamos Vintimilia y salimos de Italia.—Ved ahora lo que pude conocer acerca del estado religioso de Italia; y que se habrá adivinado por lo dicho hasta aquí: la impiedad hace horribles progresos; el catolicismo

ventanas con reja de hierro y celosía de piedra, por las cuales los reos que iban del Tribunal al suplicio, ó venían de la prision al Tribunal, veían un instante la laguna, las góndolas, la ciudad, el cielo.....

“El *Palacio de las Prisiones*, construido á fines del siglo XVI, es una cárcel como cualquiera otra, notable solamente por su artística fachada.” (1) Bájase á esta carcel por una escalera estrecha y pendiente, siguen despues unos pasadizos angostos y sin luz, y á uno y otro lado, los calabozos que son unos cuartos pequeños que tienen todavía los tablonés que servían de cama á los encarcelados: uno de estos cuartos tiene una pequeña ventana, con gruesas verjas de fierro, y en frente, por fuera, está un pequeño nicho donde era colocado un crucifijo: á este cuarto eran llevados los reos para que se dispusieran uno ó dos días ántes de ser ejecutados. Despues de los calabozos, en un pasadizo, está el lugar del suplicio: sobre una piedra un poco elevada de la superficie del suelo, los verdugos colocaban el cuello de sus víctimas, y les daban el golpe fatal, y en seguida arrojaban los cadáveres al fondo de las aguas.

(1) De Madrid á Nápoles.

CAPITULO XIV.

De Venecia á Marsella.—Marsella, sus calles, iglesias y paseos.—De nuevo al mar.—Un rato de nostalgia en el Mediterráneo.—Desahogo amoroso.—Llegada á Alejandría.—Asalto de los barqueros.—Los ingleses en el bombardeo de Alejandría.—Reedificación de la ciudad.—Los griegos cismáticos.—Los católicos.—Sus templos.—Sus escuelas.

* * *

Los vapores que salían para Alejandría, cuando estuve en Venecia, tenían cuarentena al tocar en aquella ciudad, y por esto me fué indispensable ir hasta Marsella, á donde llegué el 5 de Noviembre por la noche, despues de haber pasado por Milan y San Pedro de Arena: de este punto á Vintimilia es hermosísimo el camino, que se extiende á orillas del Mediterráneo, por un lado, y al lado contrario, se van encontrando á cada paso, multitud de pueblecitos, ó ciudades pintorescas, sentadas de la falda hasta á la cima de los montes, ó bien desfilando con gracia, unas en pos de otras, á lo largo de los valles.

Pasamos Vintimilia y salimos de Italia.—Ved ahora lo que pude conocer acerca del estado religioso de Italia; y que se habrá adivinado por lo dicho hasta aquí: la impiedad hace horribles progresos; el catolicismo

está de duelo: su Gefe privado del dominio temporal, y prisionero en el Vaticano: los católicos en lo general, muy mundanos; olvidados de la santidad que de ellos exige la religion que profesan; en un decaimiento, en un abandono que desconsuela y affige al corazon. Hoy que debian ser más fervorosos y constantes en el bien obrar; yacen en triste indiferencia y criminal olvido de sus deberes. Y ¿podrémos decir: Sicut populus sic sacerdotes? Lo que diré solamente, porque es demasiado notorio, que aún en estos tiempos, no han faltado funestos escándalos por parte de algunos desgraciados eclesiásticos, que han llegado hasta separarse de la iglesia. Pero si todo esto nos affige y contrista, como es debido, tambien confirma nuestra fe á favor de la verdad y es para nosotros un argumento de la religion que profesamos. ¿Queréis ese argumento en sola una frase?—En manos de los hombres está la religion y no perece: esas manos en vez de sostenerla trabajan por destruirla y no lo consiguen; tiene por lo mismo, una fuerza divina, en todo superior á los esfuerzos de los hombres y á las puertas del infierno que tan ruda y tenazmente la vienen combatiendo, hace ya 19 siglos. Hé aquí lo que se debe sacar de las miserias y debilidades de los hombres, y de esta manera todo coopera al bien de los que aman al Señor.

De Vintimilia á Marsella tambien es divertido y agradable el camino; aunque no tanto como el anterior.

*
**

En Marsella nos alojamos en el Hotel Cannebière, que es regular y no muy caro. Al dia siguiente recorrimos las calles principales de la ciudad: las únicas que llaman la atencion, son la de la Republica y la de Cannebière: y el Boulevard de la Magdalena: son anchas, rectas y con buenos edificios: muy concurridas y animadas: pasean por ellas continuamente, las Marsellesas, vestidas al estilo de las de Paris; y con toda la libertad y soltura que estas tienen.

Respecto de iglesias, tiene pocas Marsella, relativamente á su poblacion: las que vimos nos parecieron buenas.

San Vicente es un templo nuevo, espacioso y al gusto moderno: su fachada de mármol, es muy hermosa, y está exquisitamente labrada. La catedral aún no está concluida; pero sin duda cuando lo esté, será un templo magnífico y suntuoso.

*
**

Hay en Marsella algunos paseos públicos; yo sólo vi el llamado, Castillo del agua: está más elevado que el resto de la ciudad; tiene una pequeña cascada artificial y una hermosa fuente: el terreno es muy feraz y

regularmente cultivado. Hay en este paseo multitud de aves y de otros animales, ya mansos, ya feroces.

Vimos uná águila muy grande; un leon, un oso, tigres y hienas. Una girafa, de larguísimo pescuezo, ojos muy hermosos y cuerpo muy corto; se paseaba con majestad y gallardía, paso acompasado y grave: el pescuezo del animal, á lo que nos pareció, tendria dos metros de largo. Más adelante estaban unos borregos, bastante grandes, morados, tenían las astas rectas, delgadas y puntiagudas; poco menos de vara: otros, á más de estas, tienen cuernos bien retorcidos de uno y otro lado de la cabeza.

Como la tarde que fuimos al Castillo del agua, estaba lluviosa, no pudimos recorrerlo en toda su extension y nos contentamos con lo que habiamos visto.

Entre tanto habia llegado el 11 de Noviembre, y á mediodía, salimos de Marsella en el vapor Moeris, con rumbo á Alejandria, á donde llegamos el 16 del mismo mes. La navegacion fué muy feliz: el Mediterráneo estaba tranquilo, era un mar de aceite. Sólo una vez mi compañero Avelar, atemorizado con la oscuridad de la noche, el crujir de la madera del buque, el ruido

que formaba al romper las aguas, y algun ligero viento que venia de Levante, creyó que amenazaba tempestad; pero luégo conoció que aquello no era otra cosa, sino la nostalgia que habia cernido sobre él, sus alas, pesadas, como de plomo; funestas y sombrías como noche de horrible y deshecha tempestad. ¡Ah, la nostalgia! penosa enfermedad que derrama en el alma una melancolía desesperante. Nos acordamos de la patria; los amigos, la familia, y los más dulces y amados afectos que ligan nuestro corazon, se nos ponen delante con vivísimo recuerdo y nos hacen exclamar: Mil veces dichosos los que nunca abandonan su patria, ni han dejado á los suyos; pero nosotros ¡ay dolor! que tan léjos nos hallamos del hermoso suelo que nos vió nacer, atravesando un líquido desierto, en medio del Océano, conducidos en frágil vapor: nosotros, no somos dichosos, ántes bien, desgraciados: ¡qué suerte, ó qué fatal destino nos arrastra ciegamente sobre las aguas de los mares? Y la tristeza envolvía nuestras almas en su negro manto: siguiáse á esto sepulcral silencio, interrumpido á veces por un profundo suspiro.—Si teneis la desgracia de viajar fuera de la patria, Dios os libre de la nostalgia.—Lo único que aliviaba la fatal dolencia, que sufríamos, era el pensamiento de nuestro amado Señor y de la dulce y cariñosa Madre de los hombres. Vamos á la Patria de Cristo y María; verémos los lugares de la Tierra Santa que el Hijo y la Madre de Dios consagraron con su santísima presencia: allí les mostraremos todo nuestro amor; lloraremos

nuestros pecados; allí, á todas partes nos irá siguiendo y se presentará vivísimo, á nuestra alma, el santo recuerdo de la redención del mundo. ¡Cuán dulce será para nosotros, el llorar donde Jesús derramó por salvarnos, sus lágrimas y sangre y recorrer aquellos sitios, y subir aquellos montes por donde tantas anduvo el Señor! En todas partes, creémos oír su santa voz y ver su rostro divino y recibir su bendición..... y estaremos pendientes de sus labios; y el corazón palpitará, inundado en la dulzura del amor de Dios. Y pensaremos también en nuestra tierna Madre..... Aquí lloró, diremos, la inocente María, la muerte de su Hijo; aquí rogó por nosotros y nos recibió por hijos; y nuestra alma será bien pequeña para contener las grandes avenidas que la aneguen, avenidas de compasión, de amor, de inmensa gratitud; y tales sentimientos como un río que sale de madre, cual torrente que todo lo inunda, se derramarán en lágrimas y en tiernos suspiros, en profundos sollozos y fléviles acentos de dolor: amarémos, daremos gracias, quedaremos cautivos en las cadenas de Jesús y María. Pero ya que hemos aliviado la pena que sufrimos, sigamos nuestra historia.

Era el 16 de Noviembre, y nuestro vapor se detuvo frente, á Alejandría; habíamos llegado, cuando hé aquí que unatumba furiosa de barqueros egipcios, asaltó el vapor, subiendo por todas partes con una prontitud y ligereza que nos sorprendió; y estas son batallas: se apoderan de los pasajeros, y á fuerza de gritos y empellones, quieren llevarlos á sus barcas: se convienen en precio,

y cuando ya los llevan consigo, exigen otro mayor, con nuevos gritos, y de una manera del todo salvaje: afortunadamente dura muy poco la travesía, y llegando al muelle, se desprende uno de semejante canalla. Ya en tierra, tomamos un carruaje que nos condujo al convento de Santa Catarina, de los Padres franciscanos, donde recibimos fraternal acogida.

Ahora os diré algo de Alejandría. Esta ciudad famosa en otro tiempo, ha sido arruinada muchas veces y restaurada en seguida. La última de sus desgracias ocurrió el año de 1882, en que fué bombardeada por los ingleses; los cuales no apagaron sus fuegos, sino después de tres días en que ya nadie los resistía; y todavía tardaron en saltar á tierra: entre tanto, los árabes se dieron al pillage y al incendio, hasta que la tropa que estaba en buques que no eran ingleses, indignados al ver lo que pasaba en la ciudad, desembarcó y trató de restablecer el orden y castigar á los criminales. La Inglaterra, dicen aquí, nunca podrá lavarse de la mancha que se ha echado en el bombardeo de esta ciudad.—Hoy Alejandría está reedificándose; y tiene ya bastantes edificios al estilo europeo: algunas de sus ca-

lles son anchas y rectas; pero muchas otras no lo son; y en cuanto á los barrios ó cuarteles de los turcos, son muy sucios; asco da pasar por ellos.—Los turcos, siempre desaceados y de aspecto repugnante. Las mujeres turcas tambien, andan con vestidos ridiculos: la cara á medio cubrir, y todas ellas feas y asquerosas.

Á más de los turcos hay en Alejandría, muchos griegos, armenios, coptos, y europeos. En cuanto á los últimos muchos vienen por el comercio, otros por vivir á lo musulman, y los demas son el desecho de Europa.—Con tales elementos, no es difícil calcular, cuál será con el tiempo el progreso de esta ciudad.

Respecto del catolicismo, desgraciadamente, hoy por hoy, no se advierte adelanto que sorprenda; pocas son las conversiones de protestantes; ménos aun las de los cismáticos: una, de estos últimos tuvo lugar en años pasados; hé aquí como se verificó: Habia una familia de griegos que tenia á su servicio una jóven católica, de buenas costumbres, y que con su laboriosidad y sencillez se habia grangeado la confianza y el amor de sus amos. Cierta dia róbales á estos, una prenda de valor; comenzaron luego las in-

dagaciones, pero todo fué inútil: de todos se sospechaba; ménos de aquélla sirvienta; y sin embargo, ella habia sido la criminal, los remordimientos no se hicieron esperar por mucho tiempo, obligándola á que fuese á confesarse.—el confesor le intimó la obligacion de restituir; y él mismo llevó á sus dueños la prenda que se habia extraviado: pasados algunos dias, aquella jóven confesó por sí misma á sus amos toda su culpa, y les refirió lo siguiente: “Fuí á confesarme con un padre católico y no quiso absolverme si no restituia lo que habia robado; pasé despues con uno cismático, y me dijo que me perdonaria si le daba la mitad de la prenda, y la otra podia retenerla: esto me indignó; fuí entónces con otro padre católico quien á su vez me obligó á restituir; pero como yo no podia hacerlo por mí misma, él se encargó del negocio, como ustedes lo han visto.” Aquella familia vió de qué manera los griegos administran los sacramentos, y conoció la superioridad de los latinos, que así llaman en Oriente á los católicos, y esto le bastó para convertirse.—Y ya que hablamos de los griegos cismáticos, bueno será saber que estos venden los sacramentos; para confesarse con el patriarca, por ejemplo, se necesita pagarle dos ó tres mil francos; con los otros padres, más ó ménos, segun convenio entre confesor y penitente. Y respecto de restituciones, las exigen para su propio provecho.

Los católicos de Alejandría, son poco más ó ménos unos 40,000; pero no tienen actualmente sino un templo, el de Santa Catarina; y una capilla, la del Hospital:

en construcción hay otras iglesias que tal vez pronto quedarán concluidas. La de Santa Catarina es espaciosa y muy bella; de estilo moderno; los altares son de mármol. Entre las pinturas que tiene, una de las mejores, es la de Santa Patrona que está, en el coro, y fué regalada por el Emperador de Austria. Respecto de eclesiásticos, hay franciscanos, jesuitas y lazaristas.

Las escuelas católicas que hay en Alejandría, son las siguientes: la de los niños europeos, y fué dirigida por los franciscanos de Tierra Santa; la de los niños árabes, dirigida por los mismos padres, originarios de aquellos puntos; la de los terciarios franciscanos; el Establecimiento de las hermanas de la caridad; el Orfanatorio dirigido por las mismas hermanas; el de los niños expósitos; la escuela de las Damas de la Madre de Dios; ídem de San Carlos Borromeo.—Colegio de Tierra Santa: dirigido por los hermanos de las Escuelas cristianas; y finalmente, el de los padres jesuitas.

CAPITULO XV.

Salida para Jafa.—Impresiones.—El camino á Ramle.—De Ramle á Jerusalem.—El Santo Sepulcro.—Impresiones.—Capillas del templo del Santo Sepulcro.

* *

El diez y nueve de Noviembre salimos de Alejandría poco ántes de las doce del día, y al siguiente descansamos en Puerto Saíd, por espacio de ocho horas, y en seguida continuamos nuestro viaje para Jafa, en cuyo puerto saltamos á tierra el 21 por la mañana: en Jafa se presenta una escena parecida á la de Alejandría, con los barqueros; que aturden con sus gritos y fastidian con sus instancias por llevarse á los pasajeros.

* *

Eran muy grandes las impresiones de nuestro corazón al acercarnos á la tierra santa. “¡Ver la tierra de los prodigios, la patria de los cristianos.....! Esa tierra que es la levadura por decirlo así de nuestro sér,

en construcción hay otras iglesias que tal vez pronto quedarán concluidas. La de Santa Catarina es espaciosa y muy bella; de estilo moderno; los altares son de mármol. Entre las pinturas que tiene, una de las mejores, es la de Santa Patrona que está, en el coro, y fué regalada por el Emperador de Austria. Respecto de eclesiásticos, hay franciscanos, jesuitas y lazaristas.

Las escuelas católicas que hay en Alejandría, son las siguientes: la de los niños europeos, y fué dirigida por los franciscanos de Tierra Santa; la de los niños árabes, dirigida por los mismos padres, originarios de aquellos puntos; la de los terciarios franciscanos; el Establecimiento de las hermanas de la caridad; el Orfanatorio dirigido por las mismas hermanas; el de los niños expósitos; la escuela de las Damas de la Madre de Dios; ídem de San Carlos Borromeo.—Colegio de Tierra Santa: dirigido por los hermanos de las Escuelas cristianas; y finalmente, el de los padres jesuitas.

CAPITULO XV.

Salida para Jafa.—Impresiones.—El camino á Ramle.—De Ramle á Jerusalem.—El Santo Sepulcro.—Impresiones.—Capillas del templo del Santo Sepulcro.

* *

El diez y nueve de Noviembre salimos de Alejandría poco ántes de las doce del día, y al siguiente descansamos en Puerto Saíd, por espacio de ocho horas, y en seguida continuamos nuestro viaje para Jafa, en cuyo puerto saltamos á tierra el 21 por la mañana: en Jafa se presenta una escena parecida á la de Alejandría, con los barqueros; que aturden con sus gritos y fastidian con sus instancias por llevarse á los pasajeros.

* *

Eran muy grandes las impresiones de nuestro corazón al acercarnos á la tierra santa. “¡Ver la tierra de los prodigios, la patria de los cristianos.....! Esa tierra que es la levadura por decirlo así de nuestro sér,

que es el *humus* con que el Criador formó el cuerpo del hombre, la madre venerable que engendró á la humanidad! ¡Caminar sobre el suelo que pisaron los Patriarcas, bajo el cielo que ha cubierto á los Profetas, en los espacios que han atravesado los Angeles! ¡Respirar en los sitios donde respiraron las vírgenes de Sion, las doncellas de Judá, la Virgen Madre, Reina la más pura y más hermosa de esas cándidas beldades que eran frescas como las rosas de Saron, que sobresalian por su gracia como lirios de los valles, que exhalaban aromas del Líbano á su paso, y que destilaban miel de panal de entre sus labios encarnados! ¡Vivir donde ha vivido Jesucristo, donde enseñaba ese Sabio, el más sabio de los sabios, donde lloraba ese Justo, el más justo de los justos, por donde pasaba ese Bienhechor, derramando cual ninguno tesoros de gracias y bondades! ¡Estar en los lugares donde nacieron los Apóstoles, donde sobre ellos, en lenguas de fuego, bajó el Espíritu de Dios, donde los mártires templaron con valor sus corazones, donde hallaron la puerta de los cielos las almas de los santos.....!

“Esa region tiene su suelo mojado con sangre y con lágrimas divinas, está surcado con huellas que las generaciones buscan como guías, guarda en sus entrañas huesos adorados y reliquias bendecidas. El cielo que la cubre está lleno de oraciones, de plegarias y suspiros; los espíritus celestes hacen de ella su morada, y vuelan en ese cielo las almas escogidas, como palomas cándidas y hermosas. Hay allí un sepulcro vacío que

es un altar, lo guardan entre nubes de incienso y cirios encendidos, hombres arrodillados de todas las razas; hace diez y nueve siglos que en él durmió el Salvador del mundo el sueño de la muerte, para levantarse al tercer dia dando al linaje humano la inmortalidad.

“Allí se regeneró el hombre en su alta preeminencia; allí encontró su corona perdida en el Paraíso; allí, en la época más triste de la vida, la humanidad desesperada, vió de repente aparecer la Civilización, de pié sobre el horizonte inmenso del destino, con el brillo del amor sobre sus ojos, con la antorcha de la ciencia en una mano, con la oliva de la paz en la otra, y desplegando en medio de resplandores de gloria indefinidos, sus dos alas: la Fe y la Caridad.

“¡Dichosa tierra que ha producido el árbol de la vida, que ha alimentado los cedros con que se decoran los templos y las aras, que ha dado el *Nabka* del que se tejen coronas de espinas que se convierten en coronas de diamantes, que tiene los bosques de palmas y laureles con que la virtud premia á sus héroes inmortales, que hace que los cardos espinosos que el hombre tiene que pisar en este valle de dolores, se cubran de flores y perfumes, que le alivian y le animan en su marcha por el mundo! ¡Dichosa tierra que ha producido la madera de que se han labrado las estatuas más sagradas, de que se han hecho las tribunas donde ha arengado á los pueblos la Verdad, la que ha servido para tallar las li-ras más sonoras, la de que se ha tomado para formar los pinceles renombrados; tierra que dió las piedras

para las primeras tablas de la ley, y que cuajó en su seno el oro del caduceo y de la corona de la Paz...!" (1)

Habiendo llegado á Jafa, nos dirigimos al hospicio de los franciscanos que se halla á orillas del mar. Estos buenos religiosos nos recibieron con agrado y cortesía; y nos consiguieron un guallin en que salimos la tarde de ese mismo dia, para Jerusalem. Nos acompañó en el viaje, el padre mexicano Fray José Gonzalez Valdivia, religioso de fina educacion, y que se propuso tratar á sus paisanos con mil atenciones y un cariño, en verdad fraternal. Por fortuna no ha perdido su caracter de mexicano, á pesar de vivir hace ya algunos años, entre aquellas gentes de una educacion cuando la llegan á tener, y de maneras, muy diversas de las nuestras.

Casi al salir de Jafa, de uno y otro lado del camino que está cercado con nopales, empezaron las huertas de naranjos y limoneros; grandes higueras silvestres y algunas palmas; todo lo cual lo hacen muy agradable. Sigue despues una inmensa llanura por medio de la cual seguimos caminando. Despues de algun tiempo, se descubren á lo léjos las montañas de Judea unidas por la parte del Norte con los de Samaria. Á la derecha están los campos donde Sansón quemó las mieses y viñas de los Filisteos; á la izquierda se hallan la llanura de Saron que se va dilatando desde Jafa hasta Cesarea maritima. Cerca de Cesarea se descubren los montes Antipátridas; y al Oriente de estos, se halla el

(1) Malanco, Viaje á Oriente.

monte Efrain.

Aun no eran las seis de la tarde cuando llegamos á Ramle ó Rama, donde nos recibieron muy bien los franciscanos que tienen un hospicio en ese punto.

La iglesia del hospicio, segun se asegura, fué antiguamente, casa de Nicodemus, y dicese que en ese pueblo nació José de Arimatea. Al dia siguiente, á las cinco de la mañana, continuamos nuestra marcha para Jerusalem, caminando todavia por los campos de Saron; y ántes de terminarlos, á la derecha se encuentra el sitio que fué segun se dice, patria del buen ladron. Sigue despues, á la izquierda, un lugar donde en otro tiempo, estuvo una iglesia dedicada á los siete mártires macabeos.

Despues de un rato, comenzamos á subir las montañas de Judea. Á poco andar, se descubre un pueblo llamado Abugocis, donde un malvado cogia presos á los franciscanos que por allí pasaban, y les amenazaba con meterlos en un horno encendido, si no le daban dinero. Se ven asimismo, las ruinas de un convento de franciscanos que fueron martirizados, hace mucho tiempo, por los bárbaros. Continúa despues el camino por

el fondo de una estrecha y prolongada cañada, que á pesar de su misma aridez, no deja de ser hermosa. Acaso los pensamientos y afectos que llevábamos, nos harían agradable aquel trayecto. Avanzamos, é íbamos descubriendo, ya un monte elevado, donde estaba la fortaleza de los macabeos, ya las ruinas, más bien, sólo el sitio de Beteron inferior y superior; y el de Cariatirin, ya los restos de un templo dedicado al Profeta Jeremias, ya el valle del Terebinto, donde David mató á Goliat.

Llegó entre tanto, la hora de comer, y lo hicimos en una aldea llamada la Colonia, tomando lo que llevábamos de Ramle, pues en el camino casi nada se encuentra. Continuamos despues nuestro viaje subiendo y bajando las cumbres de los montes, hasta llegar, á las tres de la tarde, á la Santa Ciudad.

Nuestro corazon rebotaba de contento, y los suspiros de amor á Jesus y á Nuestra Dulce Madre, se escapaban del pecho, aun sin pensarlo nosotros. Entramos por la puerta de Jafa, atravesamos Jerusalem, la nueva, que nada ofrece de importante, y fuimos conducidos á la Casa nueva donde los franciscanos hospedan á los peregrinos.

Esa misma tarde visitamos el sepulcro del Señor, que está en el presbiterio del suntuoso templo levantado por Santa Elena: La forma del templo, es el de una Cruz, tiene de largo, de Oriente á Occidente, 96 pasos; y de latitud 44. Es de tres naves, sostenidas sobre columnas de mármol: en la nave del centro se eleva la

cúpula, que es fierro. El sepulcro del Señor está cubierto con un gran tabernáculo de mármol; la primera mitad del tabernáculo, es una capillita dedicada á los santos ángeles, que anunciaron la resurreccion: la segunda, donde está el sepulcro y tiene de largo, por el interior; 2 metros 13, de ancho 1. 77. El espesor de la roca, por la entrada, es de 98 centímetros, poco ménos; á la derecha de la tumba está la piedra donde pusieron el cuerpo del Señor. Esta piedra, que tiene la forma de cama, está tallada en la roca; y tiene de alto 67 centímetros y de ancha 90. El sepulcro está revestido de mármol, y arden en él continuamente, multitud de lámparas. Conté 43. La entrada ve al Oriente.

*
*
*

Si os he dado una ligera idea del santísimo sepulcro, es necesario deciros lo que allí se siente. Entré en ese santísimo lugar, y mi corazon quedó penetrado de amor y gratitud, y de gran dolor de mis pecados. Hé aquí hasta donde llevó á Jesus el amor que me tiene, me decia á mí mismo. ¿Podia el Señor demostrarme su ternura, con pruebas más convincentes? Dió su vida por mí, y aquí lo condujeron despues de haber sufrido la muerte más cruel y afrentosa; y tres dias estuvo sepul-

tado en esta tumba. Paréceme que se halla aquí todavía: sin vida, amortajado y yerto; está cubierto de heridas; ¿tendré valor para ir las registrando una por una? Ah! todas ellas con muda elocuencia me están revelando, el inmenso amor de Jesus hácia mí..... y ¿quién soy yo? Y la memoria de mis grandes pecados venia á humillarme y confundirme. ¿Cómo, oh Señor, decía yo también, despues de tantos delitos que lloro en la amargura de mi corazón, me concedéis visitar vuestro santo sepulcro? Y ¿dejaré de amaros con todo mi cariño? Por mi salud, no perdonasteis, trabajos, ignominias y dolores; y, en fin, perdisteis vuestra inocente vida en un patíbulo; y yo ¿no me entregaré á serviros y amaros; á sufrir y padecer aun la misma muerte por vuestra causa? Aquí me teneis, amado Jesus; disponed de mí segun os agrade: no quiero sino amaros y serviros todos los dias, todos los momentos de mi vida.

Como podeis suponerlo, despues de la confusion y la amargura, se siente el alma llena de esperanza. ¡Oh, cómo no esperar el perdon de nuestros pecados, cuando vemos los excesos del amor de nuestro Dios! Estaba junto á nosotros en nuestra primera visita al sepulcro, una persona que lloraba con muchísima ternura; y tal persona hace años que mora en Jerusalem; y con todo, ni su devocion se hace una rutina, ni han dejado de llorar sus ojos. Tenia, pues, yo, á mi lado otro motivo más de confusion al ver mi poca ternura visitando por la vez primera lugar tan venerable.

En el templo del Santísimo Sepulcro, hallase también la piedra de la uncion, cubierta con mármol, y poco distante de la entrada principal. Sobre esa piedra fué ungido el cuerpo del Señor.

Encierra el mismo templo, el monte Calvario, al cual se sube por una escalera de diez y ocho gradas. La superficie del Calvario, es de cuarenta y seis piés cuadrados, compartida en dos capillas, separadas por tres arcos: en una están dos altares, el del acto de la crucifixion y el de Nuestra Señora de los Dolores. En la otra capilla está el sitio donde fué levantada la Santa Cruz. Los griegos cismáticos cuando no podian impedirlo los latinos, cabando en rededor, arrancaron un gran pedazo de la peña donde estaba el agujero en que estuvo la Santa Cruz: ese pedazo lo llevaban á Constantinopla; pero el buque en que iba, naufragó, y quedó la peña en el fondo del mar. Hoy en el Calvario, el lugar de la Santa Cruz, á que nos referimos, está cubierto con una lámina de plata, en cuyo centro hay una concavidad de más de un palmo de ancha; y tiene de profundo más de dos. Al lado izquierdo del lugar que ocupó la Santa Cruz, segun en ella estuvo el Señor, se ve la abertura del monte, por el temblor acaecido en la muerte de su Majestad.— Al costado izquierdo de la capilla

de la crucifixion, está, por la parte exterior del templo, el lugar que ocupó segun se cree, la Santísima Virgen, mientras clavaban al Señor.

Debajo del monte Calvario, está la capilla de Adan; pertenece á los griegos cismáticos. En esta capilla se ve tambien la abertura del monte. Aquí está enterrado Godofredo.

Hay en el mismo templo del Santo Sepulcro, las siguientes capillas: 1.ª la de los Improperios, que encierra un trozo de piedra donde se dice que estuvo sentado Nuestro adorable Señor, recibiendo los ultrajes y oyendo las blasfemias de los soldados, mientras su Majestad se hallaba cubierto con el manto de púrpura y teniendo en su mano santísima la caña que le dieron por cetro como á Rey de burlas.—2.ª La capilla de Santa Elena, cuya imagen se halla en el sitio en que la Santa hacia oracion, cuando buscaba la cruz del Salvador. De esta capilla descende una escalera que conduce al sitio donde fué hallada la Santa Cruz.—3.ª La capilla de la division de los vestidos, donde los soldados se repartieron los de Jesucristo, y echaron suertes sobre su túnica.—4.ª La de la cárcel, donde segun

la tradicion, se dió algun descanso al Señor, para que pudiera llegar á la cima del Calvario.—5.ª La capilla de la Magdalena, donde el Señor se le descubrió cuando ella preguntaba, al que creia hortelano, por el cuerpo que no habia hallado en el sepulcro.—6.ª La Capilla de la Aparicion, donde, se supone que el Señor apareció á su Madre Santísima despues de haber resucitado. En esta capilla hay tres altares, en el de en medio está el Santísimo; el de lado de la Epístola, contiene un pedazo de la columna donde fué azotado el Señor; y el del Evangelio, tenia ántes entre sus reliquias, un pedazo de la Santa Cruz, el cual se robaron los armenios cismáticos.

CAPITULO XVI.

El Huerto de Getsemani.—Sentimientos que inspira.—

El Sepulcro de Nuestra Señora y los de Santa Ana,

San Joaquin y Señor San José.—El Torrente Ce-

dron, el Valle de Josafat y la Fuente de Siloe.—

El Santo Cenáculo.—La Iglesia de Santiago el

Mayor.—La Casa de Cufás.—Casa de San

Joaquin.—La Probática Piscina.—La I-

glesia de la Flagelacion.

*
*
*

Al día siguiente de mi llegada á Jerusalem, fui á visitar el huerto de Getsemani y á celebrar en el mismo sitio donde el Señor oró á su Eterno Padre, y se entristeció y angustió hasta derramar su preciosa sangre por nosotros. Este sitio es una gruta llamada de la agonía. La forma de la gruta es casi circular; se han levantado unos pilares en el interior, para su mejor conservación; y tiene de circunferencia 54 piés: en ella hay tres pequeños altares; de bajo del principal ó mayor, están escritas estas palabras: Aquí su sudor fué como de gotas de sangre que corria hasta la tierra. Hay siempre en él, algunas lámparas encendidas. Esta cueva se halla á la raíz del monte de las olivas. En el huerto inmediato, se conservan ocho antiquísimos olivos, cuyo tronco á poca distancia de la tierra,

se divide en muchos brazos, que son los que se elevan y no á grande altura. Medí uno de los olivos y el tronco tiene de circunferencia 7 metros. Todos los brazos son renuevos de los olivos primitivos.

*
*
*

Desde que se entra en la santa gruta, siéntese el alma conmovida de dulce y amorosa compasion, de inefable ternura hácia el Hombre Dios, que nos reveló en ese sitio, cuánto nos amaba, y cuán grande y generoso tendría que ser el sacrificio que iba á consumir por nosotros. Yo apesar de mi frialdad, casi no podia contener mi llanto y sollozos. ¡Ah! ¡cómo recordar sin emocion profunda, la tristeza, y la mortal angustia de Nuestro amoroso y dulce Señor! ¡cómo no sumergirnos en las profundas olas de aquella inefable amargura, en que estaba anegado el dulcísimo Corazon de Jesucristo! Y al ver que nosotros, nuestros grandes delitos, criaron esas olas, y fueron la causa de los padecimientos del Señor, nos sentimos avergonzados y en alto grado confundidos. Yo meditaba en ese sitio, de qué manera mis culpas habian producido la terrible agonía de Jesucristo; y mis ingratitudes, y la resistencia á la divina gracia, eran un amargo torcedor que despedazaba

mis entrañas. Consideraba, asimismo, la inocencia del Dios Hombre, y su indecible horror al pecado; y veía á Jesus, cubierto con mis crímenes, y cómo quería satisfacer por ellos. La gratitud, entonces, hacia brotar de mis ojos lágrimas, dulcísimas y ardientes: ¿cómo no bendecirle y alabarle por su inmensa bondad para conmigo? Y al recordar su prolongada y terrible agonía, y aquellas humildísimas palabras que salieron de sus labios: Padre, si es posible aparta este cáliz de mi boca; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya, descubria con mayor claridad, cuán penoso había sido el martirio que mis pecados habían hecho sufrir al Hombre Dios; y si bien, esto me llenaba de pesar, la sangre de mi Redentor y su conformidad con la voluntad del Padre, me daban esperanza. Ah! El Señor de tal suerte me descubre el exceso de su caridad, decia yo en mi corazón, el Señor me da tantas pruebas de su amor, que yo espero con una confianza muy grande, que Su Majestad me perdone mis pecados, y me dé cuanto le pida. Así pasé algun tiempo en ese sitio feliz; ¿algun tiempo? aquello fué un instante; una ráfaga de la hermosa luz de los cielos que alumbró mi espíritu y cruzó por él, con la rapidez del relámpago que ilumina una noche tenebrosa.

Después del Getsemaní, visité el sepulcro de la San-

tísima Virgen, que dista muy poco de aquel sitio. Los griegos cismáticos tienen en su poder ese sepulcro: está muy adornado con mármoles y lámparas; y se halla en el fondo de una iglesia á la cual se baja por una escalera de 38 gradas. En este mismo lugar y ántes de bajar toda la escalera, se encuentran á uno y otro lado los sepulcros de Santa Ana, San Joaquin y Señor San José.—Allí le pedí á Nuestra buena Madre su santo amor; y bien hubiera deseado dejar mi corazón en aquel sepulcro que guardó por tres días su immaculado y santo cuerpo. Y si este sepulcro estuviera en poder de los latinos, sin duda alguna sentiríase al entrar, una paz más profunda y una alegría más arrebatadora y celestial; pero el cisma y la heregía, viven en una atmósfera que hiela el alma y la deja sin vida.

Como estos lugares están inmediatos al torrente Cedron y al valle de Josafat, pasé una y otra vez aquel torrente, que pasó Nuestro amoroso Jesus y recorrí una parte, bien pequeña por cierto, del valle. El torrente estaba seco, y tenia en su cauce muchísima piedra pequeña, suelta, caliza: en partes la cañada que va recorriendo, es muy estrecha y profunda; y en partes se extiende y ensancha. El punto por donde lo pasó el Señor, es muy difícil y escabroso. Á la izquierda del torrente está la villa de Siloe, habitada por Turcos; y á la derecha la fuente del mismo nombre, á donde mandó Jesus, al ciego de nacimiento para que se lavara: se baja á esta fuente por una larga escalera; y el agua sube en la mañana, después baja, y á la

tarde vuelve á subir.

En el valle de Josafat y á la falda del monte del Escándalo, hay un cementerio de judíos, y está la tumba del profeta Zecarías, la de Absalon, que no llegó á encerrar sus restos, y la casa de Santiago el menor.

No léjos de estos sitios, está el Cenáculo que visité con tristeza y dolor. Esta casa tan santa se halla en poder de los turcos; y no tiene la veneracion que me rece: está en alto; y la sala que ocupa el sitio de la cena, es grande; tiene bastante luz y seis bóvedas, tres de un lado y tres del otro, sostenidas por tres arcos. Besé aquel lugar para mí tan santo y querido; y le dí mil gracias á mi buen Jesus, por haber instituido el Santísimo Sacramento, y haberse quedado con nosotros en ese misterio de infinito amor. Allí en aquel sitio que besaban mis labios, se oyeron las más tiernas y abrasadas expresiones de la caridad de Dios hácia nosotros; allí se celebró la primera misa que hubo en el mundo, por el Sumo Sacerdote, Jesucristo; allí sus apóstoles fueron hechos sacerdotes; allí el Hijo de Dios se humilló hasta lavar los piés de sus discípulos; allí les dió á comer su santísimo cuerpo y á beber su preciosa sangre.—De allí

salió el traidor para vender á su Maestro. ¡Quién nos hubiera dado el asistir en aquella noche de la última cena á la consumacion de tantos misterios! y haber contemplado en el rostro divino del Hijo del Eterno, rostro encendido en el fuego de su amor; y las misteriosas sombras de tristeza que venian á proyectarse, al pensar en la suerte del ingrato Júdas; y quién, en fin, como el dichoso Juan, hubiera descansado en el suavísimo seno de Jesus, penetrando en los misterios de su caridad y olvidando todo lo del mundo por amarlo y servirle hasta donde sea posible con su santa gracia! Allí, en fin, descendió el Espíritu Santo y llenó á los apóstoles de sus dones celestiales.

Sali del Cenáculo para dirigirme á la iglesia de Santiago el mayor. Esta iglesia aunque antigua, es muy hermosa, y está ricamente adornada: las paredes están cubiertas de pinturas, algunas de las cuales me parecieron buenas. Los armenios, al convertirse al catolicismo, la recibieron del Rey de España como un regalo; pero despues de algun tiempo, volvieron al cisma y retuvieron la iglesia.—Tiene varias capillas: en una de ellas en que continuamente, arden algunas lámparas, se encuentra el si-

tio donde, por causa de Jesus, fué decapitado el hermano de San Juan Evangelista, el insigne patron de España, el apóstol Santiago.

De aquí pasé á visitar la casa de Caifás, convertida en iglesia, y tambien en poder de los armenios cismáticos. En esa casa se encuentra la pieza donde, en la noche, estuvo preso Nuestro Señor, despues del prendimiento; noche triste y dolorosa para los cristianos, y en la cual, el Dios Salvador, sufrió las burlas y sarcasmos de una vil canalla, con invencible y santísima paciencia. Esta pieza que está al lado izquierdo del presbiterio, es sumamente reducida, pues tiene de alta dos metros treinta y tres centímetros; de larga un metro, cuarenta; y de ancha ochenta y seis centímetros.

En el altar mayor de esta iglesia, está la piedra del sepulcro de Nuestro Señor, que quitó el ángel llamado de la resurreccion. Esta piedra tiene de largo dos metros, de ancha noventa y seis centímetros, y de espesor un metro diez y seis centímetros.

*
*
*

Estos lugares inspiran mucha tristeza y la más tierna compasion. Allí el Hijo de Dios fué escarnecido, maltratado, escupido por nuestro amor; y ¿quiénes somos nosotros para que Jesus se humillara á tal extremo por salvarnos? Y ciertamente que el Señor no ignoraba que los hombres habian de pagar sus trabajos y dolores, con la más negra y vergonzosa ingratitud. Al pensar tales cosas en aquel sagrado sitio, me sentí inclinado á llorar y á pedirle á mi dulce Salvador, el perdón de mis pecados; y el abismo de su amor hácia nosotros, se presentaba ante mis ojos cada vez, más dilatado y profundo. Y ¿cómo recordar sin conmoverse de ternura, amor semejante? y ¿dejaría de derramarse la tristeza en nuestro corazon, leyendo aquellas palabras del Evangelio: Escupieron, el rostro de Jesus, lo maltrataron, y le dieron bofetadas y le cubrieron el rostro con un lienzo, y le preguntaban: ¿dinos quién te dió? Estas afrentas nos llegan al alma; y la dulce mansedumbre del Señor nos deja como fuera de nosotros mismos. Si nosotros lo hubiéramos acompañado aquella

triste noche; participando en ella, de sus penas, ¡cuán felices hubiéramos sido! Pero cuando el Señor padece, semejantes á Pedro, olvidamos á su Majestad y acaso lo negamos con nuestras malas obras.

Después de la casa de Caifás, visité la de San Joaquín donde, según aquí se dice, nació Nuestra Señora; pero esto ni es seguro ni aun lo más probable. Esa casa tiene una pieza subterránea, y en ella un altar dedicado á Santa Ana: y es casi la única que se conserva. Sobre esta pieza se ha construido una iglesia que tiene anexo un monasterio de religiosos.

*
*
*

Casi en frente de esta casa, se encuentra la Probática Piscina donde Nuestro Señor curó al paralítico de 38 años. Esta Piscina es un cuadrilongo de 130 pasos de largo por 30 de ancho. No tiene agua ni

pórticos: está en el más lamentable abandono: es un público muladar. Tristeza causa el ver profanado aquel sitio que en otro tiempo visitó Jesucristo.

*
*
*

Siguiendo mi camino por la vía dolorosa, visité la iglesia de la Flagelación: se entra, por una puerta muy baja, sigue un extenso patio, en ella, en cuyas paredes están escritas las palabras del Evangelio sobre la flagelación de Jesucristo; después sigue un pasillo que comunica con la iglesia: esta tiene cinco altares: el de en medio se señala como el lugar donde Nuestro Adorable Salvador, fué azotado por nosotros: aquí también tuve la dicha de celebrar el santo sacrificio de la misa, y de pedirle á su Majestad el perdón de mis pecados.

Yo contemplaba la invencible paciencia, de Jesucristo en aquel afrentoso y horrible tormento; y el sonrojo y vergüenza que sufrió al verse desnudo y sufriendo sobre sus espaldas, todo el peso de nuestros delitos. Allí siéntense vivísimos deseos de participar de las penas del Señor, y uno quisiera sentir la afrenta, que no su Majestad, sino nosotros, merecíamos! Quería el Señor ahorrarnos con la suya, la vergüenza y confusión que de otra suerte, tendría que caer sobre nosotros. Es in-

dispensable corresponder su amor, y disminuir, por decirlo así, sus grandes y amargos dolores, y aquella confusión que sufrió por nuestra causa. Pedí, pues, al Señor que me santificara en las humillaciones: me ofrecí á llevarlas con buena voluntad, y dijele que á todo me hallaba dispuesto con su santa gracia.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS CAPITULO XVII.

El Arco y la Iglesia del Ecce Homo.—La Via dolorosa y lo que hay en ella.—El Palacio de Heródes y la Casa de Anás.—El Santo Via-Crucis en la Via dolorosa.—El Llanto de los Judíos.

Á muy poca distancia de la iglesia de la Flagelacion, se vé en la calle, un arco muy antiguo, con dos pequeñas ventanas; este fué el sitio donde Pilato presentó al pueblo, á Nuestro Divino Redentor, llevando su Majestad corona de espinas y cubierto de grana, como Rey de burlas. Aquí escuchó el Señor aquellas horribles palabras: No queremos que éste reine sobre nosotros.—No tenemos otro rey que el César.—Que Jesus sea crucificado.—Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.—Y ese pueblo ingrato, desde entónces ya no fué el pueblo del Señor.—Y Tito y Vespaciano le dieron el pago que tan bien merecía; y

la sangre del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, ha sido para ese pueblo, como un rayo que quema su frente, señal de maldicion, de infamia y desgracia. Y Jerusalem fué destruida y los judíos murieron al filo de la espada: los que quedaron vivos fueron llevados léjos de su patria, en ominoso y triste cautiverio; y despues han quedado esparcidos entre las naciones; y en todas partes son despreciados, aborrecidos, maltratados.

*
*
*

Junto al arco del Ecce Homo, está una iglesia que designa el lugar en que Nuestro Divino Salvador, tomó sobre sus hombros la Santa Cruz: esta iglesia inspira mucha devocion. Casi frente á ella, está el pretorio de Pilatos, donde Nuestro Señor fué sentenciado á muerte: hoy está en este sitio, un cuartel de turcos.

*
*
*

Seguia yo mi camino por la via dolorosa, llevando

dispensable corresponder su amor, y disminuir, por decirlo así, sus grandes y amargos dolores, y aquella confusión que sufrió por nuestra causa. Pedí, pues, al Señor que me santificara en las humillaciones: me ofrecí á llevarlas con buena voluntad, y dijele que á todo me hallaba dispuesto con su santa gracia.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS CAPITULO XVII.

El Arco y la Iglesia del Ecce Homo.—La Via dolorosa y lo que hay en ella.—El Palacio de Heródes y la Casa de Anás.—El Santo Viacrucis en la Via dolorosa.—El Llanto de los Judíos.

Á muy poca distancia de la iglesia de la Flagelacion, se vé en la calle, un arco muy antiguo, con dos pequeñas ventanas; este fué el sitio donde Pilato presentó al pueblo, á Nuestro Divino Redentor, llevando su Majestad corona de espinas y cubierto de grana, como Rey de burlas. Aquí escuchó el Señor aquellas horribles palabras: No queremos que éste reine sobre nosotros.—No tenemos otro rey que el César.—Que Jesus sea crucificado.—Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.—Y ese pueblo ingrato, desde entónces ya no fué el pueblo del Señor.—Y Tito y Vespaciano le dieron el pago que tan bien merecía; y

la sangre del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, ha sido para ese pueblo, como un rayo que quema su frente, señal de maldicion, de infamia y desgracia. Y Jerusalem fué destruida y los judíos murieron al filo de la espada: los que quedaron vivos fueron llevados léjos de su patria, en ominoso y triste cautiverio; y despues han quedado esparcidos entre las naciones; y en todas partes son despreciados, aborrecidos, maltratados.

*
*
*

Junto al arco del Ecce Homo, está una iglesia que designa el lugar en que Nuestro Divino Salvador, tomó sobre sus hombros la Santa Cruz: esta iglesia inspira mucha devocion. Casi frente á ella, está el pretorio de Pilatos, donde Nuestro Señor fué sentenciado á muerte: hoy está en este sitio, un cuartel de turcos.

*
*
*

Seguia yo mi camino por la via dolorosa, llevando

en mi alma la memoria de mi buen Jesus. Aquí cayó su Majestad, me decia una piedra de marmol, tirada junto á la esquina de una calle, aquí cayó el Señor bajo el peso de la Cruz.—Más adelante está el lugar donde la Santa Madre encontró á Jesucristo; y en seguida los sitios de Simon Cirineo, la casa de la Verónica, donde hay una capillita; el lugar de las hijas de Jerusalem y el de las otras caidas del Señor: y mi corazón suspiraba de dolor, y mis ojos derramaban lágrimas de amor y de ternura hácia el Hombre Dios que sacrificó su vida por salvarnos.

Toda esta via tan venerable y sagrada, está en el más triste abandono: es muy sucia, y está profanada por el tráfico de las gentes que pasan por ella con la mayor indiferencia, conduciendo burros y camellos cargados con madera, piedras, ú otros objetos. ¡Oh si toda ella fuera un templo, donde ofrecieran los cristianos al Señor sus más fervientes y humildes oraciones; la sincera expresion de su amor y su santa gratitud!

No muy lejos de la via dolorosa, se encuentran el Palacio de Heródes y la casa de Anás: en cada uno de estos lugares hay una capilla, que recuerda las humillaciones y padecimientos del Señor. En el Palacio de Heródes, Jesucristo fué despreciado y tratado como loco; en la de Anás, recibió una cruel bofetada. En esta casa se señala el sitio donde esto sucedió: queda á la izquierda de la entrada de la iglesia, en una capilla muy pequeña, donde arden continuamente dos lámparas.—Estas dos iglesias están en poder de los cismáticos. Al visitarlas, yo le daba gracias á mi buen Jesus, que tanto sufrió y se humilló por mi amor; y me admiraban más y más la profundidad de su sabiduría y su inexplicable afecto hácia los hombres, pues siendo un Dios de infinita grandeza, quiso ser tratado tan indignamente. ¡Qué no habia otro medio para satisfacer por nuestros pecados, ni otro camino que nos llevase al Padre? Mas Dios queria derramar todos los tesoros de su infinita bondad: queria descubrirnos el exceso de su amor. La visita de estos santos lugares, me dejó, tambien, avergonzado de mí mismo, viéndome tan inclinado á la soberbia, y contemplando tan de cerca, las humillaciones y desprecios de mi Dios. Yo un miserable gusano, un pecador, rehusó humillarme;

me impacientan los desprecios; busco la estimacion y los honores; y el Rey de los siglos, inmortal é invisible, es abofeteado, y le ponen túnica blanca como á un loco. Y con todo, digo que amo á Jesus, que me glorío de servirle y que deseo imitarle. El sonrojo y la vergüenza cubren mi semblante y me dejan muy humillado. ¡Ojalá y mi alma conserve para siempre estos sentimientos!

El viernes despues de mi llegada á Jerusalem, acompañé á los padres franciscanos á rezar el santo viacrucis, comenzando desde el Pretorio de Pilato. Los soldados turcos formaron en rededor de nosotros, mientras rezábamos la primera estacion: ellos guardaban respetuoso silencio y nosotros bendeciamos, amabamos á nuestro buen Jesus. Salimos del Pretorio y recorrimos la via dolorosa hasta el Calvario... ¡Para qué deciros que entonces nuestras almas iban enternecidas; que los ojos derramaban lágrimas y que unos en pos de otros, los suspiros se escapaban de nuestro corazon, abrasado en el amor divino?—Iba delante de nosotros un genísaro, con vara de autoridad en la mano y el alfange al cinto. Este genísaro lo manda el pachá, ó gobernador, cada

viérnes, para que nadie moleste á las personas que rezan el viacrucis.

*
*
*

Habiendo concluido este piadoso ejercicio, me dirigí al sitio del templo de Salomon, donde todos los viérnes por la tarde, se reunen los judíos á llorar las desgracias de su patria. Ah! Ellos, los hijos de las promesas, se ven como extranjeros y aun peor, en su mismo país; y llevan en su misma tierra la vida de un proscrito. Nadie los considera ni se reune con ellos. Los descendientes de aquellos que desecharon al Hijo de Dios, son el desecho de las naciones, y la sangre del Justo, ha caido sobre padres é hijos, cual torrente de fuego vengador, que revela la cólera del cielo, contra ese pueblo, protervo y obsecado. Mas contemplemos un rato, su tristeza. Ved como se acercan á los muros, y leen la Biblia, y meditan y se ponen á llorar: las mujeres exhalan tristísimos, lamentos y se muestran sin consuelo; y todo aquello es un espectáculo que aflige el alma y nos causa profunda compasion. ¡Ah! si ellos creyeran en el Hijo del Eterno; si recibieran á Jesus por Salvador del mundo, luégo concluiría la causa de su llanto; y el Señor daría consuelo á Sion y restauraría sus ruinas.

Los judíos se alejaron de aquel sitio, con los ojos hinchados de tanto llorar; llevando la melancolía pintada en el semblante. Nosotros, entre tanto, pedíamos á Jesus, por la conversion de aquel pueblo que su Majestad, habia amado con tanto cariño en tiempo de Moises y los profetas. Pero aun no llega el de su conversion. Ratisbona, que fué una excepcion, fundó en Jerusalem el monasterio de monjas del monte Sion, de que hemos hablado, y que viven en un convento contiguo á la iglesia donde Nuestro Señor cargó la cruz sobre sus santísimos hombros: años han pasado ya de la fundacion; y aunque las monjas no dejen de pedir al Señor por los judíos, aun no han convertido á ninguno; sin embargo de esto, la esperanza cristiana no desfallece; y al fin alcanzará lo que desea.

CAPITULO XVIII.

Procesion en el Santo Sepulcro.—Betania.—Betfage.—El monte Olivete.—El Templo de la Ascension.—Un momento en la iglesia de las Carmelitas.—Lugar donde el Señor compuso el Padre nuestro y el Credo.—Vista que se disfruta desde el Olivete.



Los Padres franciscanos hacen todos los días una solemne procesion recorriendo los santuarios contenidos en la iglesia del Santo Sepulcro. Esta procesion es muy devota, y conmueve profundamente el corazon de los peregrinos. El órden en que se verifica es el siguiente: se comienza por la capilla del Santísimo Sacramento, pásase luégo al altar donde se guarda la columna de la flagelacion; despues á la cárcel donde estuvo Nuestro Divino Redentor ántes de ser crucificado; sigue el lugar de la division de los vestidos; se bája en seguida al de la invencion de la Santa Cruz; despues se sube una escalera, y se llega á la Capilla de Santa Elena, y subiendo otra, encaminase la procesion, á la Columna de la coronacion ó de los improperios, que es un trozo de cantera de media vara ó un poco más de alto, segun me pareció. Súbese despues al Monte Calva-

rio y se visita el lugar de la crucifixion, y el sitio donde fué levantada la Santa Cruz. Se baja del monte y todos se dirigen á la piedra de la uncion; y de aquí al Santo Sepulcro, y al lugar donde el Señor habló á la Magdalena; terminando en el sitio donde, segun se dice, Jesucristo apareció á su Santísima Madre, despues de resucitado.

Al recorrer aquellos lugares tan venerables, y recordando los misterios que en ellos tuvieron lugar, y yendo en compañía de los franciscanos y de multitud de peregrinos que caminaban con tanta gravedad y devocion, y derramaban tantas lágrimas, y exhalaban tantos suspiros, nuestro corazon tambien se conmovia, y sólo sentiamos no morir de amor á Jesucristo, y de dolor de nuestros pecados.

Un momento nos pareció el tiempo trascurrido durante la procesion; y pasada ésta, no podiamos darnos cuenta de nuestras impresiones: estábamos como abrumados bajo el peso de tantos misterios. Á la pálida luz de las antorchas habiamos registrado los lugares más santos que hay sobre la tierra; llenas estaban nuestras almas de grandes pensamientos: nos parecia

que habiamos asistido á las dolorosas escenas de la pasion y muerte del Señor: el canto religioso y tan conmovedor de los franciscanos; y los himnos tan llenos de ternura que escuchamos en aquella dichosisima jornada, y la dulce oscuridad de aquellos santuarios, todo esto más bien que recordar al alma, los misterios de la pasion de Jesucristo, que tuvieron lugar hace 19 siglos, la hacian espectadora de los mismos. Así nos parecia, reflexionando en la grandeza de aquellas tan profundas y terribles emociones, que habiamos experimentado.

Despues de haber visitado los principales monumentos religiosos de Jerusalem, me dirigí una tarde, por cierto muy bella, á Betania, tomando la falda meridional del monte olivete: despues de una hora, estaba en la casa de Marta y María: esta casa está en ruinas: entre estas se ven las paredes de dos piezas destechadas, en las cuales segun se dice, vivian aquellas hermanas que tanto amó Jesucristo. Detras de la casa y no muy léjos, está el sepulcro de Lázaro, al cual se baja por una escalera de 30 gradas, casi en forma de caracol. Examinando el terreno se conoce que por lo menos, 13

de estas gradas, no son del tiempo en que se hizo aquel sepulcro. Descendí hasta su fondo, llevando una vela encendida, porque allí reinaban profundas tinieblas.

De aquel sepulcro, salió el hermano de Marta y María, vuelto á la vida por la palabra del Señor. En la muerte de Lázaro veíamos la imagen de aquella otra que causa en nuestras almas el pecado; y las lágrimas que entonces derramó Jesús, nos manifestaban su inmensa ternura y su compasión hacia nosotros. Bendeciamos su divino poder, tan glorioso y soberanamente empleado á favor de los hombres; y su amor nos dejaba rendidos. Recordamos en aquel momento, estas palabras que dijo Marta á Jesús: Señor, si hubierais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Palabras llenas de una fe muy sencilla y de una verdad muy profunda: la ausencia de Jesús nos da la muerte, y su presencia es la vida.

No nos detuvimos mucho tiempo en Betania, pues teníamos que subir al monte Olivete, y eran ya después de las 4 de la tarde. De pasó, en nuestro regreso llegamos á Bethfage, que dista muy poco de Betania, como unos seiscientos pasos. En Bethfage, hallamos

una pieza en forma de capilla: dentro de esta se encuentra una gran piedra, debajo de enverjado: esta piedra se descubrió al hacerse una escavacion en el mismo sitio que ocupa hoy; y tiene pintado un pollino, indicando que aquel era el lugar donde Nuestro Señor montó en el borrico, antes de entrar en Jerusalem, el domingo que precedió á su santísima pasión. (1)

Sigamos nuestro camino. Las laderas del Olivete, por la parte que subimos á su cumbre, son calizas, escasas de vegetación, y se parecen á muchas de las que conocemos en nuestro país. Por fin hemos llegado á la cima del hermoso monte. Ved allí el templo de la Ascension: es una pequeña rotunda, que está en poder de los turcos; está muy desaseada, y en ella no se encuentra ni una cruz, ni una sola imagen. En el pavimento, y en una piedra, se ve la huella del pié izquierdo del Señor que segun se dice, la dejó impresa antes de subir al cielo.

“El monte Olivete está al Oriente de Jerusalem, á un cuarto de hora de las murallas. Es una colina ovalada, extendida de Norte á Sur en una distancia como de 1,900 metros y con una altura como de 400 sobre el nivel de aquella ciudad: sus flancos, especialmente por el lado que mira á ella, se derraman en pendientes suaves y tersas, tapizadas de viñedos, de trigales y de malezas, y salpicadas de olivos, de higueras, de tere-

(1) Malanco no visitó este lugar porque le aseguraron que no se habia descubierto, lo cual es falso.

bintos, de algarrobos, de nopaleras y chavacanos. Es el único punto en las cercanías de Jerusalem, donde no hay el duelo, la pena y la tristeza que la enlutan por todas partes: el monte de los olivos es ameno, alegre, risueño; sus laderas verdes con sus árboles de varios tamaños: desparramados sus pequeños edificios blancos, ocupando los lugares más pintorescos, sus veredas amarillas que bajan serpenteando desde la cumbre, y sobre ésta una mezquita árabe, levantando al cielo su minarete, dan á aquel monte el aspecto más sorprendente, más agradable y espléndido.

“Desde el pié del monte Olivete hasta la iglesia de la Ascension, ó hasta la mezquita que está en la cima, puede calcularse como una milla. Hay tres caminos en ese monte: uno, parte del jardín de Getsemaní pasando por los sepulcros de los profetas; y dos que están por el Norte partiendo de la puerta de San Estéban. Estos caminos son poco practicables y en varios puntos algo empinados, se distinguen muy bien desde la cumbre de la montaña, como desde la salida de la ciudad de Jerusalem.

“La cima del monte de los Olivos dibuja dos ondulaciones que terminan tres eminencias ligeras ó crestas suaves: la del Sur que se llama “Monte del Escándalo ó de Ofension,” la del centro que se llama “Zeitung” y la del Norte que se llama “Viri Galilæi.” (1)

(1) Malanco, viaje á Oriente.

* * *

Despues de haber adorado á Nuestro Señor en el templo de la Ascension, pasamos á ver la iglesia y el convento de las religiosas carmelitas, que allí tienen su morada, como tristes palomas que pasan la vida gimiendo, en elevada y solitaria roca. Precede á la iglesia un patio cuadrilongo, con cuatro corredores: en las paredes está escrita la oracion del Padre Nuestro en 38 idiomas.— La iglesia no es muy grande; pero está aseada y á nosotros nos pareció muy bella: estaba expuesto Nuestro Amo. Al verlo en aquella montaña de tantos recuerdos, y en una soledad que convidaba á hablar con Él, nuestras almas se llenaron de consuelo. ¡Ah! nos hallábamos á inmensa distancia de nuestro país, en extranjera tierra, donde exceptuando una ó dos personas, todos ignoraban nuestro nombre, no sabian el objeto que allí nos llevaba ni de donde veniamos. Pero hé aquí que sin esperarlo, se nos presenta un amigo, y el más fiel y generoso que tenemos; y nuestras miradas se cruzan; y su Corazon palpita de ternura por nosotros; y el nuestro se abrasa en las llamas de su amor. Él nos conoce, él nos ama: estamos con su Majestad..... ¿Y no habriamos de llorar de amor? ¿y nuestro corazon no derramaria en el seno de ese amigo, todos sus afectos? Parecia que veiamos en Je-

sus, un buen paisano con quien nos consolábamos, estando léjos de la patria: hacíamos tambien con Él nuestros recuerdos. ¡No os acordais, le decíamos, de las íntimas y amorosas confidencias, que con Vos teníamos, oh Señor, allá en nuestro país, que amais como si en él hubierais nacido, y fuera el vuestro? Pero nosotros al salir os dejamos en México: ¿cómo es que nos estabais esperando en este sitio? ¡Ah! un padre, un hermano, un amigo, tan bueno y generoso como Vos, precede á sus hijos y hermanos, y amigos, donde quiera que estos van; los precede para disponerlo todo á su favor. Yo no cabia de gozo aquella tarde, con el encuentro tan feliz que habíamos tenido. Aquí está nuestro paisano, le decia al oído á mi buen compañero Avelar, aquí está nuestro paisano: él es. No sé por qué se siente tanto consuelo al ver á Jesucristo cuando uno se halla fuera de su patria: será tal vez que en otra tierra, de todo lo demás, ménos de su amor, podemos desconfiar, y por lo mismo al hallarlo, al conversar con Él, respira el corazón y rebosa en alegría.

Al salir de la iglesia fuimos á visitar el sitio donde el Señor compuso la oracion del Padre Nuestro, que

no dista mucho del convento de las carmelitas, lo mismo que el lugar donde los apóstoles compusieron el Credo.

Desde la cumbre del Olivete se disfruta una vista encantadora y deliciosa: al Occidente y casi á los piés del espectador, se ve la Santa ciudad; se descubren todos sus monumentos, sus calles y aun sus habitantes. Al Norte aparecen las montañas de la tribu de Benjamín, y unidas con estas y más lejanas, las de la tribu de Efraim. Al Oriente se divisan las riberas del Jordán, y el desierto, desde Escitópolis hasta el Mar Muerto, y los montes Galaditas. Al Sur los montes que están más allá del Mar Muerto, señalándose por su elevación, el Nebo donde murió el gran Legislador de los judíos, despues de haber contemplado tristemente, la tierra prometida, que no llegó á pisar. Nosotros al recordar estas cosas pensábamos en México, nuestra cara patria, y nos decíamos: Estamos á inmensa distancia del suelo que nos vió nacer: ahora ni contemplamos su limpio y azulado cielo, no vemos sus altos montes, ni nos llegan sus auras embalsamadas: moriremos lejos tal vez, de los nuestros, y serémos sepultados en el valle de Josafat, que se extiende á nuestros piés.—Yo no quiero morir fuera de México, me dijo prontamente Avelar: allá sí, aunque sea, regresar y luégo morir estoy contento; y ya no veamos ese Nebo, ni hablemos de ese asunto.

El sol se hundia en el Ocaso, acercábase la noche y fué preciso volver á Jerusalem, descendiendo del Olivete por un lado del Getsemaní.

CAPITULO XIX.

Autenticidad de los santos lugares.—Salida de Jerusalem.—Lugares más notables del camino.—Belen.—Gruta del nacimiento.—Sentimientos piadosos.—Convento de los franciscanos.—Orfanatorio del P. D. Beloni.

* * *

“La veracidad de las tradiciones que nos señalan el lugar preciso donde la bondad de Dios desarrolló el vasto plan de la redención humana, sacrificando su único Hijo, está probada hasta la evidencia. Mil escritores, católicos y protestantes, mahometanos y judíos, en victoriosas apologías nos dejaron de ellos una crónica tan completa, que poner en duda su autenticidad, sería proceder contra las reglas de la crítica y de la filosofía. Los cristianos que habitaron constantemente Jerusalem hasta su ruina por Tito; la serie no interrumpida de cuarenta obispos que moran bajo las ruinas de la ciudad santa, ya escondidos en las cabernas de los montes vecinos, ó ya en las hendiduras de los sepulcros para escapar del furor de sus perseguidores; los ídolos que levantó el poder de los monarcas sobre el Sepulcro y el Calvario, en Belen y en Jerusalem, para alejar á los cristianos de lugares adonde le reunía su ardiente amor; los dones de Constantino que los hon-

ra, los altares sacrílegos de Vénus, de Júpiter y Adónis que caen; los suntuosos templos que edificó aquel emperador en el Calvario, en Sion y en Belen, y en todos los sitios que acató la piedad de los cristianos y profanaron las estatuas de aquellos ídolos; esos mismos templos que se conservan hasta la época de los cruzados; los caballeros que los reparan; los cristianos que los conservan hasta hoy; y una serie de escritores contemporáneos á todos estos sucesos, que los defienden, entre los que encontramos capacidades tan esclarecidas, como San Jerónimo, Eusebio de Cesarea, Cirilo de Jerusalem, Teodoreto, Sozomeno y otras de los siglos III y IV, que presentan á una como indisputable, la autenticidad de los Lugares Santos, son demostraciones, todas evidentes de por sí. Pero en nuestro siglo existen hombres que no admitirán el testimonio de alguno de aquellos; porque á su nombre precede la palabra San, ni el de otro, porque es obispo, ni los demás, por motivos que sólo ellos podrán dar: á esto citaremos otra clase de autoridades, y les diremos:

“La circunstancia sobre que principalmente se fundaba la duda acerca si el lugar que ocupó el Gólgota y Santo Sepulcro es aquel en que la devoción de los fieles, los veneró más tarde, era que estos sitios se encontraban en el interior de los muros de la ciudad, lo que hubiera estado en contradicción evidente con la Escritura, como también con la disposición y los usos de la capital de los judíos. Se zanjó esta dificultad por las averiguaciones que se hicieron acerca de la situación y de la

circunferencia de los muros de la ciudad en tiempo de Jesucristo; y por medio de aquellas investigaciones se ha demostrado que el muro que existía entonces, no se dirigía de la ciudadela de David hacia el Oeste, como el actual, sino desde el ángulo oriental de la ciudadela junto al Nordeste, y después por la parte del Norte, y en fin, hacia la puerta actual de Damasco. Según este antiguo deliniamiento de la ciudad, todo el ángulo occidental, que parecía á la vista como un agregado tan contrario á la simetría, y en él que se encuentran el convento latino, la mayor parte del convento griego y la iglesia del Santo Sepulcro, está fuera de los antiguos muros, de los que se ven restos incontestables cerca de la puerta Judiciaria. Esta parte de la ciudad actual, en la que ya en tiempo de Jesucristo había casas aisladas (Bezetha) que estaban rodeadas de jardines, fué sin duda ninguna, bajo el reinado de Claudio y por el cuidado de Agripa I, rodeada de una muralla (que era el tercer circunito). Pero este cambio del antiguo ámbito de la ciudad no tuvo lugar sino cerca de diez años después de la crucifixión de Jesucristo.

“Independientemente de estas pruebas puramente negativas que alejan toda duda, todavía hay otras positivas que justifican la autenticidad del Santo Sepulcro y del Calvario.

“El amor que tiene ojos tan atentos y perspicaces para descubrir los vestigios del muy Amado, reconoció y encontró bien pronto el sitio del Gólgota, aun en medio de las ruinas, después de la destrucción de Jeru-

salen por Tito. El pequeño rebaño intimidado de los discípulos, con las alas de la paloma “que conoce el camino de la patria,” visitó muchas veces este lugar santificado, y celebró en él el recuerdo de la mayor de las victorias.

“El emperador Adriano, que tenía una inteligencia tan culta (mas la alta cultura no le protege contra su mal querer hacia la simplicidad del cristianismo), queriendo poner término á las peregrinaciones que los Nazarenos hacían al Gólgota, que pertenecía entonces á *Ælia Capitolina*, hizo construir sesenta años después de la destrucción de Jerusalén, un templo de Vénus en el sitio en que Jesucristo fué crucificado; una estatua de Júpiter se elevó al mismo tiempo sobre la roca en que se hizo el Santo Sepulcro. Las impurezas del culto de Vénus alejaron sin duda, las palomas del desierto, acostumbradas al aire puro del cielo; no obstante, esta vez aún, como sucede á menudo, fué el odio en lugar del amor el que preparó el camino. Apenas habían transcurrido dos siglos (era el año de 326 después de Jesucristo), cuando la emperatriz Elena, al hacer su peregrinación, y estando en Jerusalén, con amplios poderes para ejecutar la voluntad de su hijo el emperador Constantino, buscó aquellos santos Lugares para consagrarlos en templos cristianos; precisamente entonces los restos de esos templos paganos fueron los que dieron indicios ciertos para la dirección de las excavaciones. Cuando, después de haber quitado los escombros, encontraron al pie de la roca del Gólgota,

la gruta del Santo Sepulcro, exactamente como la habian pintado las relaciones de las antiguas edades; cuando fué purificada en medio de los cánticos de triunfo de los cristianos; y consagrada de nuevo como lugar de devocion, entónces la arquitectura cristiana se mostró, para su primera obra, llena de una belleza juvenil. (1)"

"Si queréis conocer mi opinion, escribe el doctor Schultz, os diré que la tradicion que señala el sitio del Santo Sepulcro me parece digna de fe, consideradas las circunstancias que he mencionado, y que todo contribuye para hacernos creer que su iglesia está edificada sobre el verdadero Gólgota. (2)"

"Al testimonio de estos dos ilustrados protestantes pudiéramos añadir fácilmente el de otros, ingleses y alemanes, que profundizaron la materia, y son respetados en sus comuniones como notabilidades en cuestiones bíblicas. La luz que arrojaron tantas tradiciones, tantos estudios, tantas averiguaciones antiguas y modernas, tantos escritores desde los siglos más remotos hasta el nuestro, obligarán á confesar á cualquiera que el lugar de cada paso de la historia de la redencion humana, está conocido sin duda alguna." (3)

Ved, sin embargo, en pocas palabras, lo que dice un

(1) Reise in das Morgenland, tom II. (Schubert) (2) Jerusalem, pág. 100. (3) Esto mismo concluia Gibon, tom. IV.—Eyzaguirre, El Catolicismo.

libre-pensador, sobre el particular: "Jerusalen ha tenido especiales circunstancias, las guerras y desgracias han arrazado sus murallas, templos y edificios principales: unamos á esto el poco criterio con que se han reunido en el recinto de un templo, los sucesos de Jesucristo: resulta un absurdo inconcebible; luego es necesario una fenomenal fe, para dar credito á tantos cuentos extraordinarios." (1) Lo que es necesario es no ignorar los principios de lógica á tal grado que espanta, para decir, con tanto aplomo, tan garrafales dislates, y no desconocer completamente la historia. Sobrados medios quedaron, aun despues de esas guerras para poder señalar los santos lugares de que se trata, como ya se ha visto.—Por lo demas, en el templo está comprendido, y no más, el Santo Sepulcro y el monte Calvario: recuérdese la historia y todo queda explicado: "Habia en el lugar donde fué crucificado, un huerto, y en el huerto un sepulcro. Como era vispera del Sábado de los judios, y este sepulcro estaba "cerca" pusieron allí á Jesus." (2)

(1) Ignacio Martinez, Viaje Universal. (2) S. Juan. XIX. 41, 42.

* * *
 A pesar de nuestros grandes deseos por bañarnos en las aguas del Jordan, y de conocer á Nazaret, no nos fué posible lograrlo por el mal tiempo que entónces hacia. Los padres franciscanos nos dijeron que no era conveniente en tales circunstancias caminar á caballo, como se tiene que hacer el viaje para aquellos lugares; porque una mojada costaba siempre muy caro á los peregrinos; así es que nos resolvimos á ir desde luégo á Belen, en seguida á S. Juan, y despues de esto dar por concluido nuestro viaje. De Jerusalem á Belen puede irse en carruaje; contratamos uno, y en compañía de nuestro paisano el Padre Gonzalez Valdivia, partimos para la ciudad de David. Se sale de Jerusalem por la puerta de Jafa, se descende en seguida á un profundo valle donde habia en otro tiempo un gran estanque construido por Salomon, llamado Piscina de Betsabe: sigue despues á la derecha el Monte del mal Consejo donde, se dice, que Caifás con muchos personajes de los judíos, trataron de la muerte del Señor: llégase luégo á una llanura en que David derrotó á los filisteos. Avanzando más hácia Belen, se encuentra como á medias del camino, la cisterna de los magos donde, segun se dice dieron de beber á sus camellos, y de nuevo se les presentó la estrella que se habia ocultado á sus ojos al

pasar por Jerusalem. Muy cerca de este sitio, y á la derecha, se ve sobre el piso y junto al camino, como la sombra de un hombre: se dice que el Profeta Elías durmió en aquel lugar.—Despues á más de una milla, se encuentra el sepulcro de Raquel á la derecha, hoy convertido en mesquita. Al pasar vimos algunos turcos que estaban orando en ese sitio. Caminamos un poco más y nos hallamos á las puertas de Belen, pequeña ciudad, escogida por el Hijo de Dios, para nacer en ella, hecho hombre por nuestro amor.

Cuando niños, soñábamos con la graciosa imagen de Belen, la cual nos parecia hallarse habitada por ángeles, esmaltada de flores, rodeada de sencillos y rústicos portales: enriquecida con abundantes manantiales de una agua deliciosa; mansion en fin, de inefable dicha; alegre y bellísima en extremo; mas todo esto, sueño habia sido; nada más sueño de la infancia. Al penetrar en Belen vimos que aquella gran ciudad, lo era nada más á los ojos de la fe; y materialmente era pobre, pequeña, mal situada; y sin embargo, era en nosotros tan grande y soberano el influjo de la fe que animaba nuestras almas, que Belen nos parecia una ciudad encantada; rebosabamos de gozo, y deseabamos, volando en alas del amor, llegar á la dichosa cueva donde nació Jesucristo.

*
**

Está Belen sobre una colina: los poetas han visto sobre las faldas de esa colina, bosquecillos umbríos, casitas alegres, rocas agrestes, pensiles bordados de flores, prados muy verdes, grupos de palmas, arboledas muy frescas; y en la altura, la ciudad como de marfil asomando sus ventanas y los primorosos campanarios de sus iglesias.....

La calle de la entrada no llama la atención, sino es por su estrechez y la desigualdad de su piso; es algo larga;—sigue despues una plaza, irregular y sin gracia ninguna: á poco se encuentra un cementerio, y luégo el convento de los franciscanos, donde fuimos muy bien recibidos.

Estamos ya en Belen, nos decíamos Avelar y yo; en la casa del pan, donde el Hijo de Dios nació para dar vida y alimento á los hombres: en Belen donde la Reina de los ángeles, adoró á su Hijo y le estrechó en sus brazos y le dió su leche virginal, le reclinó en un pesebre..... Aquí los pastores y los magos vieron al deseado de las gentes: aquí brilló la estrella prodigiosa que habia, siglos ántes, anunciado Balan; aquí el Divino Emanuel, envuelto en pañales cautivó las miradas de los ángeles, que alegres y rebosando en júbilo sagrado, entonaron no muy léjos de este sitio, aquel

himno del cielo: Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Y ¡cuántas veces lo estarían repitiendo aquí, para arrullar con él, al Dios Niño que descansaba en tan humilde cuna.

*
**

No tardamos mucho en visitar la cueva del nacimiento, que está debajo del presbiterio de la magnífica iglesia construida por Santa Elena: esta iglesia tiene cinco naves sostenidas por 48 columnas de mármol, de orden corintio: la tienen actualmente los griegos y armenios cismáticos. Salimos, pues, de nuestro aposento, entramos en la espresada iglesia y bajamos una escalera de 16 gradas, hallándonos luégo en la dichosa cueva.

“Al Oriente, junto del muro, vimos en el suelo un lugar señalado con una losa de mármol blanquísimo, incrustada de jaspes, que presentaba en medio, una estrella de plata brillando como un diamante: al rededor leímos estas palabras:

HIC DE VIRGINE MARIA
JESUS CHRISTUS NATUS EST.

“Como á los tres metros al Sudoeste, hay una cavidad reducida, con el piso más bajo: está formada en la roca; tres columnas de mármol sostienen la bóveda y se baja á ella por tres escalones suaves. Los muros están cubiertos con tapices de seda encarnada, simplemente colgados; á un lado hay sobre el suelo, un banco como de media vara de alto, de la misma roca de que es la gruta, vestido de mármol blanco, sobre el cual alumbrada por cinco lámparas, está en un cuadro de plata, una pintura antigua representando al Niño Dios en la cuna adorado de los pastores. En la fiesta de Navidad se quita á este banco la cubierta de mármol y queda expuesto á la veneracion de los fieles que todos van á besarlo. Frente á ese banco, se alza un altar modesto, donde hay otra pintura antigua representando la adoracion de los Santos Reyes: tres lámparas encendidas están delante, y arriba brilla una grande estrella. En esta pequeña gruta, que tiene dos metros y medio tanto de ancho como de largo, que es como un nicho lateral labrado en la gruta grande; en esta cueva cavada en la viva peña y sobre el banco vestido de mármol blanco, estuvo el pesebre donde la Virgen puso á Jesucristo recién nacido, entre el buey y el asno, y en esta misma cueva, sobre el lugar donde está el altar, se prosternaron á adorarle, los Reyes Magos.

“La gruta tiene diez y medio metros de largo por cinco de ancho y tres de alto; su forma se asemeja á la del cuerpo de un crucifijo cuya cabeza es el lugar de

la Natividad, los brazos las dos escaleras por las que se baja, el cuerpo la longitud de la gruta hasta la mitad, el cendal la pequeña cavidad del pesebre, y el resto del crucifijo lo demas de la misma gruta. La luz natural jamas penetra en ella: arden allí lámparas sin cesar. Los tapices que cubren los muros, son pedazos de cortina con bordados de letras latinas y de las quintuples cruces que constituyen el escudo de Tierra Santa: las lámparas son regalos de los pasados reyes de España, de Francia, de Austria y de la antigua República de Venecia.” (1)

Á esta santa gruta entré como aturrido sin pensar casi en nada: era aquel sitio tan sagrado á mis ojos; tan vivas y profundas las santas emociones que sacudían mi espíritu, permitid la espresion, que como en revuelto y agitado mar, aquellas emociones me llevaban por su cuenta en diferentes direcciones: ya bien veíame hundido en el piélago sin fondo de mi gran miseria; ya era levantado en olas de amor y de esperanza, al recordar que el Hijo del Eterno se habia hecho niño por salvarme: otras veces quedaba suspendido pensando qué sería de mí, ya que despues de tantas gracias y favores que debia al Señor, hallábame cautivo con las pesadas y ominosas cadenas de todos mis delitos; y un funesto y horrible pensamiento al cruzar por mi frente, erizaba mis cabellos: ¡Será mayor mi iniquidad que la bondad de Dios? Jamas, jamas, me

(1) Malanco, viaje á Oriente.

respondia la Santa gruta. Aquí nació por tu salud, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Aquella voz calmaba mis temores y volvía la paz á mi alma. Entónces me ocupé en pensar en la humildad, y en el amor de Jesus hácia nosotros, que hablan con tanta elocuencia y nos conmueven tan profundamente en aquel afortunado sitio. ¿Podrá existir alguna cosa que así rinda y captive el corazón del hombre, como la infinita grandeza de Dios que se humilla, buscando el amor de sus criaturas? Y esa grandeza se nos deja ver, amable en sumo grado y llena de atractivos mil; que arrastran y encantan el alma, y la dejan unida á su Dios. Un Niño envuelto en pañales, reclinado en un pesebre; y si no hay cosa más pequeña y humilde á los ojos de la carne, á los de la fe, no hay grandeza ni poder alguno que puedan compararse al poder y la grandeza que ese Niño recibió del Padre. Mas con todo, aquí no se oye aquella imponente y majestuosa voz que ha de resonar en las orillas del Jordan y en las alturas del monte Tabor: Este es mi hijo muy amado en quien Yo tengo mi eterna complacencia. Aquí reina el silencio del misterio; y vemos solamente, una tierna Niña que es la Madre del Hijo de Dios, un anciano de aspecto grave y celestial mirada. Y el Niño se agrada y complace en estas dichosas y santísimas criaturas: las miradas con que alumbra la faz de una y otro; la expresion de ternura del Niño, y el amor con que inunda sus almas, son delicias del cielo y encantos del todo divinos. ¡Ah! ¡cuántas veces la dichosa Madre

tomaría en sus brazos al divino Niño, arrullando amorosa al Hijo de su seno! Y el Niño quedaba dormido, y la Madre contemplaba su rostro.....¿habrá lengua que pueda decirnos lo que entónces gozaba María; ó su inmensa ternura, su abrasado y profundo cariño? ¿qué miradas aquellas las tuyas; qué suspiros de amor tan ardientes los que entónces su pecho exhaló!

El esposo sagrado de María, aquel hombre tan humilde y santo; ¿con qué respeto fijaría sus ojos en el tierno Niño! y tenía que tomarlo en sus brazos; mas ántes de esto temblaba y deteníase una y otra vez. Y ¿qué asombro el de ese justo cuando consigo llevaba á Jesus!

Si yo pensaba en María y en José, ocupábame también en excitar mi amor hácia Jesus. En el dichoso sitio en que me hallaba, siente el alma una confianza muy grande en la bondad de Dios. El Hijo del Eterno ha ocultado su inefable y divina grandeza, y el hombre se llega á su cuna, y lo ve tan hermoso y amable que queda suspendido, contemplando aquella sacratísima belleza, que arrebató de amor á los ángeles del cielo.

Pensar en el Niño Jesus en la gruta de Belén, es una gloria, porque su amor nos llena de dulzura, sus gracias nos roban el alma, y la grandeza de su divina caridad hácia nosotros rinde y encadena nuestro corazón. Á esta santa gruta jamás ha descendido el ángel de la tristeza y los pesares; aquí no se sabe llorar sino es de amor; y los suspiros que ha recogido este sagra-

do recinto, expresan no más, la ternura y cariño de las almas que adoran á Jesus. Todo es contento y júbilo sagrado en este sitio. El hombre más criminal, cuando descende á la sagrada cueva, parece que deja sus pecados á la puerta, recibiendo en cambio, un blanco ropaje de inocencia y de pureza; goza y se ocupa como un niño; olvida sus placeres y siente palpar su corazón, al impulso de una gracia soberana, que lo inunda en castísimas delicias que jamas habia probado.

Juzgad ahora, si al separarnos de la santa gruta lo haríamos sin dolor; y si al darle la postrer mirada, no se nos saldria un suspiro para decirle: aunque me voy, mi corazón se queda contigo para siempre.

*
*
*

Á más de la gruta del nacimiento, hay en Belen lo siguiente: el convento de Padres franciscanos, que es bastante irregular y no muy grande: en sus claustros nos enseñaron dos ó tres pilares del tiempo de San Jerónimo; y en un pequeño patio, un viejísimo naranjo de la misma época: el tronco es muy grueso: la parte baja hueca enteramente y casi seca; en la parte superior está cubierto de hojas y todavía da naranjas.

Los Padres tienen en su convento una buena escue-

la: la visité cuando estaban llenas de niños todas las salas, y observé mucho orden, y demasiada dedicacion de los padres á la enseñanza.

*
*
*

Fuera del convento visité el Orfanatorio del P. D. Beloni; es un buen edificio, de varios pisos, muy bien ventilado y de buena construccion; levantado en la ladera de una montaña. Este Orfanatorio se ha edificado, casi exclusivamente, con limosnas de México: un P. Piperni, trabajador y activo como pocos, ha recorrido nuestra Patria, recogiendo grandes cantidades de dinero, que han bastado para el referido Orfanatorio, que casi está concluido; para otro, en las cercanías de Belen, y para comprar tierras y viñedos, capaces de sostenerlos desaogadamente. Se ha dicho en México, que las limosnas que daban nuestros hermanos, eran para el culto de los Santos Lugares; y para la educacion de los paisanos de Nuestro Señor, los niños de Belen: cuando yo visité el referido establecimiento, habia 100 niños; pero ni uno sólo de Belen, segun nos dijeron, sino de los contornos. Las limosnas que ha recogido el P. Piperni no se han empleado, ni se emplearán en el culto de los Santos Lugares, sino en la

creacion y conservacion del dicho Orfanatorio.

Es incalculable el perjuicio que se ha hecho á los Santos Lugares, y grande la escasez de los franciscanos que los cuidan, con las limosnas que se han dado al padre Piperni.

Por lo de más, si el Orfanatorio de que hablamos es útil, no es necesario; pues los franciscanos tienen abiertas muy buenas escuelas á todos los belemitas, que en lo general no son pobres sino acomodados, porque no son como los de Jerusalem, ociosos é indolentes, sino al contrario, laboriosos y activos en todas sus empresas.—Si los mexicanos quieren que sus limosnas se empleen en el culto de los Santos Lugares, no tienen que entregarlas sino á los comisarios de la tierra santa, pues estos son los únicos que están encargados por el Custodio de Jerusalem para recogerlas.

CAPITULO XX.

La Gruta de la leche.—El pueblo de los pastores.—El valle de Booz y el lugar donde el Ángel apareció á los pastores.—Estanques de Salomon.—El Huerto cerrado.—La Fuente sellada.—María, la Inmaculada.—Las montañas de Judea.—Impresiones.—El Convento de los franciscanos.

* * *

Como á unos 200 pasos, al salir de la iglesia del nacimiento se encuentra la gruta de la leche; donde la Santísima Virgen se refugió cuando el Ángel del Señor anunció á José la persecucion que iba á levantar Heródes contra el Niño Jesus. Esta cueva mira al Norte, y para llegar á su fondo se bajan 13 escalones: tiene un pequeño altar con una pintura de la Santísima Virgen y el Niño Jesus. Las madres que carecen de leche con que alimentar á sus hijos, toman la tierra de esta gruta y luego la leche les viene con abundancia. Dicese que en esta gruta, Nuestra Señora dejó caer algunas gotas de su leche virginal; y que por tal motivo, la tierra ha adquirido aquella virtud.

Á poca distancia de la gruta de la leche, están, al

creacion y conservacion del dicho Orfanatorio.

Es in calculable el perjuicio que se ha hecho á los Santos Lugares, y grande la escasez de los franciscanos que los cuidan, con las limosnas que se han dado al padre Piperni.

Por lo de más, si el Orfanatorio de que hablamos es útil, no es necesario; pues los franciscanos tienen abiertas muy buenas escuelas á todos los belemitas, que en lo general no son pobres sino acomodados, porque no son como los de Jerusalem, ociosos é indolentes, sino al contrario, laboriosos y activos en todas sus empresas.—Si los mexicanos quieren que sus limosnas se empleen en el culto de los Santos Lugares, no tienen que entregarlas sino á los comisarios de la tierra santa, pues estos son los únicos que están encargados por el Custodio de Jerusalem para recogerlas.

CAPITULO XX.

La Gruta de la leche.—El pueblo de los pastores.—El valle de Booz y el lugar donde el Ángel apareció á los pastores.—Estanques de Salomon.—El Huerto cerrado.—La Fuente sellada.—María, la Inmaculada.—Las montañas de Judea.—Impresiones.—El Convento de los franciscanos.

* * *

Como á unos 200 pasos, al salir de la iglesia del nacimiento se encuentra la gruta de la leche; donde la Santísima Virgen se refugió cuando el Ángel del Señor anunció á José la persecucion que iba á levantar Heródes contra el Niño Jesus. Esta cueva mira al Norte, y para llegar á su fondo se bajan 13 escalones: tiene un pequeño altar con una pintura de la Santísima Virgen y el Niño Jesus. Las madres que carecen de leche con que alimentar á sus hijos, toman la tierra de esta gruta y luego la leche les viene con abundancia. Dicese que en esta gruta, Nuestra Señora dejó caer algunas gotas de su leche virginal; y que por tal motivo, la tierra ha adquirido aquella virtud.

Á poca distancia de la gruta de la leche, están, al

pié de una montaña, los cimientos de una casa que se asegura haber sido de Señor San José; y no muy léjos de ellos, el pueblo de los pastores, donde hay una capilla católica, en cuyo altar mayor, vimos unos bajo relieves en mármol, que recuerdan las escenas del Nacimiento: están bien acabados. Hay tambien en este pueblo, una escuela, atendida por un sacerdote secular.

Desde este lugar se descende al hermoso valle de Booz, donde Ruth la moabita, recogia las espigas de trigo que dejaban los segadores: parecíame ver á la hermosa y afortunada extranjera, fatigada con el sol, y siguiendo en pos de las pisadas de aquellos trabajadores, y que llegada la noche, iba á dormir á los piés de Booz, con la inocencia y el candor de las antiguas edades. Esta virtuosa mujer, mereció entrar en la genealogía del Divino Salvador.

En otro tiempo habia en este valle, una iglesia, edificada segun algunos dicen, por Santa Elena; y segun otros lo fué despues; actualmente no existe sino una gruta, y en ella un pobre altar y una piedra en que segun la tradicion, se paró el celestial mensagero á anunciar á los pastores la buena nueva del nacimiento del Hijo de Dios. Gloria á Dios en las alturas, entonaron aquí los santos ángeles. Y su canto divino se extendió por el valle, y las montañas repitieron una y otro vez, sus notas melodiosas; y los pastores, primero llenos de temor, con la vista del ángel, y luego entusiasmados y contentos, se decían mutuamente:

Vamos hasta Belen y veamos este prodigio; y vinieron con gran prisa y hallaron á María y José y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole se certificaron de cuanto se les habia dicho de este Niño; y se volvieron glorificando y alabando á Dios por todo lo que habian oido y visto aquella noche feliz.

El Señor se agrada de los humildes y sencillos de corazon: hé aquí por qué revela á los pobres pastores de Belen, ántes que á los grandes de la tierra, el nacimiento de su Hijo: pastores humildes; pero no decidiosos; sencillos, pero no ingratos; por esto caminan diligentes á Belen; y vuelven dando gracias, y bendiciendo á Dios. De esta manera es como la humildad que los caracteriza, ejerce un magisterio sublime; y su amable y candorosa sencillez, sírvenos de aguijon, que excita y alienta nuestra desidia.—Tales son los pensamientos que ocurren naturalmente, visitando la gruta de los pastores.

*
**

Al dia siguiente de nuestra llegada á Belen, fuimos á visitar los estanques de Salomon, distantes de aquel punto, una legua al S. O. Son tres, de forma cuadrilonga; teniendo el menor de ellos 160 pasos de esten-

ción: están colocados en el fondo de un hermoso valle; el último, ó el más elevado, comunica sus aguas al segundo, y éste al primero. Junto á estos famosos estanques, vimos el Huerto cerrado, que forman las montañas que se extienden á uno y otro lado, y que parece cerrado por sus extremos; estas montañas están cubiertas de vegetación; son muy suaves sus vertientes y su vista es deliciosa. El fondo del valle está bien cultivado; y da una idea del encanto y belleza de aquel sitio, en los tiempos del Rey Sabio.

Á poca distancia de este lugar vimos la Fuente sellada: esta fuente es producida por varios manantiales de agua potable, y que están debajo de una bóveda entramos casi arrastrándonos, por una pequeña ventana, bajamos dos escaleras, y llegamos al origen de los manantiales, que son bastante copiosos. Estas aguas se destinaban al riego del Huerto cerrado, y el resto era conducido por un acueducto subterráneo hasta Jerusalem. Llamábase sellada, la Fuente, porque tenia segun se cree, el sello de Salomon.

Cuando recorriamos estos bellísimos lugares, pensábamos en nuestra querida y dulce Madre, la Purísima

Virgen María, huerto cerrado al demonio y al pecado Fuente de las delicias de Dios, de los ángeles y de los hombres. Fuente sellada, con el sello de la Augusta Trinidad; fuente cuyas aguas son de gracia y vida eterna.

Eran las cuatro de la tarde cuando estábamos en la Fuente sellada; el sol nos habia quemado con sus rayos durante el camino; y sudábamos que era una gloria; por esto no queríamos beber del agua misteriosa: sólo Gonzalez Valdivia que nos acompañaba, se tiró en el suelo y bebió hasta más no poder.

Junto á la Fuente hay algunas miserables cazucas de árabes á quienes tiene que darse alguna cosa, para que no molesten á uno al andar visitando estos lugares.

Descansamos un rato y emprendimos la vuelta á Belen, donde llegamos ántes de las seis de la tarde.

Al dia siguiente, despues de haber celebrado en la gruta del Nacimiento, partimos para las montañas de Judea, cuyo camino duró dos horas: íbamos montados en ligeros burros, que á veces nos llevaban, más que de prisa: y caminábamos ya por el fondo de los

valles, ya por el desfiladero de las montañas, pasando de una hondonada á otra: casi todas de forma circular y terminadas por medianas alturas. Desde la cima de las más elevadas, se presenta á los ojos del espectador, un bello y delicioso panorama: aquellas montañas se multiplican prodigiosamente: su color de un rojo oscuro, su forma redondeada, su altura casi igual, y las mil y mil ondulaciones que se dejan ver entre las cumbres de unas y otras, y el sol poniente que extendía sus ráfagas de oro, de violeta y de grana, en el fondo de aquel inmenso cuadro, nos hacía contemplar entusiasmados el hermoso paisaje, que nos traía á la memoria, nuestra Patria, donde tantas veces habíamos disfrutado de un espectáculo semejante. Por fin, llegamos á San Juan, llamado con toda propiedad, en la Montaña, pues la pequeña población está realmente, en una montaña de las innumerables que se elevan en aquel afortunado sitio; que visitó la Madre de Dios, cuando llevaba en su purísimo seno al Verbo del Padre. ¡Oh, qué lugar tan alegre y hermoso es este! Figurábame ver á la Santísima Virgen que venía descendiendo de aquellas montañas, en humilde jumentillo, con el rostro radiante de alegría, y una modestia que encantaba á los ángeles. José vendría con sumo cuidado, para evitar una caída á su sagrada Esposa, porque el camino es peligroso y muy difícil á la llegada. Hubiera querido, conducirla en brazos, y en su mismo corazón; porque era Ella, en el mundo, todo su tesoro. Y ¡qué pensamientos de cielo y de Dios, no

llevarían estos simpáticos y caritativos peregrinos? Venía la Purísima Virgen á derramar las aguas de la gracia en casa de Zacarías; aquella Virgen santa que llevaba en su seno el Criador; aquella Madre que Dios había constituido manantial de la misericordia é inagotable surtidor de clemencia y piedad; y como nada era tan dulce y agradable al corazón de María que hacer el bien, Ella sube con presteza las montañas de Judea, y nada la detiene en su camino; llega á casa de Isabel, la saluda, y ésta siente que da saltos de placer el niño que lleva en su seno, y exclama: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Y ¡de dónde á mí tanto bien que venga á visitarme la Madre de mi Señor.....? Dichosa Tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor. ¡Oh, con cuánto consuelo y alegría, los peregrinos, repiten estas hermosas palabras, al atravesar las montañas de Judea, donde tantos siglos ha, resonaron por la vez primera! Bendita tú entre las mujeres... Dichosa Tú la que has creído... Y aquella hermosa y sacratísima Virgen es nuestra Madre..... Y la Niña feliz que creyó las palabras del Ángel dió á los hombres la salud y la vida.

* * *

Sigamos nuestro camino: unos pasos más, y vednos

á la puerta del convento de los franciscanos. Sale á recibirnos un lego, franco en extremo, y que habla por tres. Este lego, que se llama Fr. Daniel, ha estado en América y ha recorrido casi toda la República del Chile: nos platica desde luégo sus largas expediciones, sus aventuras y peligros por mar y tierra; y hablando y haciendo, nos trae de merendar, y despues nos instala en un buen aposento á donde viene el Padre guardian, que es Español y otros religiosos, entre los cuales tuvimos el gusto de encontrar un compatriota, hermano nuestro, que hacia algunos años estaba en Palestina; y con él éramos ya cuatro mexicanos que nos hallábamos reunidos en la Patria del Bautista.

Nuestra conversacion fué muy animada; hablábamos de México, de sus negocios políticos, sus desgracias, sus peligros; de nuestros amigos; y de otros asuntos particulares. Mas á pesar de que aquella conversacion nos era muy agradable, cuando decíamos, México, y nos veíamos tan léjos del suelo hermoso que nos vió nacer, escapábase del pecho un profundo suspiro. ¡Ah! No hay patria como México, nos decíamos mutuamente los cuatro mexicanos. Y si no lo tomáis por exajerado patriotismo, os diré que así es en realidad.

CAPITULO XXI.

La Iglesia de los franciscanos.—Milagro del Bautista.—La Iglesia de la Visitacion.—La tierra del Bautista.—La fuente de Nuestra Señora.—Ruinas.—El canto de la Magnificat, en las montañas de Judea.—Lugar donde predicaba San Juan.—Milagro de San Zacarías.—Aventura.—La Gruta del Bautista.—Regreso á Jerusalem.—Puntos principales del camino.

*
*
*

Al dia siguiente de nuestra llegada á San Juan en la Montaña, visitamos la Iglesia de los franciscanos: es de tres naves, su arquitectura demaciado humilde; las columnas que sostienen los arcos de las naves, son muy gruesas y sin gracia; las paredes están cubiertas con cortinas rojas. En la parte superior de la nave de la derecha está el altar del nacimiento de San Juan Bautista: de uno y otro lado del altar, se ven algunos bajo relieves en mármol, que representan diversos pasages de la vida del Precursor.

Hé aquí lo que nos contaron los padres, acerca de un religioso que aun vive en ese convento. Hallábase éste, enfermo y muy grave de una rodilla, que tenia

á la puerta del convento de los franciscanos. Sale á recibirnos un lego, franco en extremo, y que habla por tres. Este lego, que se llama Fr. Daniel, ha estado en América y ha recorrido casi toda la República del Chile: nos platica desde luégo sus largas expediciones, sus aventuras y peligros por mar y tierra; y hablando y haciendo, nos trae de merendar, y despues nos instala en un buen aposento á donde viene el Padre guardian, que es Español y otros religiosos, entre los cuales tuvimos el gusto de encontrar un compatriota, hermano nuestro, que hacia algunos años estaba en Palestina; y con él éramos ya cuatro mexicanos que nos hallábamos reunidos en la Patria del Bautista.

Nuestra conversacion fué muy animada; hablábamos de México, de sus negocios políticos, sus desgracias, sus peligros; de nuestros amigos; y de otros asuntos particulares. Mas á pesar de que aquella conversacion nos era muy agradable, cuando decíamos, México, y nos veíamos tan léjos del suelo hermoso que nos vió nacer, escapábase del pecho un profundo suspiro. ¡Ah! No hay patria como México, nos decíamos mutuamente los cuatro mexicanos. Y si no lo tomáis por exajerado patriotismo, os diré que así es en realidad.

CAPITULO XXI.

La Iglesia de los franciscanos.—Milagro del Bautista.—La Iglesia de la Visitacion.—La tierra del Bautista.—La fuente de Nuestra Señora.—Ruinas.—El canto de la Magnificat, en las montañas de Judea.—Lugar donde predicaba San Juan.—Milagro de San Zacarías.—Aventura.—La Gruta del Bautista.—Regreso á Jerusalem.—Puntos principales del camino.

*
*
*

Al dia siguiente de nuestra llegada á San Juan en la Montaña, visitamos la Iglesia de los franciscanos: es de tres naves, su arquitectura demaciado humilde; las columnas que sostienen los arcos de las naves, son muy gruesas y sin gracia; las paredes están cubiertas con cortinas rojas. En la parte superior de la nave de la derecha está el altar del nacimiento de San Juan Bautista: de uno y otro lado del altar, se ven algunos bajo relieves en mármol, que representan diversos pasages de la vida del Precursor.

Hé aquí lo que nos contaron los padres, acerca de un religioso que aun vive en ese convento. Hallábase éste, enfermo y muy grave de una rodilla, que tenia

hinchada, y no le dejaba dar un paso; el médico creía necesaria la amputacion; pero el religioso, lleno de fe, ocurrió al patrocinio de San Juan, pidiéndole la salud; vino al sitio donde se cree que nació el Santo Precursor, y sobre ese sitio puso la rodilla enferma, repitiendo sus ruegos con instancia; y al levantarse de allí se halló del todo sano, de tal suerte que luégo se fué al coro, sin ningun trabajo; y hasta la fecha sigue todos los actos de comunidad y está perfectamente bien.

La iglesia de la Visitacion dista del convento, como siete minutos de camino: está situada sobre una hermosa colina. La mañana que fuimos á esta iglesia, estaba muy alegre, y nuestro corazon rebosaba en santo júbilo: entramos en el templo, que es una sala casi cuadrada, cuyas paredes están cubiertas de azulejos: en el fondo de esta iglesia, que es no más que provisional, están dos arcos, los cuales segun se dice, son del tiempo de Zacarías: en el de la izquierda, que daba entrada á la casa, fué donde se encontraron segun la tradicion, la Santísima Virgen y Santa Isabel.

En una de las paredes del templo hay una gran piedra, acerca de la cual nos refirieron lo siguiente: Cuan-

do los padres del Bautista supieron la persecucion de Heródes, se retiraron al desierto, llevando consigo á su bendito hijo, que ocultaron en una gruta, teniendo cuidado de cerrarla con la piedra que hoy se guarda en esta iglesia.

Fuera de la iglesia hay una fuente de muy buena agua, con la cual se han obrado maravillosas curaciones, segun el testimonio de los franciscanos de este lugar. El Padre Español de que hemos hablado, nos refirió lo siguiente: Yo padecia un continuo dolor de cabeza que con nada podia aliviar; pero recurrí al patrocinio de Nuestra Señora, suplicándole me diera la salud con el agua de esta fuente que luego empecé á tomar; y al presente estoy bueno y sano.

Á un lado de la iglesia, y en la parte más elevada de la montaña, se ven las ruinas del antiguo templo de la Visitacion, y de un convento de monjas benedictinas. Vimos gravadas en algunas piedras del ábside del templo, las armas de los cruzados. Los cruzados, los cruzados, nos deciamos, ya pasaron; y esos tiempos en que el ardor de la cristiana fe, producía tantos héroes, y realizaba tan árduas y nobles empresas, pasaron tam-

bien. La vieja Europa ya no piensa en Dios: la sed de los placeres la consume; y la avaricia, como ardiente fuego, devora sus entrañas. Y el nuevo Mundo, aun ántes de tener virilidad, débil sintióse y muy enfermo; y apenas atiende á curarse. Algo de todo esto pudimos observar, pasando por Nueva-York, y por algunas ciudades de Europa; sin embargo, es necesario decir, que nuestras observaciones, principalmente, en lo que se refieren á los católicos de Italia, fueron tomadas á vuelo de pájaro, sin tener el tiempo que hubiéramos deseado para hacerlas, ni personas que nos hubieran dado luces sobre el particular.

La iglesia del tiempo de los cruzados, será reedificada muy pronto segun nos dijo el Guardian del Convento.

Al dia siguiente repetimos nuestra visita á este santo lugar en compañía de dos padres, que entonaron la Magnificat, en el punto donde se cree que lo dijo Nuestra Señora. El canto de los padres nos pareció divino; nuestros corazones estaban conmovidos, y lágrimas de amor y de ternura corrian de nuestros ojos. ¡Ah, la grandeza de Dios y su bondad; las glorias de María; la incomparable esprecion de gratitud ya no cabía en su pecho: la revelacion, en fin, de aquellos misteriosos y nobles sentimientos de su alma inmaculada y santa, todo esto brilló tan suavemente delante de nosotros, que nos dejó abismados en un piélago insondable de tanta dulzura, que á fuerza y llorando, dejamos aquel afortunado sitio.

*
*
*

Nos quedaba por ver, la gruta del Bautista, y para esto, en compañía de nuestros paisanos Gonzalez Valdivia y Romero, tomamos el camino del Desierto camino muy hermoso, y que pasa á orillas de barrancos más ó menos profundos. El terreno es desigual; á veces la senda es peligrosa; más á pesar de todo, ni se abriga temor, ni se pierde el contento y alegría que inunda el corazon del peregrino en estos bellísimos lugares. Á poco de caminar, encontramos un monton de piedras calizas. Este es, nos dijeron, el lugar donde predicaba San Juan. Hace pocos años que un turco, deseando que se olvidase la tradicion que hay sobre esto, y que los cristianos no venerasen este sitio, empezó á llevar algunas de estas piedras y las metió en un horno de cal; mas apesar de haberles dado fuego muy activo durante 8 dias, las piedras permanecieron intactas. Ademas, refirió el mismo turco á los franciscanos, que repentinamente se le presentó un anciano de terrible aspecto, y le mandó que las piedras que habia tomado, las entregase á los franciscanos; y cesara en su intento, si no queria ser castigado. Los franciscanos le preguntaron si conoceria al anciano, en caso que lo viese; y el turco dijo que sí; luego le presentaron varias imágenes de santos; y entre éstos la de Za-

carias; y al verla, exclamó el turco: Este es el viejo que me amenazó.—Las piedras se conservan en la nave izquierda de la iglesia del convento, donde las vimos.

Seguimos nuestra marcha cuando oigo que alguno me dice: Adios amigo, buen viaje; y ¡á dónde va? ¡Á dónde he de ir? contesté, al suelo. Se habia aflojado el aparejo de mi pollino, y aunque yo forcejaba por tenerme bien, y me decia una y otra vez: aquí de las mias, todo fué inútil; hasta el suelo fui á dar; pero caí sin sufrir ningun dolor, y levantándome con presteza, no tuve ni polvo que sacudir. Así sean todas mis caídas, les dije á mis compañeros que se habian acercado para dar fe de semejante aventura. Señalen bien Ustedes este sitio, dije tambien á Valdivia y Romero, que aquí medí mis tierras; y en otra vez que vuelva á Palestina, vendré á reconocerlo.

Sólo el paraguas que llevaba, se inutilizó; pero mi fino y obsequioso Avelar, me obligó á tomar el suyo. Llévelo Usted me decia, que yo soy indio, y á mí no quema el sol. Y yo tan español ¿no es verdad? Viva México y vivan nuestros indios, aquí y en todas partes.

Entre tanto, el dragoman que nos acompañaba, componia el aparejo, y cuando todo estuvo listo, monté de nuevo en mi humilde pollino y seguimos caminando. Poco nos quedaba por andar: á los cuantos minutos llegamos al Desierto: desmontamos, descendimos algunos escalones, tendidos sobre la falda de la montaña,

dimos vuelta sobre nuestra derecha, y á pocos pasos llegamos á la famosa gruta que presencié las austeridades y la vida angelical del Bautista. ¡Qué sitio aquél tan alegre y hermoso! Aquí se puede morar, no sólo con objeto de hacer penitencia, sino tambien para vivir como en un paraíso. La soledad, el despejado cielo, el profundo valle del Terebinto que se tiende á los piés, cubierto de vegetacion y bien cultivado; las alturas de Modin y de diversas montañas que unas en pos de otras levantan su cumbre, y parecen que observan y guardan la entrada de aquel dichoso sitio; el agua cristalina que saliendo de las peñas, es recogida en una pila que está á la entrada de la gruta; las palomas torcaces que no dejan de cantar; todo, en fin, nos hablaba de Dios..... Yo la llevaré á la soledad y le hablaré al corazon, dijo el Señor por un profeta. ¡Qué palabras tan santas y dulces no se le dirian al alma del Bautista en este apartado lugar! Aquí, este hombre extraordinario, este gran santo, pasó su vida vestido con un saco de piel de camello, y un ceñidor de cuero á la cintura; y era su comida langostas y miel silvestre. De aquí salió para preparar los caminos del Hijo de Dios. Juan no era la luz; pero dió testimonio de la luz, y su testimonio fué verdadero.

La gruta del Bautista es como de diez ó doce piés de larga, por seis de ancho: tiene una puerta y una especie de ventana, un banco de piedra donde se cree que dormia el santo, y un pequeño altar donde se celebra el sacrificio de la misa. La gruta ve al N. y dis-

ta poco más de una legua del lugar del nacimiento del Precursor, ó sea de San Juan en la Montaña.

Concluida nuestra visita volvimos al convento donde pasamos lo restante del día: al siguiente regresamos á Jerusalem: el camino de San Juan, á la santa ciudad es bastante malo; se emplean en él dos horas: es muy pedregoso: al salir se sube una pendiente algo molesta; pero ya no hay más subidas, sino solamente el terreno muy accidentado. Á más de la mitad del camino se encuentra un monasterio de griegos cismáticos, que en otro tiempo fué de los monjes de San Basilio: en la Iglesia de este monasterio dícese que está el sitio que ocupó el árbol de donde fué cortada la madera para la Cruz del Salvador.

Antes de llegar á Jerusalem, se pasa por el monte Gihion donde fué ungido el Rey Salamon, por orden de David su padre.

En San Juan dejamos á nuestro compatriota Romero, y al llegar á Jerusalem, nos encaminamos al convento del Santo Sepulcro, donde quedó Gonzalez Valdivia: Avelar y yo, nos fuimos á la Casa Nova.

Era el seis de Diciembre, víspera de salir de la san-

ta ciudad: nuestra alma se hallaba entristecida, dejábamos, y acaso para siempre, aquella tierra que todos los cristianos amamos con tanto cariño, y que vemos como nuestra Patria: era pues, indispensable darle nuestro adiós, exhalando al hacerlo, un suspiro de amor. Oh Jerusalem! decíamos entónces, ¿volverémos á pisar tu sagrado recinto? ¿nuestros ojos volverán á mirarte? y ¿andarémos otra vez la dolorosa via, llorarémos de nuevo allá en Getsemaní, y adorarémos en tu tumba y en la cima del Calvario á nuestro Dios? Y una ráfaga brillante de esperanza cruzaba por nuestra alma. Sí, volverémos, nos decíamos, contando con el auxilio del Señor: que para Él no hay obstáculo ninguno. Así nos lo prueba el viaje que hemos realizado, sin recursos de ninguna clase, cuando Dios lo quiso, un noble y generoso amigo, nos dió con que hacerlo. (1) Faltos de salud, temíamos por nuestra vida; y con todo, nada nos ha sucedido: sin tener experiencia ninguna, hemos pasado felizmente entre bárbaros y civilizados, griegos y romanos, y volvemos á nuestra Patria, alegres y contentos, y llenos de amor y gratitud, para con nuestro amoroso y buen Dios que nos ha colmado de tantos favores.

(1) El R. P. Fr. Jesus Sanchez, Guardian del Colegio de Guadalupe de Zacatécas.

CAPITULO XXII.

Salida para Jafa.—Recuerdos y tristezas.—El 8 de Diciembre á orillas del mar.—Una historia de Pio IX.—Puerto Said y Alejandria.—El Mediterráneo.—De Marsella á París.—La tumba de Napoleon y el Hotel de inválidos.

* * *

Ha llegado el siete de Diciembre. Adios, Jerusalem amada: una y otra vez adios: hasta la vista; y diciendo estas palabras salimos por la puerta de Jafa.

Silenciosos veníamos y meditabundos, por el camino; y una santa y dulce tristeza habíase apoderado de nosotros. Las impresiones recibidas durante nuestra breve permanencia en la santa ciudad, se renovaban á una, al separarnos de Jerusalem, y conmovían profundamente nuestras almas: recordábamos cuanto habia pasado por nosotros, y nos representábamos una y otra vez, aquellos preciosísimos lugares santificados por el Dios Redentor y su Inmaculada y Santa Madre: el Getsemaní con todas sus tristezas y melancías, tan misteriosas y consoladoras, y sus calladas sombras que infunden un pavor sagrado; y aquella soledad profunda en que habla Dios al alma palabras de esperan-

za y vida eterna. Y la via dolorosa que riega el peregrino con sus lágrimas; y el arco del Ecce Homo, y el Pretorio de Pilatos y el glorioso Sepulcro y el santo Monte Calvario..... Dejad que nuestros ojos, lloren, que venga la tristeza y nos arranque un suspiro de inmenso dolor.

* * *

Así pasamos las largas horas de nuestro camino; cuando dió la una de la tarde y llegamos á Ramle, donde comimos en el convento de los franciscanos; y despues de un rato de sesteo, continuamos hasta Jafa, llegando á las 6 de la tarde á este puerto donde permanecimos hasta el dia nueve.

El dia de la Purísima celebramos en Jafa y lo pasamos muy contentos, recordando el privilegio de gracia original de nuestra querida y tierna Madre: y ya que estábamos á orillas del Mediterráneo, pensamos en que María salió del inmenso mar de la gracia, como una preciosa perla de inestimable valía; escogida por Dios, preservada por su Majestad de toda mancha, y enriquecida con toda suerte de gracias y favores desde el principio de su existencia. La cándida y pequeña nube de Elías se levantó de aquel mar, al soplo miste-

rioso del Espíritu Santo. La que fué concebida entre prodigios de gracia, estaba predestinada para Hija del Padre; y esa Hija tenia que llevar en su seno al Verbo de Dios, y sería la Esposa sin mancha de aquél Espíritu divino que eternamente procede del Padre y del Hijo.

En Jafa tuve la honra de conocer y tratar al Ilmo. Señor Arzobispo de Tarso y Adana, D. Teodoro Narziabouch, armenio; persona muy instruida y de bellísimo carácter. Entre varias cosas que nos platicaba, nos refirió lo siguiente, hablando del Señor Pio IX. En el año de 1876, navegaba el Ilmo. Señor Narziabouch de Ancona para Constantinopla, en el vapor "Sultan" El capitan de este vapor era un hombre sin creencia ninguna y mason. Con mucha frecuencia hablaba sobre puntos de religion, burlándose de todo; la infabilidad del Papa le chocaba en gran manera, y se reía muchísimo de los católicos que creemos en semejante simpleza, segun él se expresaba. El Arzobispo le contradecía y procuraba deshacer sus objeciones; pero todo era inútil. Una ocasion que platicaban con más calma, y familiarmente, el Arzobispo le enseñó y rega-

ló un retrato de Pio IX á quien no conocia el capitan: éste lo tomó y guardó en su cartera dejando escapar una sonrisa burlona: ya tenia consigo un poderoso talisman. Entre tanto, y pasados dias, el mar comenzó á alterarse y una noche se presentó una terrible y deshecha tormenta: el capitan, inteligente y activo, hacia prodigios; pero todo se conjuraba en su contra, y llegó un momento que se creyó perdido; era imposible, decia, salvar el buque: daba vueltas sobre cubierta; como un desesperado: no hallaba que hacer: la noche estaba muy oscura; los relámpagos descubrian á cada instante, profundos abismos abiertos en las aguas del mar, y el vapor era el juguete de las furiosas olas. En tales circunstancias se acordó de Pio IX, y exclamó diciendo: Oh Pio IX, si eres infalible, sálvame de este peligro. En ese instante, se le aparece sobre el mar, un anciano, vestido de blanco y le dice: ¿Qué quieres hijo mio? Me has llamado y vengo á socorrerte. El capitan, sin saber lo que era aquello, le dijo: Padre mio, estoy á punto de perecer, y conmigo todos los pasajeros: sávanos de la muerte. Aquel anciano, extendió su mano sobre el mar, hizo la señal de la cruz y el mar se calmó en aquel instante.—El capitan sobrecogido de espanto, corrió al camarote del Señor Arzobispo, quien se resistió mucho para abrirle; pero, en fin, lo hizo, y el capitan, con lágrimas en los ojos, enteramente mudado le refirió lo anterior: Yo creo, exclamaba, yo creo en la infabilidad del Papa; yo quiero reconciliarme con la Iglesia; deseo confesarme. El Se-

ñor Arzobispo se sorprendió de semejante cambio y procediendo con la debida circunspeccion, instruyó al capitan, y despues de haberlo preparado, lo confesó. Desde entónces, el capitan ha sido un buen católico; y los años trascurridos hasta el presente, han probado la sinceridad de su conversion y la verdad de su relato.

Llegó, por fin, el nueve de Diciembre, en que debiamos embarcarnos, eran las tres de la tarde, y entramos en un pequeño bote que con gran trabajo nos condujo á bordo del Danae: el mar estaba picado, amenazaba una gran tempestad, y el vapor en malas condiciones.

Á las seis de la tarde ya estábamos completamente mareados, y con un sopor y un aturdimiento que nos tuvo postrados y sin aliento hasta llegar á Puerto Said, al día siguiente á las siete de la noche. No podiamos comer, ni beber ni pasearnos: creiamos morirnos. Los que allá en nuestra Patria, ruegan por nosotros, deciamos Avelar y yo, se han olvidado de socorrernos con sus oraciones.—Si de esta escape y no muero añadia Avelar, no más boditas al cielo. Aquello era horrible

y penoso: casi habiamos perdido la conciencia de nosotros mismos; pero en fin, todo concluyó al desembarcar en Puerto Said. Al llegar á la aduana, los guardas deteniaian demasiado nuestros pequeños equipajes, á pesar de que no tenian que registrar sino los nuestros, y á pesar tambien de ser ya muy noche: entendimos que querian alguna cosa; les dimos unos francos y luégo pasamos sin dificultad.

Mucha necesidad teniamos de reponernos despues de semejante fatiga, y así lo hicimos entregándonos al más apetecido sueño, y no levantándonos al día siguiente sino muy tarde.

En Puerto Said encontramos, de viaje para Tierra Santa á un padre chileno, á quien habiamos conocido en Venecia: con él mandamos nuestros recuerdos á los amigos que habiamos dejado en Jerusalem; y en la misma tarde continuamos nuestro camino para Alejandria; pero ya no en el malhadado Danae, sino en un buen vapor de las mensagerias, el Said.—El doce de Diciembre á las nueve de la mañana y sin ningun contratiempo, llegamos á la hermosa Patria de Santa Catarina y del gran San Atanasio. Fuimos recibidos, por

los franciscanos, en el convento de aquella Santa, como la primera vez, con mucha finura y atenciones.

El vapor que habíamos tomado en Puerto Said, se detuvo en Alejandria hasta el martes catorce; y en este dia continuamos nuestro viaje para Marsella. Al entrar en el bote para conducirnos al Sindh, se repitió lo de Jafa: el mar estaba inquieto, y apenas nos dió lugar para embarcarnos: el piloto que sacó del puerto nuestro buque, ya no pudo volverse y continuó con nosotros hasta Marsella. El primer dia de embarcarnos, tuvimos una ligera tempestad; y los siguientes, la navegacion fué verdaderamente deliciosa. ¡Cuán bello me pareció entónces el Mediterráneo! Sobre todo cuando veíamos tierra: ya el estrecho de Mesina, ó Scila y Caribdes, ó la isla de Córcega: todo se nos presentaba encantador y fantástico: veíamos los edificios, los jardines y aun la gente. Al pasar por una isla alcanzamos á ver una columna y á su pié un monton de piedras: la columna se habia levantado á la memoria de 200 náufragos que allí habian perecido. Dimos mil bendiciones á la Providencia del Señor que á nosotros nos daba una feliz navegacion; y pedimos por aquellos desgraciados.

Así pasamos, aquellos dias, por cierto muy hermosos; divertidos con el buen trato de Monseñor Narsciabouk, de un griego bastante instruido, y muy amante de platicar; y de varios otros pasajeros de diferentes nacionalidades; y el domingo 19, á las 8 de la mañana, desembarcamos en Marsella, donde no nos

detuvimos, sino 10 horas, saliendo á las seis de la tarde, para París en el tren rapidísimo, y llegando á la gran Capital á las 9 de la mañana del dia siguiente. El tren se deslizaba sobre la nieve que cubria los rieles, con una violencia que causaba miedo: no veíamos otra cosa que nieve en todas partes: no era dable asomarnos á las ventanillas de los wagones, porque nevaba sin cesar; y el frio era insufrible: llevábamos debajo de los piés grandes tubos llenos de agua caliente que renovaban en las principales estaciones; pero este auxilio á nosotros no nos agradaba, por ser muy molesto, y aun perjudicial á la salud el tránsito brusco que á veces hay que sufrir, saliendo de los wagones, y teniendo luégo que andar sobre la nieve.

Al llegar á la hermosa Capital, ésta aun no se habia quitado el blanco sudario que la envolvía: todo en ella estaba cubierto de nieve: los edificios, las calles, los carruajes, y los transeuntes. Los cocheros cubiertos con grandes capotes de hule y altos sombreros, ni aun trataban de sacudir la nieve que les daba un segundo vestido; y sobre algunos carruajes se veian como pirámides de nieve, teniendo de altura casi una va-

ra; mas á pesar de todo esto, nosotros no sentiamos mucho el frio, por venir sumamente abrigados con unos excelentes sobretodo comprados en Venecia.

En Paris permanecimos hasta el viernes 24 de Diciembre, ocupándonos en arreglar nuestros pequeños negocios, y conocer algunos monumentos que no habiamos visitado en el mes de Setiembre. Entre otros vimos la tumba de Napoleon Primero, majestuosa y bella, y digna de aquel hombre que á pesar de todo, fué grande.

“Este magnífico edificio fué construido por Mausart, y consiste en una torre circular que, cubierta por una hermosa cúpula dorada, termina en atrevidísima aguja que se desvanece en los aires.

“En el interior hay una severa y grandiosa cripta circular; embaldosada de mosaico, en cuyas paredes están representados en bajo relieves los grandes sucesos de primer imperio, y adornada de soberbias estatuas, se levanta magnífica, imponente, una tumba de granito rojo, que encierra las cenizas del Gran Napoleon.

“Fuera de la cripta y junto á un altar de San Jerónimo, están las tumbas del Rey Jerónimo y de su hijo primogénito. En otro lugar inmediato, las de Turena, José Bonaparte y Vauván. Á la izquierda del altar está una sombría escalera que conduce al interior de la cripta: á los lados se ven los mausoleos de los generales, Duroc y Bentrاند.”

¡Ah! si Napoleon, no hubiera manchado las páginas

de su historia con tantas lágrimas y sangre que hizo derramar; si hubiera sabido dominar su ambicion; si en fin, hubiera sido recto y fiel en su conducta, Francia, el dia de hoy, seria sin duda alguna, la primera de todas las naciones: *Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum!*

Visitamos en seguida el Hospital de los inválidos: recorrimos, aunque muy de carrera, sus inmensas y hermosas galerías: en unas están colocadas las armaduras de acero, que usaban los guerreros en pasados siglos: morriones, yelmos, cotas y escudos; pero en tanto número y de tan diversas formas, que después de un rato nos causamos y tuvimos que entrar en otras salas; y nos sucedia lo mismo: en unas veíamos de uno y otro lado, espadas, marrases, sables casi desde los primeros que se inventaron: al ver algunas espadas antiquísimas queríamos averiguar si entre ellas estaba la de Goliath; pero no habia quien nos diera razon. Vimos tambien un número prodigioso de lanzas, de pistolas y fusiles de todos tamaños y sistemas: habia algunos de 6 varas de largo, como ya tambien los habiamos visto en Florencia. Cañones de más de 7 varas de largo; y dentro de los cuales podian caber dos hombres muy cómodamente; y otros no tan grandes. Hay tambien muchísimas banderas recogidas por Napoleon Primero en sus numerosas victorias.—En otros departamentos se encuentran las estatuas de los guerreros de todas las naciones llevando el traje y las armas que se usaron en diferentes épocas; que revelan la civiliza-

cion y cultura de los tiempos y los pueblos: algunas de esas estatuas causan risa y divierten bastante; y otras descubren los instintos sanguinarios de ciertas razas. Buscamos el tipo mexicano y lo hallamos en un galiano, vestido de cuera, la pistola al cinto y fumando: su frente es altiva; audaz y desdeñosa su mirada: está vendiendo valor. Vaya si quiera no se dice de nosotros que somos unos mandrias: ni los franceses lo podrán decir despues del memorable cinco de Mayo, en que fueron derrotados por las tropas mexicanas.

Está por demas el decir que en este basto y suntuoso edificio, todo está en orden, y dispuesto con gracia, y muy aseado. En esto los franceses dan la ley á todo el mundo.—Era ya muy tarde y fué preciso retirarnos.

CAPITULO XXIII.

Salida para el Habre.—Antes de embarcarnos.—Unos pasajeros.—Último dia del año en el mar.—Los vapores de la Compañía Trasatlántica francesa.—Nueva-York.—El Hotel Español.—San Luis Missouri y el Colorado.—El suelo mexicano.—Accion de Gracias.—Mi gratitud á la Madre de Dios.

Con alguna anticipacion arreglamos nuestro billete de vuelta en la Compañía Trasatlántica, y llegado el viernes veinticuatro de Diciembre, salimos en la tarde, para el Habre, y al dia siguiente nos embarcamos en el vapor Normandía.

En el Habre tuvimos el consuelo de celebrar la misa de Navidad: el templo estaba muy concurrido y se notaba devocion en los asistentes. Nosotros nos ocupamos en pedir á Dios Nuestro Señor una feliz navegacion; y que continuara dispensándonos, su divina y amorosa proteccion. En todas partes Dios es quien nos protege y nos libra de todos los peligros; pero en esto no reflexionamos lo bastante, ni pagamos á Dios la gratitud que le debemos, ni recurrimos á su Majestad, como lo exige nuestra gran miseria y los peligros

cion y cultura de los tiempos y los pueblos: algunas de esas estatuas causan risa y divierten bastante; y otras descubren los instintos sanguinarios de ciertas razas. Buscamos el tipo mexicano y lo hallamos en un galiano, vestido de cuera, la pistola al cinto y fumando: su frente es altiva; audaz y desdeñosa su mirada: está vendiendo valor. Vaya si quiera no se dice de nosotros que somos unos mandrias: ni los franceses lo podrán decir despues del memorable cinco de Mayo, en que fueron derrotados por las tropas mexicanas.

Está por demas el decir que en este basto y suntuoso edificio, todo está en orden, y dispuesto con gracia, y muy aseado. En esto los franceses dan la ley á todo el mundo.—Era ya muy tarde y fué preciso retirarnos.

CAPITULO XXIII.

Salida para el Habre.—Antes de embarcarnos.—Unos pasajeros.—Último dia del año en el mar.—Los vapores de la Compañía Trasatlántica francesa.—Nueva-York.—El Hotel Español.—San Luis Missouri y el Colorado.—El suelo mexicano.—Accion de Gracias.—Mi gratitud á la Madre de Dios.

Con alguna anticipacion arreglamos nuestro billete de vuelta en la Compañía Trasatlántica, y llegado el viernes veinticuatro de Diciembre, salimos en la tarde, para el Habre, y al dia siguiente nos embarcamos en el vapor Normandía.

En el Habre tuvimos el consuelo de celebrar la misa de Navidad: el templo estaba muy concurrido y se notaba devocion en los asistentes. Nosotros nos ocupamos en pedir á Dios Nuestro Señor una feliz navegacion; y que continuara dispensándonos, su divina y amorosa proteccion. En todas partes Dios es quien nos protege y nos libra de todos los peligros; pero en esto no reflexionamos lo bastante, ni pagamos á Dios la gratitud que le debemos, ni recurrimos á su Majestad, como lo exige nuestra gran miseria y los peligros

que nos rodean. Mas al entrar en el mar volvemos á Dios nuestros ojos; porque vemos que sólo su amorosa providencia, nos puede salvar de tanto peligro de naufragio y muerte, que no preveen los hombres, ni menos pueden librar de los mismos. Entónces en Dios ponemos nuestra esperanza y sabemos orar con fervor. Ciegos de nosotros! La vida siempre es un mar donde abundan los naufragios, que no porque menos se noten dejan de ser desastrosos; y á fin de evitarlos ¿por qué no volver á Dios nuestras miradas y pedirle de continuo que nos salve? Mas es hora de partir: están levadas las anclas; la Normandía se desprende del muelle, majestuosa y grave: de uno y otro lado van quedando pequeñas y agraciadas casas, que tienen á sus puertas multitud de curiosos que nos dan la despedida: entramos en alta mar: adios Habre, adios París, hasta la vuelta.

* *

Á bordo de la Normandía encontramos á un jóven mexicano de una distinguida familia de Puebla, apellidado Illescas: venian tambien en el mismo buque, dos pasajeros de Nicaragua. Uno de estos de finos modales y esmerado trato; el otro, un poco callado, mustio, y que

hablaba con un aplomo y gravedad, tan marcados, que Illescas, lo bautizó con el nombre, de Maestro de las Sentencias, (a) Lombardini. Las ideas de este maestro, por cierto que no estaban muy en su lugar; su capacidad era escasa y su instruccion ninguna. Sin embargo teniamos con él, algunos ratos divertidos. Al decir de él mismo, era un hombre acaudalado, de noble prosapia y de grandes negocios. Con todo esto la humildad de sus conversaciones y la sencillez de sus maneras, cubrian modestamente aquellas prendas. Respecto de ideas y del talento del buen maestro, para muestra bastará un boton: "Todos tenemos un incomparable horror á la muerte, nos decia una vez, y esto prueba, continuaba, que nadie cree que el alma es inmortal; pues si lo fuera, en vez de horror tendríamos curiosidad en saber lo que hay más allá de la tumba." Pero no era hombre de disputa, y al ser atacado contestaba: "Estas son las ideas de nuestra época; no las mías: digo esto porque todos lo dicen: es cierto lo que Ustedes dicen: si no creyéramos que habia de existir el alma despues de la muerte, nada temeríamos para entónces, pero no todos están de acuerdo en lo dicho."

* *

Estando en medio del mar llegó para nosotros, el último dia del año de 86: algunos pasajeros, los más

ingleses, mandaron preparar una comida que habian de tomar á las 12 de la noche: á esta hora hubo algunos brindis, en los cuales se habló solamente del año nuevo, deseando que fuera muy feliz. Illescas, Avelar y yo, recordando lo que se practica en nuestra Patria, y consultando nuestro corazon lleno de ternura y gratitud hácia Dios Nuestro Señor por tantos favores y misericordias como su Majestad nos habia dispensado, en el año de 86, rezamos las oraciones de la Iglesia y dimos gracias con todo nuestro afecto.

Entre tanto La Normandía se deslizaba tranquila y majestuosa, sobre las ondas del Océano: no habiamos tenido ningun contratiempo; pero repentinamente, el buque se detiene; preguntamos el motivo y nos dijeron que se habian roto algunas piezas de la máquina del vapor: y en reponerlas perdimos 7 horas. Con frecuencia sucede esto mismo, en los demas vapores de la Compañía General Trasatlántica, que hacen el viaje del Habre á Nueva-York. La Borgoña, por ejemplo, que es uno de los mejores, del mes de Agosto á Diciembre del año de 86, se descompuso 3 veces en alta mar. Tal vez sucederá lo que decimos, por la gran velocidad con que se quiere pasar el Atlántico, en ocho dias, lo que casi nunca consiguen, pues duran los más de los viajes de nueve á diez dias. De todas maneras, córrese gran peligro en estos vapores, que son por lo demas, muy cómodos y hermosos.

Dos dias ántes de llegar á Nueva-York comenzamos á sentir un frio extraordinario: inmensos témpa-

nos de hielo cubrian la superficie de las aguas; el aire del Norte, soplabá con furia, y el vapor navegaba, cubierto de nieve y rompiendo el hielo con bastante trabajo. En fin, nos acercamos al Puerto; mas no pudimos desembarcar, sino despues de cinco horas: dos pequeños vaporcitos trabajaban sin descanso, por deshacer el hielo, y duró esta operacion el tiempo que hemos dicho.

*
*
*

Nueva-York se nos presentó lo mismo que la vez primera que habiamos estado en esa gran ciudad: con su incesante movimiento, su actividad prodigiosa, y mucho arreglo en la estacion.—Cada bulto de la carga que traen los vapores, está marcado con una letra, y al sacarlos, se coloca bajo la correspondiente, que hay en estacion; aquí aguardan los pasajeros á los comisionados de la aduana, para el registro: todo se termina en muy poco tiempo sin haber los embarazos y dilaciones que hay en los puertos de Europa. En esto mejor están los Yankes.—En la estacion, cuando desembarcamos, se hallaban los dueños ó encargados de los hoteles; nosotros que ya conociamos á Pedro Riesgo, nos fuimos con él, al Hotel Español.

La ciudad estaba cubierta de nieve; y ardía el fuego en todas las chimeneas: en instalarnos, recibir nuestro equipaje y arreglar algunos negocitos, se nos hizo noche. El hotel en que estábamos, casi es de mala muerte, y el cuarto en que nos alojamos, tenía descompuesta la chimenea; la atmósfera estaba saturada de ácido carbónico; mas nosotros con el gran cansancio que teníamos, no lo advertimos; y á las cuatro de la mañana estábamos poco menos que asfixiados; luego que notamos lo que nos pasaba, dejamos el cuarto, más que de prisa, y nos pasamos á otro, teniendo que medicarnos prontamente. El malestar nos duró casi todo el día; mas á pesar de lo dicho, llegada la noche tomamos el tren de San Luis Missouri, que por cierto no presenta las comodidades que el de la Via Atchison, Topeca y Santa Fe, relacionado con el Central Mexicano.

Al llegar á San Luis Missouri hacía un frío espantoso que no nos dejó conocer la ciudad, ni salir un paso del Hotel: lo mismo nos pasó en el Colorado á donde llegamos á las dos de la mañana: á estas horas tuvimos que ir en busca de un hotel donde hospedarnos, lo hallamos, y aunque era el peor de cuantos tengan ese

nombre, entramos en él para descansar un poco. Al día siguiente continuamos nuestro viaje para el Paso del Norte: veníamos muy alegres, y hubiéramos querido que el tren aumentara su velocidad; nos parecía muy largo el tiempo que habíamos permanecido fuera de la Patria; y sin embargo aun no se habían cumplido cinco meses. Oh! no hay como México, nos decíanos con frecuencia Avelar y yo; ¿dónde hemos visto un cielo tan hermoso como el suyo, ó dónde hemos respirado un aire tan puro? Entre tanto llegamos al territorio mexicano. Viva nuestra Patria; que ella sea siempre, libre y feliz! Esta es la exclamacion de todo mexicano, que no vuelve ayankado ó á la europea, al pisar el hermoso suelo que lo vió nacer.—Un día, que por cierto se nos hizo eterno, duramos en Paso del Norte, tomando en seguida el tren que nos trajo á Zacatecas y Aguascalientes donde acabó nuestro viaje.

Estoy en mi Patria que nunca me había parecido tan amable y tan bella como á la vuelta de mi largo viaje. París con sus bulliciosos y alegres Boulevares, Nueva-York con su continuo movimiento y Roma con sus grandes monumentos y los cristianos recuerdos

que atesora, no alcanzan á borrar la profunda y dulcísima memoria de nuestra querida Patria; por esto casi siempre la nostalgia proyecta su funesta sombra en la frente de todo mexicano que pisa en extranjero suelo, menguando por lo menos las alegrías del viaje; y por esto se desea con ansia volver á la Patria que se habia dejado.

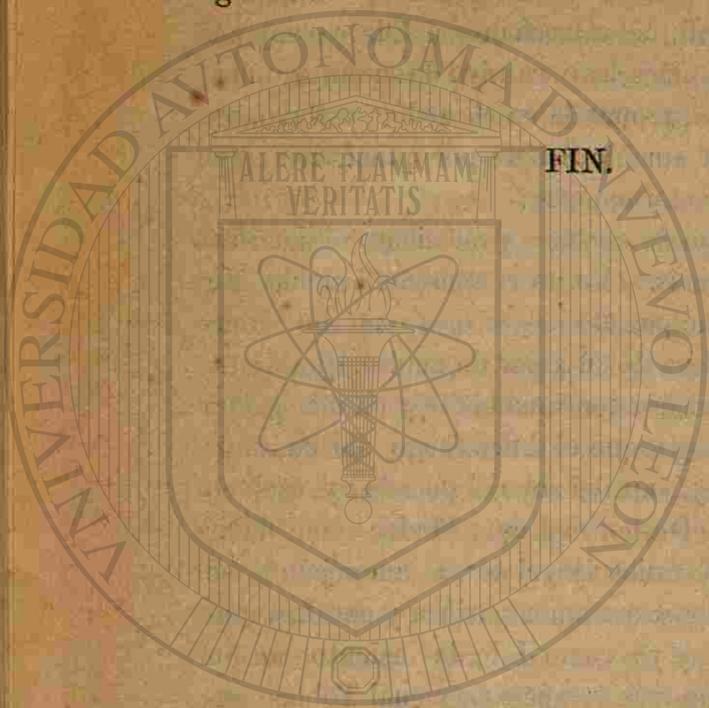
Estoy en mi Patria, decia otra vez, en medio de mis amigos que casi no creia que en tan poco tiempo, hubiera recorrido medio mundo, volviendo sano y salvo de todo peligro. ¡Ah! reflexionando en esto, mi corazon se sintió conmovido por el reconocimiento y la más filial gratitud: era preciso dar las más humildes y sinceras gracias por todos sus beneficios, á Dios Nuestro Señor, y despues de Dios, á la Purísima Virgen María que fué más que un ángel protector en todo mi viaje, fué lo que siempre ha sido y será conmigo, mi tierna y cuidadosa Madre. En todos mis peligros á Ella volvía mis miradas; y descansaba seguro bajo su sombra de gracia. Su maternal proteccion nunca me llegó á faltar: que una madre no abandona jamas á sus hijos: y aunque yo la haya olvidado, por desgracia mia, una y otra vez, y siempre Ella me obliga con su amor de madre; y yo al terminar este libro, sacudiendo aquél olvido, renuevo y le consagro todo mi cariño. ¿Por qué al concluir mi sencilla narracion, no la habia de cerrar con las dulces alabanzas de María, cuando Ella durante mi viaje, jamas me abandonó? ¿Porqué no revelar á todo el mundo mi tierna gratitud para con Ella, y el

santo y amoroso afecto que profesó á la Purísima Madre del Señor?

Sus continuos y grandes favores, su afecto de madre, me rinden, me ligan, me estrechan con Ella: yo soy su cautivo, su siervo, su esclavo: cautivo de su santo amor; siervo de Aquella que manda en el cielo; esclavo, en fin, de la excelsa y amable Señora por quien vivo, por quien espero vivir eternamente.

Leo lo que acabo de escribir, y me siento obligado á decirlo: no me creais. Yo no la amo cual debia de amarla; ni jamas he pagado sus favores, ni he comprendido la grandeza de su amor de madre: que si fuera así, en Ella pensaría continuamente y en mi pecho no ardería otro fuego, que el dulce fuego de su amor sagrado. Pero ¡ay! cautivo soy del pecado y esclavo de mis pasiones. Deshonro á esa Madre con decir que la amo: que el valioso joyel de su amor jamas se encuentra en el cieno: ese amor purifica y ensalza; embellece y alumbrá: y yo, como Job, de asiento en un muladar, inspiro no más compasion; y cual Tobias, envuelto en tinieblas, no puedo contemplar la luz del cielo. Cámbiense, pues, las notas de amor, en humilde plegaria, que la Purísima Virgen acogerá benignamente; porque tiene un corazon muy compasivo, y bien lo sabe, que nació para consuelo y amparo de los hombres. Ella, por esto, alumbrará mis ojos y sabrá llevarme en mi camino sin ningun tropiezo: me hará cruzar los mares de la vida sin que mi nave llegue á zozobrar; y al llegar al puerto, me dará la mano; y entonces sí,

acabaron para siempre mis peligros, y mi amor á la Madre de Dios jamas podrá morir, jamas tendrá menguante.

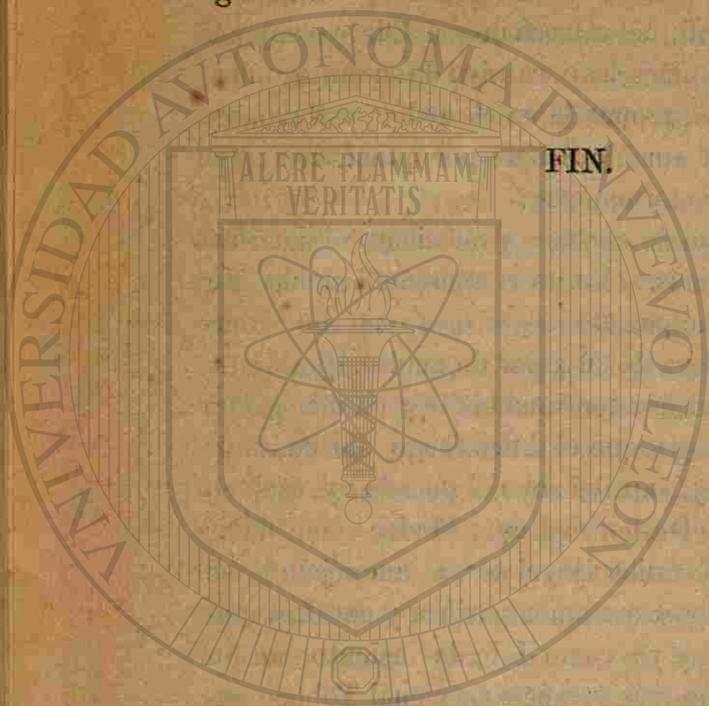


DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

Capítulos.	Páginas.
Prólogo.....	2
Cap. I. Despedida.—Rincon de Romos.—Guadalupe de Zacatecas.—Chihuahua.....	3
Cap. II. Nueva-York.—Sus calles y avenidas.—Edificios.—El parque central.—El Puente Brooklyn.—Inmoralidad.—Templos católicos.—Progresos del Catolicismo.....	14
Cap. III. Á bordo del Borgoña.—Una noche de luna en el mar.—Un rato de amargura.—Á la vista del Habre.—París.....	31
Cap. IV. París.—Iglesias.—Museo del Louvre.—Bosque de Bolonia.—Plaza de la Concordia.....	40
Cap. V. Milan.—Sus calles.—Sus iglesias.—Cementerio monumental.—Las milanesas.....	52
Cap. VI. Padua.—Sus templos.—Palacio de la Razon.—La Universidad.—La Madona de la Arena.—Calles y plazas de Padua.—Loreto.—Su Basílica.—La Santa Casa.—Impresiones.—Asís.—Su situacion.—Iglesias.....	62
Cap. VII. Continuacion del anterior.—Convento de las cárceles.—Impresiones.—Vida de los santos.—Ribotorto y Porciúncula.—La zarza de San Francisco.—Su retrato.—Historia de la indulgencia de porciúncula.....	79
Cap. VIII. Salida para Roma.—Al rededores de Asís.—Roma.—El Vaticano.....	93
Cap. IX. Roma.—Iglesia de San Pablo.—Santa María la mayor.—Santa Cruz en Jerusalem.—San Pedro in vinculis.—Ara coeli.—El Jesus.—San Juan de Letran.—La Escala Santa.....	114
Cap. X. Roma.—San Andres.—San Pedro in montorio.—La cárcel mamertina.—Santa Prajedis.—El Coliceo.—El Foro Romano.—El arco de Septimio Severo.—Otros monumentos.—Las Capillas Sixtina y Paulina y las logias de Rafael.—Galerías y Museo del Vaticano.—Leon XIII.....	125

acabaron para siempre mis peligros, y mi amor á la Madre de Dios jamas podrá morir, jamas tendrá menguante.



DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

Capítulos.	Páginas.
Prólogo.....	2
Cap. I. Despedida.—Rincon de Romos.—Guadalupe de Zacatecas.—Chihuahua.....	3
Cap. II. Nueva-York.—Sus calles y avenidas.—Edificios.—El parque central.—El Puente Brooklyn.—Inmoralidad.—Templos católicos.—Progresos del Catolicismo.....	14
Cap. III. Á bordo del Borgoña.—Una noche de luna en el mar.—Un rato de amargura.—Á la vista del Habre.—París.....	31
Cap. IV. París.—Iglesias.—Museo del Louvre.—Bosque de Bolonia.—Plaza de la Concordia.....	40
Cap. V. Milan.—Sus calles.—Sus iglesias.—Cementerio monumental.—Las milanesas.....	52
Cap. VI. Padua.—Sus templos.—Palacio de la Razon.—La Universidad.—La Madona de la Arena.—Calles y plazas de Padua.—Loreto.—Su Basílica.—La Santa Casa.—Impresiones.—Asís.—Su situacion.—Iglesias.....	62
Cap. VII. Continuacion del anterior.—Convento de las cárceles.—Impresiones.—Vida de los santos.—Ribotorto y Porciúncula.—La zarza de San Francisco.—Su retrato.—Historia de la indulgencia de porciúncula.....	79
Cap. VIII. Salida para Roma.—Al rededores de Asís.—Roma.—El Vaticano.....	93
Cap. IX. Roma.—Iglesia de San Pablo.—Santa María la mayor.—Santa Cruz en Jerusalem.—San Pedro in vinculis.—Ara coeli.—El Jesus.—San Juan de Letran.—La Escala Santa.....	114
Cap. X. Roma.—San Andres.—San Pedro in montorio.—La cárcel mamertina.—Santa Prajedis.—El Coliceo.—El Foro Romano.—El arco de Septimio Severo.—Otros monumentos.—Las Capillas Sixtina y Paulina y las logias de Rafael.—Galerías y Museo del Vaticano.—Leon XIII.....	125

Cap. XI. Salida de Roma.—Florenzia.—Sus templos.—El Palacio Pitti.—Galería de los Oficios.—Plazas.—Pobreza de Italia..... 136

Cap. XII. Verona.—Calles.—Iglesias.—Edificios públicos.—Cementerio.—Un día de Córpus.—Salida para Venecia.—Milagros de San Antonio..... 145

Cap. XIII. Llegada á Venecia.—Primeras impresiones.—Plaza y Catedral.—Otros templos.—Visitas á las islas.—La de San Lázaro.—Convento de los armenios.—Biblioteca y Museo.—La del Santo Desierto de San Francisco.—Arquitectura de Venecia.—Palacio Ducal..... 153

Cap. XIV. De Venecia á Marsella.—Marsella, sus calles, iglesias y paseos.—De nuevo al mar.—Un rato de nostalgia en el Mediterráneo.—Desahogo amoroso.—Llegada á Alejandría.—Asalto de los barqueros.—Los ingleses en el bombardeo de Alejandría.—Reedificación de la ciudad.—Los griegos cismáticos.—Los católicos.—Sus templos.—Sus escuelas..... 169

Cap. XV. Salida para Jafa.—Impresiones.—El camino á Ramle.—De Ramle á Jerusalem.—El Santo Sepulcro.—Impresiones.—Capillas del templo del Santo Sepulcro..... 179

Cap. XVI. El Huerto de Getsemaní.—Sentimientos que inspira.—El Sepulcro de Nuestra Señora y los de Santa Ana, San Joaquín y Señor San José.—El Torrente Cedron, el Valle de Josafat y la Fuente de Siloe.—El Santo Cenáculo.—La Iglesia de Santiago el Mayor.—La casa de Caifás.—Casa de San Joaquín.—La Probática Piscina.—La Iglesia de la Flagelación..... 190

Cap. XVII. El Arco y la Iglesia del Ecce Homo.—La Via dolorosa y lo que hay en ella.—El Palacio de Heródes y la Casa de Anás.—El Santo Via-Crucis en la Via dolorosa.—El Llanto de los Judíos..... 200

Cap. XVIII. Procesion en el Santo Sepulcro.—Betania.—Betfage.—El monte Olivete.—El Templo de la Ascension.—Un momento en la iglesia de las Carmelitas.—Lugar donde el Señor compuso el Padre nuestro y el Credo.—Vista que se disfru-

ta desde el Olivete..... 207

Cap. XIX. Autenticidad de los Santos Lugares.—Salida de Jerusalem.—Lugares más notables del camino.—Belen.—Gruta del nacimiento.—Sentimientos piadosos.—Convento de los franciscanos.—Orfanatorio del P. D. Beloni..... 216

Cap. XX. La gruta de la leche.—El pueblo de los pastores.—El valle de Booz y el lugar donde el Angel apareció á los pastores.—Estanques de Salomon.—El Huerto cerrado.—La Fuente sellada.—María, la Inmaculada.—Las montañas de Judea.—Impresiones.—El Convento de los franciscanos..... 233

Cap. XXI. La Iglesia de los franciscanos.—Milagro del Bautista.—La Iglesia de la Visitacion.—La tierra del Bautista.—La fuente de Nuestra Señora.—Ruinas.—El canto de la Magnificat, en las montañas de Judea.—Lugar donde predicaba San Juan.—Milagro de San Zacarías.—Aventura.—La gruta del Bautista.—Regreso á Jerusalem.—Puntos principales del camino..... 241

Cap. XXII. Salida para Jafa.—Recuerdos y tristezas.—El 8 de Diciembre á orillas del mar.—Una historia de Pio IX.—Puerto Said y Alejandría.—El Mediterráneo.—De Marsella á París.—La tumba de Napoleon y el Hospital de inválidos. 250

Cap. XXIII. Salida para el Habre.—Antes de embarcarnos.—Unos pasajeros.—Último día del año en el mar.—Los vapores de la Compañía Trasatlántica francesa.—Nueva York. El Hotel Español.—San Luis Missouri y el Colorado.—El suelo mexicano.—Accion de gracias.—Mi gratitud á la Madre de Dios..... 261

FIN.

UL
OTE